FIRE ISLAND

EL REFUGIO

Más que la historia de un solo hombre, es la historia de una comunidad frágil y persistente.

WILBERT WUSYNTH

Fire Island, el refugio

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Fire Island, el refugio narra la vida de **Jules Moreau**, un pintor francés que llega en 1924 a **Cherry Grove, Fire Island**, huyendo del escándalo, la humillación y el exilio emocional tras abandonar París. Allí compra una cabaña ruinosa frente al mar que, con los años, se convierte no solo en su casa, sino en un **refugio para artistas, marginados, amantes, supervivientes y cuerpos expulsados por el mundo respetable**.
A través de varias décadas, la novela sigue la transformación de esa casa y de la comunidad que la rodea: desde los años de libertad clandestina y deseo compartido, pasando por la Gran Depresión, la guerra, la persecución moral de los años cincuenta, el hedonismo de los sesenta y setenta, hasta la devastación del sida y la reconstrucción posterior de la memoria. La cabaña se vuelve **archivo, santuario y testigo** de generaciones de vidas queer que encuentran allí permiso para existir.
Más que la historia de un solo hombre, es la historia de una **comunidad frágil y persistente**, y de cómo el amor, la amistad, el arte y la memoria pueden resistir al tiempo, al miedo, a la enfermedad y al olvido.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Fire Island, el refugio

Capítulo 1. La llegada (1924-1929)

Cuando el ferri se desprendió del muelle como una uña arrancada de la ciudad, Jules Moreau sintió por primera vez en muchos meses que el aire no le pesaba en los pulmones. Nueva York quedó detrás con sus fachadas de ladrillo tiznado, sus grúas, sus calles llenas de un ruido que no era exactamente humano sino mecánico, industrial, indiferente. En la cubierta, entre cestas de mimbre, sombrereras, periódicos doblados y hombres con chaquetas claras que fumaban apoyados en la barandilla, él sostuvo su maleta entre las rodillas y contempló la estela blanca que el barco abría en el agua verdosa de la bahía.

No parecía un hombre que hubiera huido de nada. A sus veintiocho años, con la espalda recta, las manos largas de pintor y la cara delgada que el sol de París había dorado apenas en los pómulos, todavía conservaba una elegancia casi involuntaria. Llevaba un sombrero de ala estrecha, una corbata mal anudada y una americana de lino ya demasiado usada para fingir riqueza. Había vendido un cuadro tres semanas antes, en efectivo, en una transacción tan discreta que a él le pareció delictiva y al marchante que pagó por ella le pareció romántica. Con ese dinero había saldado una deuda, comprado el pasaje y guardado lo demás en un sobre marrón cosido al forro de la maleta.

Aun así, la huida lo acompañaba como un olor. Montparnasse no quedaba tan lejos, aunque hubiera un océano entre ambos. Seguía viendo el comedor recargado del apartamento de Étienne Valois, el marchante de arte con quien se había acostado durante casi un año; los platos a medio recoger; el reflejo amarillo de las lámparas sobre la plata; la

esposa de Valois, inmóvil en la puerta, más herida por la humillación pública que por la traición privada. En París, los escándalos se movían con la velocidad del vino derramado. Nadie necesitaba pruebas cuando el rumor ofrecía una verdad más entretenida. Jules no sólo había sido el amante de un hombre casado. Había sido el pintor joven favorecido, el protegido, el cuerpo conveniente detrás de una firma todavía menor. Al cabo de dos semanas, ciertos cafés ya no eran suyos; ciertos saludos se enfriaron; ciertos amigos se volvieron prudentes. Un galerista, con delicadeza de verdugo, le dijo que quizá América le convendría. América.

La palabra le había sonado primero a castigo y luego a invención.

Un hombre canoso, con bigote bien recortado y manos demasiado cuidadas para ser de pescador, se acomodó a su lado en la cubierta. Olía a colonia cítrica y a tabaco turco. Miró a Jules un instante, luego al horizonte.

-Primera vez.

No era una pregunta. Jules, que ya entendía bastante inglés aunque lo hablaba con cautela, asintió.

-Si se marea, no mire el agua cerca del casco -dijo el hombre-. Mire lejos. Siempre lejos.

Jules obedeció. Más allá del vaivén inmediato, la línea del mar parecía fija, una promesa.

-¿Va a Ocean Beach? -preguntó el desconocido.

-A Cherry Grove.

Entonces el hombre giró la cabeza con una sonrisa breve, casi cómplice.

-Ah. Cherry Grove.

No añadió nada más, pero no hacía falta. Había en ese nombre una entonación particular, una contracción leve de los labios, como si la isla contuviera otras islas, y

algunas fueran visibles sólo para quienes conocían la contraseña.

El trayecto fue alargándose entre bancos de arena, lenguas de agua tranquila, aves blancas suspendidas sobre la costa. A medida que se acercaban, Fire Island apareció no como una isla propiamente dicha sino como una franja improbable entre dos insistencias: el océano por un lado, la bahía por el otro. Una línea de dunas bajas, matas de hierba, casas aisladas de madera elevadas sobre pilotes, muelles estrechos como dedos. No había carreteras. No se veían automóviles. El lugar parecía provisional, casi clandestino, como un campamento de gente que aún no hubiese decidido si quedarse o desaparecer antes del invierno.

A Jules le gustó de inmediato por esa misma razón. Cuando desembarcó, el muelle crujió bajo las suelas de sus zapatos europeos. El calor tenía una calidad distinta a la del continente: no rebotaba en piedra ni en cristal, sino en la arena blanca, en las tablas grises, en las fachadas deslucidas por la sal. Olía a brea, algas, madera húmeda y ginebra escondida. Algunos hombres descargaban cajas sin etiqueta de otra embarcación menor; lo hacían con la eficacia muda de quien no desea testigos. Un muchacho descalzo corrió por el embarcadero llevando una barra de pan bajo el brazo. Dos mujeres de sombreros amplios, quizá actrices o simplemente neoyorquinas con ocio, discutían en voz alta sobre quién había olvidado el hielo.

El hotel Duffy's se alzaba un poco más allá, con su porche largo y su aire de establecimiento que ya había visto demasiados veranos. Había banderines colgando entre postes, sillas de mimbre y hombres jóvenes entrando y saliendo con esa despreocupación teatral que Jules asociaba enseguida a la gente del escenario.

Más tarde sabría que muchos venían de Broadway, que en la isla ensayaban otro papel: uno más ligero, más peligroso y acaso más verdadero.

Pero esa primera tarde no conocía aún ninguno de esos nombres. Sólo tenía una dirección aproximada escrita por un agente inmobiliario de Sayville, y la noticia de que en Cherry Grove había una cabaña en venta por un precio tan bajo que sólo podía significar ruina, mala suerte o ambas cosas.

La encontró después de caminar por un sendero de arena entre matas de arándano y pino enano. La casa estaba ligeramente apartada, hacia un extremo donde el viento parecía tener más autoridad. Era una construcción de madera gris, pequeña, combada por los años, con el techo vencido sobre una esquina y dos ventanas frontales opacas de sal. El porche estaba torcido. La puerta, cerrada con un candado oxidado, tenía el pomo flojo. Detrás se oía, no el rumor de otras casas, sino el océano entero respirando.

Jules dejó la maleta en el suelo y observó la estructura con la calma profesional del pintor habituado a mirar lo que otros descartarían.

No vio una ruina.

Vio luz.

Vio la línea de sombra bajo el alero a las cuatro de la tarde. Vio cómo la arena se acumulaba en la base de los pilotes como si la isla quisiera tragarse la casa despacio. Vio la inclinación noble de las tablas y pensó que sólo los objetos muy dañados adquirían esa dignidad. Vio un rectángulo de cielo enmarcado entre dos cedros retorcidos y comprendió, sin saber todavía por qué, que si entraba allí podría quedarse.

El agente llegó tarde y sudoroso, pidiendo disculpas que Jules no necesitaba. Era un irlandés de Long Island con las uñas negras de tierra, más interesado en la rapidez del trato que en cualquier ceremonia. Abrió

el candado, empujó la puerta con el hombro y levantó una nube de polvo.
Dentro había dos habitaciones, una cocina mínima y una estancia principal con chimenea. Las paredes olían a moho y humo viejo. El suelo se hundía ligeramente en el centro. Un fregadero de porcelana desconchado miraba hacia una ventana desde la que se veía un tramo de dunas. En un rincón quedaban abandonadas una silla sin asiento y una caja de botellas vacías.
-Es sólida -dijo el agente, en ese tono norteamericano que usa las palabras como martillo.
Jules apoyó la mano en una viga y notó la madera reseca, firme aún bajo la costra del tiempo.
-Sí -respondió.
-La arregla un poco y tiene sitio para veranear. O para pintar, si eso hace usted. Me dijeron que es artista.
Jules sonrió apenas. En América, al parecer, todo el mundo recibía una identidad sencilla, utilitaria.
-Cuánto.
El hombre mencionó la cifra. Jules no regateó. Sacó el sobre marrón, contó los billetes con dedos que no temblaban y firmó en una mesa coja el documento más importante de su vida con una pluma que goteaba. No tuvo la sensación de comprar una propiedad; tuvo la de comprar tiempo. Un margen. Una respiración.
Al salir, el sol estaba más bajo y las tablas del porche proyectaban líneas largas sobre la arena. El agente le entregó la llave, aunque ambos sabían que aquella casa podía abrirse con un empujón decidido.
-Bienvenido a la isla, señor Moreau.
Jules esperó a que se marchara. Luego abrió de nuevo la puerta, entró en la estancia vacía y dejó la maleta sobre el suelo desnivelado. Caminó despacio por las habitaciones como si temiera espantar a un animal. Se asomó a la ventana que daba al mar. Abrió otra al lado de la chimenea. El aire atravesó la casa de un golpe,

levantando el polvo, moviendo una telaraña como un velo.
No había electricidad. Al caer la noche lo comprendería del todo. Por el momento, el lugar seguía siendo de la claridad.
Deshizo el equipaje: dos camisas, un pantalón de recambio, un cuaderno de tapas negras, carboncillos, pinceles envueltos en tela, tres tubos de óleo, una caja de acuarelas, una fotografía de su hermana Madeleine con los niños en Lyon, una bufanda demasiado fina para los inviernos de allí, un ejemplar manoseado de Rimbaud. Colocó la fotografía sobre el alféizar. El resto quedó esparcido con una provisionalidad que se parecía a la esperanza.
Esa primera noche cenó pan, queso y una manzana. Encendió una vela. El crepúsculo cayó con rapidez sobre la isla y el exterior se convirtió en una masa oscura surcada por el sonido del océano. Desde lejos, quizá desde Duffy's, llegaban risas, una música de gramófono, el choque de vasos. En París, la noche estaba siempre construida por la ciudad. Allí, en cambio, la noche era anterior al hombre. Entraba por las ventanas como un animal antiguo y se sentaba a escucharte respirar.
Jules se tendió vestido sobre el catre que encontró en un cuarto lateral. La madera se quejó bajo su peso. A través de la ventana sin cortina vio un pedazo de cielo densamente estrellado. Sintió miedo sólo un instante: miedo al aislamiento, a la enfermedad, a la pobreza, a haber confundido libertad con exilio definitivo. Luego el mar repitió su respiración enorme y el miedo perdió contorno.
Durmió.
A la mañana siguiente lo despertó una luz feroz. Se levantó con la nuca húmeda y salió al porche descalzo. El océano estaba detrás de las dunas como una lámina

de metal vivo. La arena ya quemaba. Gaviotas enormes caminaban cerca con la insolencia de habitantes antiguos. Por primera vez en meses, no tuvo la sensación de deber explicaciones a nadie.
Los días que siguieron se organizaron según una lógica elemental: reparar, observar, pintar, descubrir dónde conseguir agua, pan, clavos, queroseno. Compró una escoba, jabón, una olla, una jarra de zinc y una manta gruesa. Aprendió a asegurar la puerta con una cuerda cuando el viento apretaba desde el este. Encontró un carpintero local, el señor Hanrahan, que accedió a ayudarle con el techo a cambio de dinero y de una pequeña acuarela de su barca, que al viejo le pareció una extravagancia divertida.
-La gente de ciudad siempre quiere volver bonitas las cosas que funcionan -dijo Hanrahan, mientras medía una tabla.
-Los pintores no sabemos hacer otra cosa -respondió Jules.
Trabajaban por la mañana. Por la tarde, cuando el calor se volvía más denso y la isla adquiría una lentitud narcótica, Jules montaba un caballete improvisado cerca de las dunas y pintaba.
Al principio no supo qué hacer con la luz americana. No se parecía a la de Normandía ni a la del Mediterráneo. Era más frontal, más cruel y más limpia. No acariciaba las superficies: las desnudaba. Las sombras eran azules donde en Francia habrían sido violetas. La piel, bajo ese sol, parecía menos carne que arquitectura provisional. Jules pintó primero la casa, luego el mar, luego unos troncos arrastrados por la marea. Ninguno de esos cuadros le satisfizo. Eran ejercicios de adaptación, tanteos.
La revelación llegó una tarde en la playa.
Había caminado hasta un tramo menos concurrido, llevando consigo cuaderno y carboncillo. Más allá de

una loma de arena encontró a dos hombres jóvenes tendidos al sol, dormitando, casi desnudos salvo por unos bañadores oscuros. Uno tenía el brazo doblado sobre los ojos; el otro leía una revista, con una rodilla levantada y la otra pierna estirada, en una postura que cualquier academia parisina habría considerado indecorosa y cualquier pintor digno de ese nombre habría deseado fijar de inmediato.

Jules se sentó a distancia prudente y dibujó.

No se atrevía a acercarse, pero el carbón parecía hacerlo por él. Trazó el arco de una costilla, la sombra de la clavícula, el hueco tibio detrás de la rodilla, la curva del torso al girarse. No idealizó. No embelleció. Registró el cuerpo masculino tal como la luz atlántica lo entregaba: concreto, vulnerable, insolente, inocente en su propio deseo de ser visto.

El lector notó su presencia primero. Se incorporó sobre los codos y miró al extranjero con divertida desconfianza.

-¿Está haciendo una obra maestra o nos está espiando?

Jules levantó el cuaderno, casi disculpándose.

-Sólo dibujo. Perdón.

El otro hombre se quitó el brazo de los ojos y soltó una carcajada.

-Entonces al menos pídanos que posemos mejor.

Tenía un rostro hermoso en un sentido teatral, cejas oscuras, boca fácil. Se puso en pie sin pudor alguno y fue hasta Jules, que cerró el cuaderno demasiado tarde. El hombre se inclinó para mirar los bocetos.

-Dios santo -dijo-. Charlie, ven a ver esto. Parecemos santos muy pecaminosos.

Charlie llegó detrás, secándose las manos en el bañador.

-¿Es usted francés?

-Sí.

-Claro que sí -dijo Charlie-. Nadie más dibuja clavículas como si fueran una religión.
Así conoció a Thomas Bell y Charlie Kessler, actores secundarios en producciones de Broadway, veraneantes asiduos de Duffy's y, según se presentaron ellos mismos, hombres de reputación variable y excelente resistencia al champán barato. Hablaron en la arena como si se conocieran desde antes. Thomas había hecho una gira por Europa y aseguraba recordar París aunque Jules sospechó que recordaba sólo tres bares y una cama. Charlie, más observador, hizo preguntas precisas: cuánto tiempo llevaba en América, dónde vivía, qué pintaba, si ya había descubierto que en Cherry Grove la gente acudía a la playa para tomar el sol y a Duffy's para todo lo demás.
-Esta noche hay música -dijo Thomas-. Venga. Si no le gusta, puede volver a sufrir a su cabaña artística.
Jules fue.
Duffy's al anochecer le pareció una escenografía encendida desde dentro. En el porche colgaban farolillos de papel. La barra estaba repleta de botellas cuyo origen quizá habría interesado a un agente federal. Un pianista atacaba estándares con convicción alcohólica. Había mujeres de voz grave y perlas falsas, hombres con camisas abiertas, parejas cuya composición variaba según la hora y el nivel de oscuridad. Nadie fingía no mirar a nadie, pero tampoco había la crueldad vigilante que Jules conocía de otros lugares. La isla, comprendió, no abolía el peligro; simplemente suspendía por unas horas ciertas leyes de la vergüenza.
Thomas le presentó como "un pintor francés escapado de algo delicioso". Esa clase de presentación, en vez de humillarlo, lo protegía. En América, pensó Jules, se podía ser una anécdota antes que un expediente.

Bebió ginebra. Escuchó conversaciones sobre teatro, peleas de camerino, financistas discretos, redadas policiales en Manhattan, vestidos imposibles, el calor, la sal, el mal gusto de Provincetown, la excelente boca de un tal Freddie que no apareció. Un hombre robusto con bigote de galán lo invitó a bailar cuando el pianista derivó hacia un foxtrot.
Jules dudó.
En París había bailado con hombres sólo en apartamentos cerrados, tras cortinas corridas, o en fiestas privadas donde la osadía dependía del alcohol y del dinero de los presentes. Allí, aunque no era exactamente público en el sentido respetable del término, tampoco era clandestino del todo. Había gente mirando y riendo, y sin embargo la música parecía levantar alrededor de las parejas un perímetro de permiso.
-¿Teme que le muerda? -preguntó el hombre.
-No -dijo Jules.
Entonces salió a bailar.
Lo que ocurrió no fue espectacular. Nadie aplaudió. Nadie dejó de hablar. Nadie irrumpió con un silbato moral para devolver el mundo a su eje. Y precisamente por eso le resultó extraordinario. Puso una mano en el hombro del otro hombre, sintió la presión educada de una palma en su espalda, siguió el compás entre mesas, risas y humo, y advirtió que una parte de sí mismo, una parte que llevaba años encogida, estaba enderezándose. No era valentía. Era algo más sencillo y más raro: la ausencia provisional de miedo.
Volvió a casa caminando por las tablas del paseo bajo una luna alta. El alcohol le zumbaba agradablemente en la sangre. Al cruzar las dunas, el océano fosforecía débilmente. Pensó en Montparnasse, en las ventanas veladas del apartamento de Valois, en las cenas donde cada gesto debía medirse. Pensó en la brutalidad

casual con que una ciudad podía expulsarte y en la hospitalidad oblicua con que otra orilla podía recibirte.
Al entrar en la cabaña, encendió una vela y, sin quitarse siquiera la chaqueta, abrió el cuaderno negro.
Escribió en francés:
"Esta noche he bailado con un hombre y el mundo no se ha roto."
Después dibujó de memoria la línea de una espalda bajo la mano.
A finales de agosto ya se había vuelto una figura conocida, aunque nunca del todo descifrable, en Cherry Grove. El francés pintor de la casa torcida. El que compraba sardinas, café y queroseno con un inglés correcto pero melancólico. El que a veces trabajaba en el porche sin camisa, dejando que los vecinos vieran cómo la luz doraba los vellos de sus brazos mientras mezclaba pigmentos en latas viejas. El que escuchaba más de lo que hablaba. El que, según Thomas, hacía que cualquiera pareciera más bello en sus dibujos y por tanto era un bien social que debía preservarse.
La preservación, sin embargo, tenía un precio.
Había semanas en que el dinero parecía desvanecerse con una velocidad obscena. Reparar la casa costaba más de lo previsto. El invierno se insinuaba ya en las conversaciones de los viejos: la isla quedaba casi vacía, los suministros eran erráticos, el viento podía arrancarte hasta la voluntad de permanecer. Jules calculaba, restaba, posponía. Sabía que necesitaba vender.
No era fácil. El arte viajaba por canales discretos, caprichosos, y él había dejado atrás precisamente a quienes antes le abrían algunas puertas. Thomas le presentó a una mujer neoyorquina de nariz aguda y ojos expertos llamada Mildred Symes, viuda de un financiero y coleccionista en secreto de "cosas que no

conviene colgar en el comedor". Ella visitó la cabaña una tarde, aceptó limonada tibia en un vaso desportillado y observó los cuadros apoyados contra la pared con la concentración de un cirujano.
Había marinas, sí, pero sobre todo estudios de cuerpos masculinos en la playa, torsos tendidos sobre sábanas improvisadas, perfiles en contraluz, rodillas con arena, nucas húmedas, manos enlazadas apenas insinuadas para escapar a la obscenidad legal sin renunciar a la verdad emocional.
Mildred se detuvo ante una acuarela de Charlie dormido boca abajo, la espalda convertida por el sol en una superficie casi dorada.
-Es peligroso -dijo.
-Sólo es un cuerpo.
Ella sonrió con cansancio.
-Todo lo bello lo es, señor Moreau. La pregunta es para quién.
Compró dos acuarelas y prometió enseñar otras a "amigos discretos". Pagó bien. No preguntó por títulos. Antes de irse, se volvió en la puerta.
-No pinte para el escándalo. Pinte para el archivo. Algún día será más importante.
Jules tardó tiempo en entender del todo esa frase, pero la guardó como se guarda una llave cuya cerradura aún no se conoce.
El otoño llegó como un adelgazamiento de la luz. Los veraneantes empezaron a marcharse. Duffy's siguió abierto un tiempo, aunque con menos música y más sillas vacías. Thomas y Charlie regresaron a Manhattan con promesas de volver en primavera. Hanrahan clavó las últimas tablas en el porche y le advirtió a Jules que reforzara las contraventanas si pensaba quedarse durante los temporales. Algunos vecinos lo miraban como a un extranjero ligeramente insensato: ¿qué

clase de artista europeo elegía pasar el invierno en una lengua de arena barrida por el Atlántico?
La clase que ya no tenía adónde volver, quizá.
Y sin embargo no era sólo eso. Había algo en la isla que se le había adherido bajo la piel. La austeridad de los días. La claridad de las tareas. El modo en que el ferry, al alejarse, partía el mundo en dos zonas nítidas: allá la ciudad con sus juicios y sus oportunidades; aquí la intemperie y la posibilidad.
Cuando llegó el primer gran viento, Jules estaba preparado a medias. Había almacenado leña, harina, latas, agua. Había sujetado con tablas las ventanas del lado del océano. Había aprendido que las casas de madera hablan antes de que arrecie la tormenta: crujen, se tensan, se quejan como barcos varados. Esa noche la cabaña entera pareció inclinarse hacia el ruido del mar. La arena golpeó los cristales como un puñado de semillas. El viento encontró rendijas que él no sabía que existían. Durante horas, sentado junto a la chimenea con una manta sobre los hombros, comprendió que vivir allí significaba aceptar un pacto con fuerzas anteriores a cualquier deseo humano.
Al amanecer salió a inspeccionar daños. Habían volado dos tablillas del tejado y una parte de la cerca improvisada. Pero la casa seguía en pie. Más aún: parecía haber pasado una prueba. Como si la isla la hubiera olfateado durante la noche y decidido tolerarla un invierno más.
El invierno fue duro, pero fértil. Pintó en interiores, retratos a partir de memoria, escenas inventadas de hombres conversando junto al fuego, desnudos masculinos envueltos en mantas, manos sosteniendo tazas de café. Escribió más cartas de las que enviaba. Aprendió a cocinar sopa con casi nada. Leyó a Rimbaud hasta saber algunos versos como si fueran oraciones. Hizo amistad parcial con un contrabandista

taciturno llamado Sal Romano, que de vez en cuando le vendía whisky canadiense y le contaba, sin detalles innecesarios, qué mareas convenía respetar.
-Esto no es tierra -decía Sal, mirando alrededor con una mezcla de orgullo y resignación-. Es una idea que el agua deja estar un rato.
En marzo, cuando volvió a haber ferris frecuentes y la isla empezó a desperezarse, Jules descubrió que ya conocía los cambios mínimos del paisaje: dónde se había desplazado una duna, qué poste se había inclinado, qué tramo del paseo necesitaba reparación. La cabaña dejó de parecer un refugio temporal. Empezó a parecer una casa.
Ese verano trajo más visitantes, más fiestas, más encargos. Entre quienes llamaron a su puerta estuvo un joven fotógrafo de Manhattan que quería "captar el espíritu" de Cherry Grove y salió, en cambio, retratado por Jules con una camisa abierta y una expresión de hambre sentimental que lo dejó mudo. También llegaron parejas imposibles, matrimonios con acuerdos no declarados, coristas, decoradores, herederos ociosos, hombres que en la ciudad usaban otro nombre y en la isla recuperaban la risa. Jules observaba, pintaba y, sin proponérselo, iba reuniendo alrededor de su cabaña un pequeño círculo de habitués que preferían el silencio de su porche a la exhibición ruidosa de Duffy's. Bebían, fumaban, discutían de arte o de nada, contemplaban el crepúsculo sobre las dunas. A veces alguien dormía en el suelo envuelto en una manta. A veces amanecían tres o cuatro cuerpos desperdigados por la estancia principal, vulnerables y felices como náufragos rescatados por error.
Jules comprendió entonces algo esencial: una casa no se funda con madera sino con permiso. Con la clase de permiso que el mundo niega fuera y que, por una

combinación rara de geografía, deseo y terquedad, algunas personas aprenden a darse entre sí.
En 1927 ya había logrado vender suficientes obras para ampliar la estancia principal y reparar de verdad el tejado. Encargó ventanas más grandes para atrapar mejor la luz del oeste. Construyó, con ayuda de Hanrahan y de dos muchachos que trabajaban a cambio de comida y unas monedas, una terraza baja orientada hacia las dunas. Allí empezó a pintar sus mejores cuadros: hombres de pie frente al mar, parejas apenas sugeridas por la proximidad de dos sombras, jóvenes saltando una hoguera nocturna en la playa mientras el fuego les volvía de cobre los muslos y la arena. La serie fue creciendo sin que él le pusiera nombre. Otros lo hicieron por él: "los atlánticos", "los cuadros de Grove", "las herejías solares del francés". No le importó.
En 1928 recibió por fin una carta larga de su hermana Madeleine, escrita con esa caligrafía estable que a él siempre le había parecido una forma de virtud. Ella no mencionaba directamente el escándalo de París. Las familias respetables eluden ciertas materias como si la sintaxis pudiera purificar la vida. Le hablaba de Lyon, del frío, de los niños, de la salud de su madre, del precio del carbón. Pero entre las líneas había ansiedad genuina. ¿Estaba bien? ¿Comía? ¿Vendía? ¿Pensaba volver algún día?
Jules leyó la carta sentado en el porche, al final de una tarde luminosa. Frente a él, más allá de la arena, el cielo se incendiaba en naranjas y rojos que no duraban nunca lo suficiente. Dentro de la casa había risas apagadas: Thomas había regresado y discutía con Charlie sobre una actriz incapaz de recordar su texto. De la cocina llegaba el olor del pescado que Sal les había regalado esa mañana. Por el paseo de tablas

pasaron dos hombres cogidos del brazo sin molestarse en soltarlo al ver a nadie.
Jules tomó papel y pluma.
No quiso mentirle a Madeleine, pero tampoco estaba dispuesto a traducir su nueva vida al vocabulario del remordimiento. Escribió despacio, en francés, con tinta negra:
"Querida hermana, estoy bien. He vivido inviernos peores dentro de casas mejores. El lugar donde me encuentro es una lengua de arena frente al Atlántico, casi salvaje, y sin embargo más hospitalaria que muchas avenidas de Europa. Hay pescadores, actores, algunos bebedores, alguna gente rica que finge no serlo y otros como yo, que hemos venido a empezar de nuevo sin decirlo demasiado alto. He comprado una casa de madera. Cuando sopla el viento parece un barco, pero aguanta. Pinto mucho. Vendo lo suficiente. No soy respetable, si eso te preocupa, pero quizá por primera vez soy sincero.
He encontrado un lugar donde el sol no juzga."
Doblando la carta, sintió que esa frase contenía algo más que una descripción. Era una declaración de principios, una poética, casi una plegaria laica. La guardó en el sobre, escribió la dirección de Lyon y la dejó sobre la repisa para enviarla al día siguiente con el ferri.
Luego se quedó inmóvil un rato, viendo cómo la última luz resbalaba por las tablas del porche y trepaba hasta el marco de la puerta. Dentro, la casa respiraba con voces ajenas que ya empezaban a ser suyas. Afuera, el océano seguía hablando en su idioma de siglos.
Jules apoyó una mano en la pared, como si quisiera sentir el pulso de la madera.
No podía saber entonces cuánto duraría aquella casa, ni quiénes dormirían en sus cuartos cuando él hubiera desaparecido, ni cuántas fiestas, duelos, obras de arte,

enfermedades, cuerpos y generaciones se adherirían a sus vigas. No sabía que esa cabaña maltrecha comprada con dinero clandestino sería un santuario, un archivo y una herencia. Sólo sabía que, después de mucho tiempo, el futuro ya no le parecía una sala cerrada.
Le parecía una puerta abierta al mar.

Capítulo 2. El huracán (1930–1945)
La década comenzó con una pregunta que nadie sabía formular todavía: cuánto puede durar un refugio antes de que el mundo recuerde que existe.
Jules lo sintió antes que entenderlo. En el otoño de 1930, cuando los periódicos empezaron a hablar de quiebras, desempleo, colas frente a los bancos y familias durmiendo en cartones bajo los puentes de Manhattan, la isla pareció contraerse como un animal que intuye el invierno. Los ferris seguían llegando, pero con menos pasajeros. Las fiestas de Duffy's se espaciaron. Algunas cabañas que en verano rebosaban de música quedaron cerradas hasta nuevo aviso, con carteles oxidados colgados de las puertas como sentences suspendidas. Los hombres que antes llegaban con sombreros de paja y botellas de champán ahora viajaban con maletas más ligeras y caras más serias, y a veces no volvían al verano siguiente.
Thomas Bell fue uno de los primeros en desaparecer durante meses. En Broadway, las producciones se cancelaban con la velocidad del pánico. Los teatros reducían elenco, recortaban decorados, cerraban funciones. Charlie Kessler logró mantenerse peleando en revistas de tercera categoría, pero Thomas, que siempre había vivido con la confianza del que nació para ser visto, se hundió en una tristeza operativa que

no admitía discusión. Dejó de responder cartas. Cuando volvió a la isla en julio de 1931, llegó más delgado, con un traje que le quedaba demasiado grande y un humor que ya no podía disimular con gracilidad.

Jules lo encontró una tarde sentado en el paseo de tablas, solo, mirando la bahía como quien busca algo que se le ha caído al agua y no sabe si recuperarlo.

-No me mires así -dijo Thomas sin volverse.

-No te miro de ninguna manera.

-Justo. Eso es lo que me molesta.

Se quedaron en silencio. El océano hacía su trabajo. Por fin Thomas habló con una voz que Jules no le conocía, más baja, sin proyección teatral.

-He perdido casi todo. No el dinero, que nunca fue mucho. El sitio. El sitio donde uno está cuando los demás lo miran y saben quién es. ¿Entiendes? En el teatro, al menos, sabías qué eras. Fuera, no hay papel. No hay texto. No hay aplausos. Sólo hay un tipo caminando por una calle donde nadie te necesita.

Jules pensó en París, en los cafés que dejaron de ser suyos, en el galerista que le recomendó América como quien recomienda un funeral discreto.

-Entiendo -dijo.

-Lo sé -respondió Thomas-. Por eso vine aquí. Porque tú lo entiendes sin que tenga que explicártelo.

Esa fue la primera vez que Jules comprendió que su cabaña no era sólo su refugio. Era, para quienes la frecuentaban, una especie de frontera interior: el lugar donde se podía llegar despojado y aún ser recibido.

Los años de la Depresión no fueron crueles con la isla de la manera en que lo fueron con las ciudades. La pobreza urbana, masiva, visible, agresiva, no tenía equivalente en una lengua de arena donde la subsistencia dependía del mar, de la huerta improvisada, del trueque y de la solidaridad tácita entre

quienes se conocían. Sal Romano, que durante la Ley Seca había hecho dinero suficiente para no tener que hacerlo más, repartía whisky como otros repartían saludos: sin calcular, sin llevar cuenta. Hanrahan aceptaba pinturas cuando no había dinero. Un pescador llamado Alf Bruckner, que en verano vendía su captura en Sayville, dejaba en el porche de Jules una caja de pescado fresco cada vez que la marea le era generosa, sin tocar la puerta, sin esperar gratitud. La isla, en esos años, funcionó como una economía del afecto. Se compartía lo que había. Se ocultaba lo que faltaba. Nadie preguntaba demasiado por el dinero que un vecino había perdido en la ciudad. Se presumía que todos habían perdido algo y que la pérdida, en aquel lugar, era un título de admisión.

Jules pintó poco esos años. No por falta de deseo, sino porque los materiales escaseaban y el óleo se había vuelto un lujo absurdo. Trabajó sobre todo en carboncillo y acuarela, en papel que a veces recuperaba de envoltorios, en tablas que lijaba con paciencia hasta convertirlas en superficies aceptables. Dibujó retratos de los vecinos que iban quedando: Alf con su cara quemada por la sal, la señora Hanrahan con un chal oscuro y los ojos pequeños de quien ha enterrado hermanos, el propio Sal con su chaqueta de cuero y la mirada de hombre que sabe demasiados nombres falsos.

Esos dibujos no se vendieron. No se expusieron. Jules los guardaba en una caja de madera que había fabricado él mismo, con bisagras de latón y un cierre sencillo. La caja fue creciendo hasta convertirse, sin que él lo supiera, en el primer archivo de la isla.

Mildred Symes volvió en el verano de 1932. Llegó con un vestido más sobrio que los anteriores, sin joyas, con un conductor que ya no era el mismo de antes y que esperaba en el muelle con la cara de quien ha visto

demasiados despidos. Se sentó en el porche de Jules, pidió agua, no limonada, y observó los cuadros con una atención distinta: ya no de coleccionista sino de archivista.
-¿Sigue pintando para el archivo? -preguntó.
-Para la caja.
-¿Qué caja?
Jules le mostró. Mildred la abrió con cuidado, fue pasando los dibujos sin hablar, y al llegar al retrato de Sal se detuvo.
-Este hombre tiene miedo -dijo.
-Todos tenemos miedo.
-Sí, pero él tiene miedo de algo concreto. De algo que va a pasar.
Jules no preguntó qué. Aprendió, con los años, que Mildred Symes poseía esa capacidad inquietante de leer en un rostro lo que el rostro aún no sabe que va a sufrir.
Antes de irse, Mildred le dejó dinero en un sobre, sin explicaciones. Jules intentó rechazarlo. Ella lo miró con esa sequedad que en él ya leía como afecto.
-No es para usted. Es para lo que va a pintar.
En los años siguientes, Jules usó ese dinero para comprar óleo de nuevo, para encargar telas desde Manhattan, para ampliar la caja. Pero sobre todo para entender que el encargo, cuando venía de alguien como Mildred, no era un contrato sino un voto de confianza en un futuro que aún no se veía.
La isla, mientras tanto, cambiaba por dentro. La comunidad de Cherry Grove, que en los años veinte había sido una suma de individuos luminosos y precarios, fue adquiriendo a lo largo de la década una consistencia más colectiva. Había códigos. Había memoria. Había apodos que se heredaban de un verano al siguiente y reputaciones que se construían no sobre el éxito sino sobre la fidelidad. Quien volvía año

tras año, incluso sin dinero, incluso sin nombre en la ciudad, era recibido con un calor que en otros lugares se reservaba para la familia.
Y sin embargo, esa cohesión no abolía el peligro. Lo redistribuía.
En 1934, un joven llamado Danny Shea llegó a la isla con una carta de recomendación de Thomas. Tenía diecinueve años, era de origen irlandés, y había escapado de un hogar donde la violencia era la lengua materna. Era guapo de esa manera que en América se confundía con permiso: pómulos altos, pelo negro, ojos claros que parecían siempre buscar una salida.
Cantaba en bares del centro donde el propietario no preguntaba edad. Thomas lo había visto actuar en un tugurio de la calle Cuarenta y le había dicho, con ese entusiasmo suyo que mezclaba generosidad y apetito: "Tienes que ir a la isla. Allí no te juzgarán."
Danny llegó con una maleta pequeña y un miedo que Jules reconoció de inmediato, porque era el mismo que él había traído diez años antes: el miedo de quien aún no sabe si el permiso es real.
Jules lo alojó en la cabaña una semana. Le cedió el catre del cuarto lateral. Danny dormía poco, hablaba menos, y miraba el mar como si esperara que le explicara algo. Una noche, sentados junto a la chimenea, le dijo:
-¿Usted cree que aquí se puede vivir así siempre?
-¿Así cómo?
-Sin esconderse.
Jules pensó. No quiso mentir.
-No siempre. Pero a veces. Y a veces basta.
Danny se quedó en la isla ese verano y parte del otoño. Cantó en Duffy's con una voz que a Jules le recordó a algo que no sabía nombrar: no era técnica, no era potencia, era una manera de habitar la canción como si fuera el único lugar donde el cuerpo no necesitaba

disculparse. Los hombres lo escuchaban en silencio. Algunos lloraban sin admitirlo. Charlie, que solía bromear sobre todo, dijo una vez tras oírlo:
-Ese chico canta como quien pide algo que nadie le ha dado.
El problema, como siempre, era el invierno. Danny no tenía oficio, ni ahorros, ni red en la ciudad. Cuando los ferris se espaciaron y las casas se cerraron, se quedó en una cabaña prestada que no estaba preparada para el frío. Jules lo invitó a compartir la suya. Danny aceptó con la rigidez orgullosa de los que no saben recibir ayuda sin sentir que la están pagando con algo.
Convivieron tres meses. Jules pintó a Danny más veces que a ningún otro modelo: leyendo en el porche con una manta sobre los hombros, lavándose la cara en el fregadero a la mañana, fumando de espaldas a la ventana con la luz de enero cayéndole sobre el cuello como un manto frío. Ninguno de esos cuadros fue complaciente. Jules registró la delgadez excesiva, la sombra bajo los ojos, la tensión de los hombros de quien espera un golpe que no sabe de dónde vendrá. También registró la belleza, porque había, y porque negarla habría sido otra forma de crueldad.
Danny marchó en marzo, cuando los ferris retomaron ritmo, con una promesa de trabajo en un club de Greenwich Village. Antes de irse, dejó sobre la mesa de la cabaña una nota escrita con letra apretada y temblorosa:
"Gracias por no haberme hecho sentir que le debía algo."
Jules guardó la nota en la caja con los dibujos. No supo hasta mucho después que Danny Shea sería arrestado en 1936 en una redada en Manhattan, acusado de "indecencia", encerrado unos meses y liberado con una salud que ya no recuperaría. No supo que Danny moriría de neumonía en 1938 en un hospital

público del Lower East Side, solo, con un nombre que quizá no era el suyo, y que nadie en la isla sabría de su muerte hasta que Thomas, ya recuperado de su propia ruina, lo mencionó una noche de verano con la voz rota.

No supo que el retrato de Danny fumando de espaldas a la ventana sería, décadas después, una de las imágenes que identificaría una época.

Lo que sí supo, esa primavera de 1936, fue que la caja bajo la ventana ya no era una colección privada. Era un depósito de vidas que el mundo oficial no archivaría.

El 21 de septiembre de 1938, el cielo sobre Fire Island tenía un color que ningún vecino recordaba haber visto. Jules llevaba días con una inquietud sin causa. Los animales se comportaban de manera extraña: las gaviotas se agrupaban en silencio sobre los postes, los cangrejos se alejaban de la orilla, los perros de los pescadores aullaban sin motivo. El barómetro que Hanrahan le había regalado años atrás había caído a una cifra que él jamás había visto registrada. El aire, por la mañana, tenía una densidad eléctrica que le erizaba los vellos de los antebrazos.

Esa tarde, Sal Romano pasó por la cabaña en una barca rápida.

-Viene algo -dijo, sin más.

-Lo sé.

-No. No lo sabe. Viene algo grande. Tiene que irse.

Jules miró la casa. Miró las telas apoyadas contra la pared, los libros, la caja con los dibujos, la fotografía de Madeleine, el caballete, los pinceles, la vida entera que había construido con una paciencia de catorce años.

-No puedo irme.

Sal lo agarró del brazo con una fuerza que le recordó que aquel hombre, antes de ser contrabandista, había sido boxeador.

- Puede reconstruir una casa. No puede reconstruirse a usted. Hay un ferri a las seis. Suba.

Jules dudó. Vio a Alf Bruckner corriendo por la playa gritando a los vecinos. Vio a la señora Hanrahan cerrando contraventanas con manos firmes. Vio a Charlie Kessler, que había vuelto esa semana para un cumpleaños, saliendo de Duffy's con una cara blanca que contradecía toda su naturaleza alegre.

Subió al ferri.

Desde la cubierta, mientras la bahía se abría bajo el casco, vio la isla desde afuera por primera vez en años. La franja de arena, las dunas bajas, las casas sobre pilotes. Le pareció un espermatozoide improbable luchando contra dos mares. Pensó, con una claridad que le dolía, que quizá no volvería a verla entera.

El huracán llegó esa noche.

En Sayville, donde Sal lo había llevado a una pensión que conocía, Jules oyó el viento a través de las paredes de ladrillo como un tren que no pasaba sino que se quedaba. Las ventanas temblaban. La lluvia golpeaba con una horizontalidad imposible. El pensamiento, una sola frase repetida como un rezo sin Dios: la casa, la caja, la casa, la caja.

A la mañana siguiente, la isla estaba cortada del continente. Los ferris no podían navegar entre los escombros flotantes. La radio emitía fragmentos: Long Island arrasada, Westhampton bajo el agua, Fire Island partida en tres por nuevas brechas que el océano había abierto en horas.

Jules esperó dos días. Fueron de los más largos de su vida. Bebió café negro, no comió, no durmió. Sal lo vigilaba con la discreción de quien sabe que ciertos duelos no admiten compañía.

El tercer día pudieron cruzar.

Lo que Jules encontró no fue una ruina total, pero casi. La isla había cambiado de forma. Nuevas entradas de mar, dunas desplazadas, árboles arrancados, muelles destruidos. Duffy's había perdido el techo. La mitad de las cabañas de Cherry Grove eran astillas. Los pilotes desnudos apuntaban al cielo como huesos limpios.
La suya estaba en pie.
No entera. Había perdido la terraza, dos paredes laterales y parte del tejado. La puerta había volado. Una ventana estaba rota y la otra había resistido por milagro. Dentro, todo estaba mojado, cubierto de arena, con olor a mar y a madera podrida. Pero la estructura principal, la viga central que él había apoyado aquella primera noche al firmar la compra, seguía firme.
La caja estaba intacta.
La había guardado en un armario bajo, junto a la chimenea, envuelta en una lona encerada. El agua había entrado pero la lona había aguantado. Los dibujos estaban húmedos en los bordes pero legibles. La fotografía de Madeleine, dentro de la caja, estaba intacta.
Jules se sentó en el suelo de su casa destrozada, con la caja entre las rodillas, y lloró sin ruido.
No de tristeza, aunque también. De algo más difícil de nombrar: la constatación de que el mundo puede arrebatarte casi todo y dejar, sin embargo, lo justo para que sigas. Que la memoria, si está bien guardada, sobrevive al desastre.
La reconstrucción tomó meses. Toda la isla se reconstruyó con una energía colectiva que nadie habría sospechado. Llegaron voluntarios de Manhattan, de Brooklyn, de Long Island. Algunos habían perdido sus casas en la ciudad y venían a ayudar como una forma de no pensar en lo propio. Los vecinos que podían

daban materiales, manos, comida. Los que no podían daban tiempo.
Hanrahan, que tenía setenta y dos años y las manos destrozadas por la artritis, supervisaba los trabajos desde una silla de mimbre, gritando instrucciones con la autoridad de un almirante retirado. Murió en diciembre de 1938, dos meses después de haber visto reconstruir el porche de la cabaña de Jules. Lo encontraron una mañana sentado en su silla con la vista al mar y una taza fría entre las manos. Jules pintó su retrato de memoria, días después, con los ojos cerrados y una expresión que podría ser sueño o partida. Ese cuadro no entró en la caja. Lo colgó en la pared nueva de la estancia principal, frente a la ventana, como una autoridad silenciosa.
La guerra llegó a la isla de maneras oblicuas. No hubo bombardeos, ni ocupación, ni batallas visibles desde las dunas. Pero la guerra se filtró como el agua de la tormenta: por las rendijas.
En 1942, muchos de los hombres jóvenes de Cherry Grove fueron reclutados. Algunos fueron y volvieron. Otros fueron y no volvieron. Charlie Kessler, que a sus cuarenta años nunca imaginó que vestiría un uniforme, fue destinado a un cuerpo de intendencia en Inglaterra. Escribió cartas a Jules que mezclaban humor y espanto con una naturalidad que sólo un actor sabría sostener: describía el barro de los campos ingleses, el té malo, las ganas de oler sal que no fuera del canal de la Mancha, y de pronto interrumpía el humor para decir: "He visto cosas, Jules. Cosas que no pintarías."
Thomas Bell fue declarado no apto por una lesión antigua en la rodilla. Lo vivió como una humillación. Los hombres de su generación que se quedaban mientras otros partían vivían una vergüenza particular, una que no tenía nombre público pero que pesaba en los porches de la isla como un huésped incómodo.

Thomas se volvió más amargo, más solitario, más propenso al whisky antes del mediodía. Jules lo observaba sin saber cómo ayudar. A veces se sentaban juntos en silencio y eso era suficiente. A veces ni eso.
Sal Romano, que tenía contactos en lugares que Jules prefería no imaginar, se dedicó durante la guerra a abastecer la isla de lo que fuera necesario: café, gasolina, carbón, medicinas. Lo hacía con una eficiencia mafiosa y una generosidad impenetrable. Nunca aceptó dinero. Nunca explicó cómo. Jules dejó de preguntar.
En 1943, un joven soldado de permiso llamado Walter Frye llegó a Cherry Grove por una sola noche. Tenía veinticuatro años, pelo rojo, manos grandes y una manera de mirar al mar como si le debiera una explicación. Jules lo conoció en el porche de Duffy's, reconstruido ya con techos nuevos y paredes más sólidas. Hablaron hasta las tres de la mañana, cuando Walter debía volver al campamento. No se dijeron nada que pueda registrarse como revelación: hablaron del calor, del mar, de la diferencia entre Nueva Jersey y Long Island, de si los alemanes pintarían distinto que los americanos si ganaran la guerra. Pero en algún punto de la conversación Walter dijo, casi de paso:
-En el campamento tengo que ser otra persona. Aquí, por una noche, puedo no serlo.
Jules asintió. Le dio una acuarela pequeña que había pintado esa tarde: dos hombres en la playa vistos desde lejos, apenas dos figuras contra el horizonte, sin rostro, sin nombre, sin identidad más que la proximidad.
Walter la guardó en el bolsillo del uniforme. Marchó al frente italiano en enero de 1944. Murió en abril, en un lugar cuyo nombre Jules no pudo retener, en una acción que la radio describió como "escaramuza menor".

Charlie escribió desde Londres:
"Me han dicho que Walter cayó. No sabía que lo conocieras tanto."
Jules respondió:
"No lo conocía. Le di un cuadro. Es distinto."
Charlie no respondió a esa carta. Pero meses después, cuando volvió a la isla en el verano de 1945, ya delgado, ya con una sombra nueva detrás de los ojos, fue a la cabaña de Jules y se sentó en el porche sin hablar durante una hora. Por fin dijo:
-Tienes razón. Es distinto.
La guerra cambió la isla de maneras que nadie pudo medir con precisión. Los hombres que volvieron no eran los mismos. Algunos trajeron heridas visibles. Otros, un silencio que se parecía al de Thomas pero con causas distintas. La comunidad de Cherry Grove, que antes había sido un refugio de la vergüenza, se convirtió también en un refugio del trauma. Los hombres que habían matado o visto morir podían, en ese lugar, no tener que explicarlo. Podían sentarse en el porche de Jules, mirar el mar y ser, por unas horas, sólo cuerpos cansados bajo un sol que no preguntaba.
Jules pintó a esos hombres. No los retrató con heroísmo ni con conmiseración. Los pintó como lo que eran: sobrevivientes confusos de una catástrofe que el mundo llamaba victoria. La serie, que creció durante 1944 y 1945, no tuvo nombre oficial hasta años después, cuando un crítico la bautizó "los que volvieron". Eran cuadros duros, luminosos, sin consuelo explícito. Hombres de espaldas al espectador mirando el océano, como si el mar pudiera devolverles algo que la guerra les había quitado.
Mildred Symes, que en 1945 tenía ya más de setenta años y la salud frágil, viajó por última vez a la isla. Se sentó en el porche de Jules, pidió limonada como en

los viejos tiempos, y observó los cuadros nuevos con una lentitud que Jules respetó en silencio.
-Cada vez pinta menos para la belleza -dijo.
-Cada vez la belleza me interesa menos.
Mildred sonrió.
-Pintaba usted para el archivo. Ahora pinta usted para la memoria. Son cosas distintas, pero ambas son necesarias.
Compró tres cuadros de la serie. Antes de irse, le dijo algo que Jules no olvidaría:
-Una comunidad no se reconoce por sus alegrías, sino por lo que es capaz de sostener juntas cuando llega el dolor. Esta isla sostiene cosas que la ciudad no se atrevería ni a mirar.
Mildred murió en Manhattan ese invierno. En su testamento figuraba una cláusula que estipulaba que su colección, incluidos los cuadros de Jules, no se vendería ni se exhibiría en vida de ninguna persona que hubiera conocido. Sería depositada en un archivo que aún no existía, "para quienes puedan mirarla sin miedo dentro de cincuenta años".
Jules leyó la noticia en un periódico del continente que Sal le llevó una mañana. No habló durante el resto del día. Esa noche, solo en la cabaña, abrió la caja de madera, sacó los dibujos más antiguos —los de Alf, la señora Hanrahan, Sal, Danny Shea— y los extendió sobre el suelo de la estancia principal, a la luz de una vela.
Eran rostros de personas que en su mayoría ya no existían. Algunas habían muerto de viejas, como Hanrahan. Otras de jóvenes, como Danny. Otras de lejanía, como Mildred, que se había despedido sin dramatismo pero con una precisión que sólo los grandes coleccionistas de almas saben lograr. Estaban todos allí, en el papel, con la tierra y la sal y la luz que él había sido capaz de fijar.

Jules pensó que aquella caja era la única propiedad que de verdad le importaba. Más que la casa, más que los cuadros que había vendido, más que el nombre que algunos empezaban a reconocer en ciertos círculos discretos de Manhattan.
La caja era la prueba de que había vivido entre personas y que ellas lo habían dejado mirarlas.
Cerró la caja. La devolvió al armario. Apagó la vela.
Afuera, el océano respiraba como siempre, sin saber que una guerra había terminado ni que otra vida estaba por empezar. La isla, reconstruida y herida, persistía en su improbabilidad. Algunas luces se encendían en las cabañas vecinas. Algunas voces, lejanas, discutían o reían o llamaban a alguien a cenar.
Jules se quedó junto a la ventana, con la mano en la pared, en ese gesto que ya era suyo y de la casa, un diálogo mudo entre la madera y la piel.
Tenía cuarenta y nueve años. Había enterrado a más amigos de los que habría querido. Había visto una tormenta partir la isla en tres pedazos y a la comunidad volver a unirla con uñas y tablas. Había pintado lo suficiente para que su nombre significara algo, pero no lo suficiente para que ese algo lo protegiera del tiempo.
Y sin embargo, al cerrar los ojos esa noche, lo que sintió no fue desolación.
Fue una gratitud antigua, difícil, sin destino claro.
La gratitud de quien, habiendo perdido casi todo, descubre que casi no es todo.

Capítulo 3. El salón de Cherry Grove (1946-1955)
La posguerra no llegó a la isla como una celebración sino como una exhalación larga.
En las ciudades hubo desfiles, titulares, novias esperando en andenes, fábricas reconvertidas,

discursos sobre el porvenir. En Cherry Grove, en cambio, la paz se pareció al momento en que baja una fiebre y el cuerpo, lejos de sentirse victorioso, descubre hasta qué punto estaba cansado. Los hombres regresaban con maletas pequeñas, hombros distintos y una cortesía nueva hacia el silencio. Los que no habían ido a la guerra los recibían con cuidado, como si toda alegría demasiado brusca pudiera romper algo que había vuelto apenas ensamblado.

Jules observó ese cambio con la paciencia que había aprendido del mar: no esperar declaraciones cuando bastan las mareas. Durante el verano de 1946 su porche volvió a llenarse, pero de una manera menos festiva que en los años veinte, menos desesperada que en los treinta. La gente seguía bebiendo, riendo, improvisando cenas con pescado, pan negro y botellas sin etiqueta, pero había en el aire una conciencia nueva de la fragilidad, una administración más sobria del júbilo. Nadie suponía ya que el refugio era eterno. Se lo habitaba precisamente porque podía perderse.

La cabaña de Jules, reconstruida y reforzada tras el huracán, comenzó a adquirir una fama discreta que no dependía del tamaño ni del lujo, porque no tenía ninguno de los dos, sino de otra cosa más difícil de explicar: la sensación de que allí dentro podía hablarse sin fingir y callarse sin deuda. La estancia principal, con sus paredes de madera clara, el retrato de Hanrahan frente a la ventana, la mesa marcada por vasos y trementina, y la caja guardada en el armario bajo como un corazón suplementario, fue convirtiéndose en una especie de salón sin manifiesto ni anfitrión oficial. Nadie lo bautizó. Nadie dijo: aquí empieza algo. Pero empezó.

Venían actores de segunda línea que en Manhattan aún fingían ser prometedores. Venían decoradores, marineros, músicos de piano que acompañaban

películas mudas ya inexistentes, hijos de familias ricas que habían aprendido a vivir con menos dinero que culpa, hombres casados que en la isla respiraban con una mezcla de alivio y vergüenza, mujeres que entendían más de lo que preguntaban, médicos discretos, un par de abogados, un bailarín retirado con las rodillas arruinadas, y cada tanto algún joven que llegaba recomendado por otro, con la misma cara de quien atraviesa una frontera sin saber si del otro lado lo detendrán o lo abrazarán.

Lo notable era que, en la cabaña de Jules, casi siempre ocurría lo segundo.

No por ingenuidad. No por candor comunitario. La isla seguía siendo un lugar atravesado por jerarquías, celos, deseo, mezquindades, pequeñas crueldades de temporada y alianzas tan intensas como efímeras. Pero en aquella casa concreta operaba otra lógica, una que Jules no habría sabido teorizar y que sin embargo practicaba con exactitud: mirar antes de juzgar, escuchar antes de nombrar, y no pedirle a nadie que se explicara por completo para concederle asiento.

En el verano de 1947 comenzó a hablarse de esa casa como quien habla de un muelle confiable o de una duna que orienta en la niebla.

-Ve a ver a Jules -decía Thomas Bell a los recién llegados, ya no con el fulgor arrogante de antaño sino con una autoridad más gastada y por eso mismo más útil-. Si no te echa, ya has empezado bien.

Thomas envejecía de forma irregular. Había días en que la luz de la tarde le devolvía algo de su belleza original, ese perfil de cartel teatral y manos que convertían un cigarrillo en argumento. Y había otros en que parecía veinte años mayor, con la rodilla mala obligándolo a sentarse antes de admitir cansancio y con una acidez que no distinguía entre el mundo injusto y las personas disponibles. La guerra no lo había llevado al frente,

pero lo había rozado lo suficiente como para dejarle una herida social: la certeza de haber sido excluido de una experiencia que destruía y legitimaba al mismo tiempo. No había combatido; tampoco había permanecido intacto. Esa ambigüedad lo corroía.
Jules lo seguía queriendo, aunque a veces a la manera en que se quiere un mueble heredado demasiado grande para la habitación: con afecto verdadero y una fatiga secreta.
Una noche de agosto, mientras en Duffy's un pianista tocaba standards con demasiada esperanza y muy poca afinación, Thomas apareció en la cabaña con un muchacho al que presentó como si dejara un paquete delicado sobre una mesa.
-Se llama Peter Larkin. No tiene dónde pasar la noche y miente fatal cuando intenta parecer tranquilo.
Peter tendría veintidós años. Era de Baltimore, hijo de un dentista católico y una madre que le había enseñado a tocar Schubert antes que a mentir bien. Había servido como enfermero naval en el Pacífico y volvía con una educación sentimental hecha de sangre, calor, disciplina y un descubrimiento del propio deseo que no había traído respuestas sino urgencia. Llevaba el pelo rubio demasiado corto, como si aún no hubiera salido del uniforme, y una mirada atenta de quien está acostumbrado a medir la temperatura de los demás antes de tomar asiento.
-No quiero molestar -dijo.
-Eso lo diré yo mañana -respondió Jules.
Peter sonrió con un alivio tan visible que Thomas, por una vez, no hizo ningún comentario.
Durmió dos noches y se quedó tres semanas. Luego regresó a la ciudad. Después volvió en septiembre. Al verano siguiente ya nadie preguntó dónde iba a hospedarse: en algún punto se había vuelto parte del circuito del porche, uno de esos hombres que llegan

primero como visita y acaban siendo pieza del paisaje moral.

Peter tenía una cualidad que la isla empezaba a necesitar de manera urgente y aún no sabía nombrar: era bueno con los otros sin volverlo virtud teatral. Cocinaba sin ceremonias, arreglaba mosquiteras, sabía vendar una mano mal cortada, escuchaba borracheras ajenas sin explotarlas luego como moneda social. Trabajó un tiempo en una farmacia de Manhattan, otro en el consultorio de un médico de Brooklyn que atendía con especial discreción a pacientes que no deseaban ser reconocidos, y cada verano reaparecía en Cherry Grove con libros prestados, latas de café y la disposición natural de quien no cree que el cuidado sea una hazaña.

Jules lo pintó al final del verano de 1948, de pie en el porche, sosteniendo una taza con ambas manos, el mar fuera de foco detrás de él. El cuadro no era extraordinario por composición ni por audacia técnica; lo era por otra cosa. En el rostro de Peter había una serenidad alerta, una forma de estar disponible sin disolverse, que condensaba algo nuevo en la isla: después del refugio y después del duelo, empezaba la tarea más difícil, que era aprender a sostener una vida.

La década avanzó y con ella la transformación material de Cherry Grove. Más casas se repararon, algunas se ampliaron, llegaron generadores mejores, cocinas menos improvisadas, telas de toldo más resistentes, radios más fiables. El lujo seguía siendo relativo, y la incomodidad, abundante. Aun así, la isla dejó de ser sólo un escondite de verano para bohemios tenaces y comenzó a parecerse a una comunidad con aspiraciones de permanencia. Permanencia estacional, si se quiere; permanencia frágil, intermitente, dependiente de ferris, clima y dinero. Pero permanencia al fin.

Con la estabilidad llegó también algo parecido a la institución.
No una institución formal, con actas y presidencias, sino una red de hábitos, expectativas, lealtades y pequeñas liturgias. Las cenas de los jueves en casa de los Morley, donde siempre se servía demasiado maíz y demasiado chisme. Las veladas musicales en Duffy's cuando algún pianista decente lograba sobrevivir hasta agosto. El paseo de la mañana hasta las dunas del este, donde ciertos hombres fingían ir a caminar y otros sabían exactamente para qué iban. El porche de Jules al atardecer, que empezó a recibir gente no sólo para beber o conversar, sino para mostrar algo: un manuscrito, un boceto, una carta, una preocupación, una fotografía que no convenía enseñar en otro lado. La cabaña se volvió un lugar de examen mutuo y, por momentos, de consagración mínima.
Si alguien cantaba por primera vez en la isla y después pasaba por el porche, se esperaba ver la cara de Jules al escucharlo. Si un recién llegado era particularmente hermoso, particularmente triste o particularmente torpe a la hora de mentir sobre sí mismo, la evaluación tácita incluía una pregunta silenciosa: ¿ya estuvo en casa de Jules? Si Mildred Symes había sido, en la década anterior, la gran testigo aristocrática de un archivo en formación, ahora el salón de la cabaña funcionaba como una cámara menos solemne y más viva, donde la memoria no sólo se guardaba: se ponía a prueba en voz alta.
Jules nunca se propuso ese papel. De hecho, le incomodaba que algunas personas empezaran a hablar de él como si fuera una figura tutelar. No se sentía sabio. Apenas se sabía persistente. Pero la persistencia, en ciertos lugares, acaba pareciéndose a una forma de autoridad.

En 1949 llegó a la isla Eleanor Vane, viuda desde hacía seis años, cuarenta y uno de edad, un hermano banquero en Connecticut y una hija interna en un colegio de Vermont. Había conocido Cherry Grove por una actriz con la que compartía temporadas de verano en Provincetown y desembarcó con una elegancia más seca que ostentosa: pantalones anchos, camisas de lino, cigarrillos turcos y una manera de mirar los interiores que delataba a quien ha pasado la mitad de su vida aceptando o rechazando casas ajenas. Su presencia alteró algunas rutinas de inmediato, no por escándalo sino por claridad. Eleanor no llegaba como acompañante de nadie ni como excentricidad tolerable. Llegaba como una mujer que había decidido estar allí por razones propias.

En la isla se la recibió con una mezcla de curiosidad, deseo y prevención. Las comunidades que se creen marginales suelen ser, a su modo, extraordinariamente conservadoras con los equilibrios que les permiten existir. Una mujer sola, inteligente, con dinero suficiente para no pedir permiso y una percepción afilada de las hipocresías, podía ser tan desestabilizadora como un policía.

Eleanor fue al porche de Jules en su segunda tarde.

-He oído que ésta es la casa donde no se hacen preguntas estúpidas -dijo.

-A veces se hacen. Lo importante es no insistir.

Ella soltó una risa breve, casi profesional. Vio el retrato de Hanrahan, vio las acuarelas apoyadas contra la pared, vio la caja cuando Jules la abrió al notar hacia dónde se dirigía la mirada, y comprendió en pocos minutos lo que a otros les llevaba años: aquella casa no era importante por sí misma, sino por el tipo de atención que organizaba.

Eleanor no pintaba ni cantaba. Escribía notas sueltas en cuadernos sin intención aparente de publicarlas.

Tenía, sin embargo, un talento preciso para la conversación seria sin pompa, y para detectar cuándo un grupo estaba fingiendo ligereza por miedo a tocar el asunto verdadero. En pocas temporadas se convirtió en una presencia central del salón. No porque dominara el espacio, sino porque lo tensaba hacia un nivel de honestidad que otros preferían esquivar.
Una noche de 1950, sentados alrededor de la mesa de la estancia principal, con Thomas, Peter, Sal, Charlie Kessler y dos jóvenes escenógrafos de nombres intercambiables, Eleanor dijo algo que quedó resonando mucho después de apagarse la lámpara de queroseno.
-Todos hablan de esta isla como si fuera un lugar fuera del mundo. No lo es. Es el mundo, sólo que aquí no pueden fingirlo igual de bien.
Charlie alzó su vaso.
-Brindo por la señora que acaba de arruinar el turismo.
Pero nadie discutió la frase. Porque ya empezaban a sentirse, incluso en aquella geografía protegida, las presiones de una época que volvía a estrechar sus márgenes.
La posguerra estadounidense, con toda su retórica doméstica, su culto a la normalidad y su paranoia creciente, no tardó en producir un clima donde cualquier diferencia podía traducirse en sospecha. En Manhattan aumentaban las redadas en bares, la vigilancia moral, los despidos discretos por "conducta impropia", los expedientes que nunca decían exactamente de qué acusaban pero dejaban a la gente fuera de ciertas oficinas, ciertos teatros, ciertas escuelas. La televisión emergente traía una nueva pedagogía del decoro. Los periódicos alimentaban una higiene pública hecha de miedo y simplificación. Y aunque Cherry Grove parecía lejos de todo eso,

dependía demasiado del continente como para permanecer inmune.
Llegaban noticias antes que leyes. Historias primero, reglamentos después. Un actor que perdía un papel sin explicación. Un maestro trasladado. Un empleado federal interrogado por sus amistades. Un camarero golpeado al salir de un bar en el Village. Un cantante al que recomendaban, en tono paternal, casarse cuanto antes. La isla escuchaba y archivaba.
Jules siguió pintando, pero ahora con una conciencia más explícita de que los rostros que fijaba podían convertirse no sólo en memoria sino en prueba. No prueba judicial ni histórica en el sentido académico, sino prueba íntima de existencia: éste estuvo aquí, ésta fue su postura al reír, así apoyaba la mano en el respaldo de una silla, así inclinaba la cabeza al oír su nombre pronunciado sin amenaza.
La caja de madera empezó a resultarle insuficiente. En el invierno de 1951, con ayuda de Peter y bajo la supervisión excesiva de Sal Romano, que opinaba sobre bisagras como si tratara un asunto portuario de seguridad nacional, Jules construyó un armario nuevo empotrado en la pared interior, elevado del suelo, con doble fondo y cierres resistentes a la humedad. Trasladó allí dibujos, cartas, notas, pequeños programas de mano, fotografías, entradas de ferry, una servilleta donde Charlie había escrito una lista de muertos que no quería olvidar, la nota temblorosa de Danny Shea, y la acuarela gemela que pintó de memoria después de saber que Walter Frye había muerto con la primera quizá aún en algún bolsillo perdido de Europa.
Peter lo observó ordenar aquel material durante horas.
-No es sólo pintura -dijo.
-Nunca lo fue.
-Es una casa dentro de la casa.

Jules asintió.
-No para esconderse. Para resistir.
La palabra quedó flotando entre ambos con una densidad que ninguno quiso desmenuzar.
Ese mismo año, Thomas Bell sufrió un colapso menor en medio de una cena. No llegó a desmayarse; se sentó de golpe, perdió color, dejó caer el vaso sin romperlo y dijo con un fastidio casi cómico:
-Me temo que mi cuerpo ha decidido participar en mi ruina.
El médico de Sayville habló de agotamiento, alcohol, dieta desastrosa y una tristeza que no era su especialidad pero que consideraba evidente. Thomas pasó parte del otoño en casa de Jules, más por imposición amistosa que por gusto propio. Fue una convivencia difícil. Thomas detestaba ser cuidado y convertía cada gesto de ayuda en ocasión de ironía o de reproche preventivo. Peter, que entonces estaba en la isla y ya funcionaba como una especie de enfermero moral del grupo, fue el único a quien Thomas permitió cierta proximidad sin morder.
-Te tolera porque no le tienes miedo -dijo Jules.
-No -corrigió Peter-. Me tolera porque sabe que sí le tengo miedo y aun así me quedo.
Esa frase impresionó a Jules más de lo que admitió. Había en ella una definición del amor adulto que la isla, entre tanto deseo brillante y tanta fuga elegante, apenas empezaba a comprender.
Thomas mejoró lo suficiente para volver a Manhattan en noviembre, pero nunca del todo. A partir de entonces se instaló en él una fragilidad visible, no tanto física como estructural. Seguía pudiendo ser encantador, cruel, hilarante, seductor, insoportable. Seguía entrando en una habitación como si un reflector privado lo persiguiera por costumbre. Pero ya no engañaba a nadie, quizá ni a sí mismo, sobre el hecho

central: el mundo que le había prometido protagonismo ilimitado se había achicado, y él debía aprender a habitar los márgenes con una dignidad que jamás había imaginado necesaria.

Cherry Grove, en ese sentido, era una escuela tardía. El verano de 1952 trajo un cambio más visible y menos silencioso: se inauguró un espacio algo mayor junto a Duffy's donde, sin la pretensión de llamarlo teatro estable, comenzaron a organizarse veladas, lecturas, pequeñas escenas, imitaciones, monólogos y números musicales con una frecuencia nueva. Algunos lo llamaban el pabellón. Otros, con ironía más afectuosa, el Metropolitan de las dunas. En la práctica, era un salón grande y ventilado donde la gente de la isla podía verse actuar a sí misma con mayor conciencia de estar produciendo cultura, no sólo escape.

Ese paso importó más de lo que entonces parecía. Porque una comunidad perseguida puede soportar mucho tiempo la clandestinidad del deseo, pero tarde o temprano necesita también una forma pública, aunque sea precaria, de su talento. No bastaba con sobrevivir; hacía falta producir belleza, sátira, melodrama, memoria compartida. Hacía falta, en suma, un escenario.

Jules no participaba de las funciones salvo como espectador y ocasional diseñador improvisado de decorados cuando faltaban manos. Pero el salón de su casa siguió siendo el lugar donde las obras se comentaban de verdad. Después de cada representación, buena o desastrosa, un grupo variable terminaba en el porche o en la estancia principal, con vasos en la mano y arena en los zapatos, repasando no sólo qué había funcionado o fallado, sino por qué importaba tanto hacerlo.

Charlie Kessler, que aún conservaba un instinto perfecto para la réplica, resurgió en esas noches. La

guerra le había dejado ojeras persistentes y una aversión específica a los ruidos secos, pero también una capacidad nueva para distinguir entre lo frívolo y lo esencial dentro de la frivolidad misma. Defendía con pasión el derecho a hacer reír bien.

-La gente habla del entretenimiento como si fuera un pecado menor -decía-. Después de lo que hemos visto, hacer reír sin humillar a nadie es casi una forma de reparación.

Eleanor, que desconfiaba de los absolutos pero no del ingenio, le respondió una vez:

-Sólo tú podrías convertir un chiste en doctrina moral.

Charlie se inclinó en una reverencia de music-hall.

-Y sólo usted podría elogiarme de un modo que suena a demanda judicial.

Aquellas conversaciones, vistas desde fuera, habrían parecido livianas. No lo eran. Eran la manera en que esa pequeña sociedad ensayaba su derecho a existir en más de un registro a la vez: vulnerable y brillante, perseguida y caprichosa, grave y ridícula, clandestina y exhibicionista. La isla no resolvía la contradicción; la ponía a trabajar.

En 1953 ocurrió un episodio menor que, con el tiempo, adquirió una importancia simbólica desproporcionada. Un periodista joven de un semanario neoyorquino, enviado a cubrir "las excentricidades estivales de Fire Island", llegó a Cherry Grove con el tono de quien espera encontrar caricaturas útiles para divertir lectores urbanos. Tomó notas sobre trajes, bebidas, rumores, hombres amanerados que él creía ver en todas partes porque era eso lo que había venido a confirmar. Pasó por Duffy's, merodeó el paseo, hizo preguntas malas y obtuvo respuestas peores. Alguien, en un acto de pedagogía dudosa, lo mandó a la cabaña de Jules.

El periodista entró con sonrisa rápida y libreta lista.

-Me dicen que aquí está el corazón del lugar.

-Entonces le han indicado mal -dijo Jules-. Los corazones no están quietos.
Aun así lo dejó pasar, quizá por curiosidad, quizá por cansancio. Hablaron poco. El joven intentó sonsacar historias pintorescas; Jules respondió con datos mínimos o con silencios que no admitían explotación. Fue Eleanor quien, apareciendo a mitad de la conversación como una intervención de la inteligencia en defensa propia, terminó de desarmarlo.
-¿Usted quiere escribir sobre rarezas? -preguntó-. Escríbalas en Manhattan. Allí se pasan el año fingiendo que no desean lo que desean y que no temen lo que temen. Eso sí es excéntrico.
El artículo salió dos semanas después y fue casi decepcionante en su moderación. Mencionaba la isla, el verano, ciertas costumbres bohemias, algunos artistas, mucho sol y pocas precisiones. No nombraba a nadie importante ni revelaba gran cosa. Pero entre líneas dejaba claro que Cherry Grove existía como un espacio de sociabilidad específica, cada vez menos invisible para el continente.
La notoriedad no trajo de inmediato desastre, aunque sí una inquietud nueva. Ser visto era un triunfo ambiguo. Toda comunidad perseguida sueña con reconocimiento y al mismo tiempo sabe que la mirada pública rara vez llega sola.
Sal Romano lo resumió una noche, limpiando un vaso con una seriedad papal.
-Lo peor no es que te encuentren. Lo peor es que te cataloguen.
Jules pensó en la caja, en el armario, en los retratos acumulados. Catalogar podía ser una forma de amor o una forma de caza. Todo dependía de quién mirara y para qué.
En 1954 Peter Larkin, que ya no era un muchacho y comenzaba a tener las primeras canas tempranas en

las sienes, decidió pasar el invierno entero en la isla con Jules. Había ahorrado algo de dinero, estaba cansado de la ciudad y del trabajo farmacéutico, y quería probar la estación dura de Cherry Grove, esa que la mayoría invocaba románticamente pero pocos soportaban. El invierno, como Jules sabía bien, era la verdad material de cualquier apego a la isla. Amar el verano allí era casi obligatorio; amar enero exigía otra fibra.

Compartieron meses de viento insistente, tuberías caprichosas, carbón húmedo, caminatas cortas entre ráfagas y un silencio más doméstico que lírico. Cocinaban sopas espesas, arreglaban filtraciones, leían junto a la estufa, ordenaban el archivo, discutían sin dramatismo sobre dónde guardar cada cosa. Peter empezó a clasificar papeles con una meticulosidad que sorprendió a Jules. Agrupaba por años, por personas, por eventos, por materiales. Anotaba al dorso lo que recordaba: lugar, estación, nombres, si los había.

-No hagas de esto un cementerio -dijo Jules una tarde.

Peter dejó el lápiz.

-No estoy enterrándolos. Estoy evitando que desaparezcan dos veces.

La frase habría sonado excesiva en otra boca. En la suya era simplemente cierta.

Fue durante ese invierno cuando Jules comprendió que el salón de Cherry Grove, más que una habitación o una costumbre social, era ya una estructura de transmisión. Los jóvenes llegaban y aprendían de los mayores no una doctrina, porque no la había, sino un repertorio de modos de estar: cómo detectar el peligro sin dejar que el miedo organice por completo la vida, cómo ayudar sin invadir, cómo inventarse familia sin imitar mal a la familia que expulsó, cómo hacer del gusto, del humor y de la memoria algo más que adorno.

En la primavera de 1955 esa intuición se volvió casi visible. A medida que regresaban los ferris llenos, fueron apareciendo caras nuevas que ya venían con relatos sobre la isla antes de verla. Cherry Grove empezaba a convertirse en mito. Y todo mito verdadero contiene desde su origen la semilla del malentendido. Llegaban algunos buscando libertad y encontraban mosquitos, precariedad y una comunidad mucho menos indulgente con la estupidez de lo que habían fantaseado. Otros llegaban buscando una fiesta infinita y tropezaban con hombres rotos, viudas lúcidas, artistas mediocres y artistas extraordinarios, lavaderos compartidos y conversaciones sobre muertos que nadie había conocido fuera de allí. Unos pocos, los necesarios, entendían. Entendían que el salón de Jules no era un sitio de prestigio sino de prueba. Quien soportaba su mezcla de belleza modesta, archivo tácito y sinceridad sin ceremonia estaba en condiciones de comprender algo más profundo sobre la isla: que Cherry Grove no ofrecía inocencia, ofrecía continuidad.
Ese verano Thomas Bell, ya con el cuerpo más vencido pero el ingenio intacto, se quedó mirando largo rato el movimiento del porche. Entraban y salían jóvenes, alguien afinaba una guitarra, Eleanor discutía con un escenógrafo sobre Tennessee Williams, Charlie recitaba una mala cuarteta inventada para insultar a un productor ausente, Peter traía una bandeja con vasos, Sal dormitaba sin dormir en una silla baja junto a la puerta, y Jules, sentado cerca de la ventana, dibujaba sin que casi nadie lo advirtiera.
-Has terminado montando tu propio teatro -dijo Thomas.
-No hay escenario.
Thomas sonrió con cansancio afectuoso.
-Precisamente. Por eso dura.

Jules miró la habitación. La luz de la tarde entraba sesgada sobre las tablas del suelo. El retrato de Hanrahan parecía vigilar, como siempre, que nadie confundiera refugio con blandura. El armario guardaba ya demasiadas vidas para seguir llamándose armario. Afuera se oía el mar, no como fondo sino como insistencia.

Pensó en la década anterior: el huracán, las pérdidas, la guerra, los regresos. Pensó en Danny, en Walter, en Mildred, en todos los que estaban y no estaban. Pensó en los nuevos, que llegaban sin conocer del todo la deuda contraída con los muertos. Y pensó también que tal vez así debía ser. Ninguna comunidad sobrevive si exige a cada recién llegado comprender de inmediato la totalidad de su dolor. Basta con que entre, mire bien y no mienta demasiado.

Cuando cayó la noche, y la casa quedó otra vez llena de voces superpuestas, Jules sintió que algo había terminado y empezado al mismo tiempo. La cabaña ya no era sólo su refugio, ni sólo el archivo de una época amenazada. Era un órgano vivo de la isla: un salón donde Cherry Grove se ensayaba a sí misma, corregía sus gestos, repartía consuelo, fabricaba memoria y, sin saberlo aún, se preparaba para conflictos más ásperos que no tardarían en llegar.

Porque el mito, una vez consolidado, trae visitantes. Y con los visitantes llegan el dinero, la codicia, la curiosidad pública, la policía de las costumbres, la tentación de embellecer el pasado y la necesidad, cada vez más urgente, de defender no sólo un lugar sino la versión de verdad que ese lugar ha permitido vivir. Jules no podía formularlo así esa noche. Sólo sabía que la casa respiraba de un modo distinto.

Como si, al cabo de tantos años, hubiera dejado de ser una cabaña levantada contra la intemperie para

convertirse en algo más difícil de destruir: una forma compartida de permanecer.

Capítulo 4. Caza de brujas (1955-1962)

El peligro no llegó a Cherry Grove con botas ni con decretos clavados en los postes.

Llegó primero como llegan casi todas las amenazas serias a los lugares que se creen apartados: en forma de rumor, de prudencia ajena, de frase bajada de tono a mitad de una cena. Llegó en cartas menos explícitas, en llamadas que se cortaban antes de decir lo necesario, en nombres que empezaban a pronunciarse con cautela no porque hubieran perdido prestigio sino porque lo habían ganado en el registro equivocado. En la isla, donde durante años la vigilancia había sido más bien lateral -miradas de vecinos, chismes, pequeñas economías del disimulo-, empezó a sentirse otra presión, una más vasta y abstracta, como si el continente hubiera perfeccionado por fin su capacidad de intrometerse incluso allí donde no podía ver del todo.

Nadie necesitaba explicar a qué se debía. Para 1955 la palabra seguridad servía ya para justificar demasiadas formas de miedo. En oficinas, escuelas, estudios de radio, dependencias estatales, redacciones y pasillos teatrales, la normalidad se había vuelto una liturgia agresiva. No bastaba con no hacer escándalo: había que resultar legible, tranquilizador, útil para la fantasía doméstica de una nación que se narraba a sí misma entre electrodomésticos, suburbios y enemigos internos. Quienes no cabían en esa narración aprendían otra vez el viejo arte americano de existir sin ofrecer demasiadas pruebas.

Cherry Grove no estaba fuera de ese país. Sólo era una de sus notas al pie.
El verano de 1955 comenzó con más gente de la habitual y con menos inocencia. Los ferris traían muchachos demasiado jóvenes para la guerra pero ya educados en la disciplina del secreto; hombres mayores que hablaban de Broadway, de seguros o de cortinajes con la soltura precisa de quien ha dedicado media vida a traducirse; mujeres que llegaban por amistad, por deseo, por cansancio de las casas donde se les había asignado una función demasiado estrecha. Venían también curiosos: parejas heterosexuales con apetito de bohemia segura, periodistas aspirantes, ilustradores en busca de escenas pintorescas, gente rica que empezaba a oler en la precariedad de la isla una forma elegante de exotismo.
Jules observaba todo eso con una mezcla de hospitalidad y recelo. El porche seguía lleno al atardecer, pero había cambiado la calidad de la escucha. Antes bastaba con detectar quién sufría y quién fingía. Ahora se imponía distinguir otra cosa: quién comprendía el precio del lugar y quién lo consumía como novedad de temporada.
Peter también lo notó.
-Los nuevos hacen demasiadas preguntas sobre lo divertido -dijo una tarde, mientras arreglaban una ventana que no terminaba de cerrar bien.
-Es mejor eso que las hagan sobre lo importante -respondió Jules.
Peter clavó la vista en el marco torcido.
-No siempre. A veces la frivolidad es sólo otra forma de inspección.
La frase quedó ahí, útil y desagradable.
Ese año Eleanor Vane adquirió una presencia casi arquitectónica en el salón. No estaba siempre, pero cuando estaba, organizaba el aire. Había aprendido a

identificar en segundos las conversaciones que sólo buscaban seducir y las que intentaban comprender. Se sentaba con sus pantalones anchos, sus cigarrillos turcos y esa espalda recta de quien no confunde nunca elegancia con sumisión, y escuchaba con una atención que ponía nerviosos a los necios. Algunos hombres la deseaban. Otros la temían. Los más inteligentes hacían ambas cosas con discreción.

Fue ella quien dijo, en junio de 1955, algo que terminó funcionando como una clave de la temporada.

-Lo alarmante de una caza de brujas -observó, mirando su vaso antes que a los otros- no es que busque monstruos. Es que obliga a todos a practicar una versión más torpe de sí mismos.

Charlie Kessler soltó una risa breve.

-Ya era bastante difícil interpretar a uno mismo sobrio.

-Sobrio nadie te pide nada -contestó Eleanor-. El problema empieza cuando te piden decoro.

Thomas Bell, reclinado en una silla demasiado baja para su rodilla, hizo un gesto de asentimiento casi solemne. Había llegado a la isla antes que otros ese verano, con el cuerpo más quebradizo y el ingenio más afilado que nunca, como si una facultad se hubiese alimentado del deterioro de las demás. Seguía siendo capaz de convertir un cigarrillo en argumento, pero ahora fumaba con pausas más largas y a veces parecía escuchar sus propias frases como si vinieran de un actor joven al que hubiera conocido y dejado de admirar.

-Decoro -dijo-. Qué palabra más útil para la gente que nunca ha tenido que sobrevivir a nada interesante.

Nadie respondió enseguida. En la estancia principal se oía el roce de los vasos, el crujido leve de las tablas, el mar al fondo como una respiración que insistía sin intervenir. La conversación derivó luego hacia una representación fallida en el pabellón junto a Duffy's,

pero el término quedó flotando. Decoro. No moralidad, no virtud, no ley. Decoro: esa ficción de superficie limpia con la que el país pretendía cubrirlo todo, incluso lo irreductible.

En Manhattan, mientras tanto, los hechos empezaban a apilarse con una lógica de goteo que era más eficaz que el escándalo. Un diseñador despedido "por razones de clima interno". Un asistente de producción invitado a renunciar antes de que hubiera preguntas. Un profesor al que nadie acusaba formalmente de nada, pero cuyo contrato no se renovaba. Un bibliotecario trasladado. Un excombatiente interrogado sobre frecuencias de amistad que en cualquier otra comunidad habrían parecido un asunto sentimental y no administrativo. Las historias llegaban a la isla fragmentadas, mal fechadas, a veces exageradas por el miedo y otras minimizadas por la vergüenza, pero siempre reconocibles en su estructura: alguien había sido marcado, y el mecanismo que lo marcaba no necesitaba ser explícito para funcionar.

Peter traía noticias de Brooklyn y de ciertos consultorios donde la discreción médica servía también como refugio social. Sal Romano, que seguía sabiendo más de puertos, ferris y horarios humanos de lo que admitía, añadía informaciones recogidas al pasar, en mostradores, muelles y bares de tránsito. Charlie aportaba el teatro, donde la cobardía podía adoptar modales exquisitos. Eleanor, por su parte, tenía amigos de abogados, viudas con hermanos en despachos federales, mujeres que oían hablar a los hombres cuando éstos creían estar fuera del alcance de toda inteligencia. Entre todos iban armando una cartografía informal del miedo.

Jules escuchaba y clasificaba sin decirlo. El armario empotrado, construido unos inviernos antes con ayuda de Peter y bajo la supervisión teatral de Sal, comenzó a

llenarse de otro tipo de materiales. Ya no sólo cartas, acuarelas, programas, servilletas anotadas, billetes de ferry y pequeños vestigios del afecto. Ahora aparecían recortes de periódico doblados sin marcar, nombres escritos en sobres vacíos, notas mínimas sobre un despido, una mudanza precipitada, un compromiso de conveniencia, una hospitalización explicada a medias. No era un archivo político en el sentido militante. Era algo más íntimo y tal vez más obstinado: la negativa a permitir que la confusión oficial borrara la textura concreta de las vidas.

-No estás guardando pruebas -dijo Peter una noche de agosto, al verlo añadir una tarjeta de visita sin nombre a una caja secundaria dentro del armario.

-No.

-Entonces, ¿qué guardas?

Jules tardó en responder.

-Líneas de continuidad. Para cuando empiecen a decir que aquí no pasó nada.

Peter no sonrió. Entendía demasiado bien.

A fines de ese verano ocurrió un episodio que, sin ser el más grave, alteró el ritmo interno de la isla. Un joven llamado Robert Deane -veintiséis años, empleado subalterno en una oficina federal de Washington, rostro tan correcto que parecía diseñado para tranquilizar a suegras y supervisores- llegó recomendado por un amigo de Charlie. Pasó los dos primeros días con la rigidez de quien teme que cualquier placer observable pueda convertirse en expediente. No bebía casi nada, hablaba con cortesía impecable, se sobresaltaba cuando alguien lo tocaba del hombro. En el porche de Jules escuchó más de lo que dijo, y esa misma reserva hizo que varios lo trataran con delicadeza automática. Fue Thomas, desde luego, quien rompió primero la superficie.

-Si sigues respirando así -le dijo al tercer atardecer-, van a deportarte a una colonia de contables.
Robert se puso rojo.
-No sé muy bien estar aquí.
-Nadie sabe -intervino Jules-. Unos disimulan mejor.
Aquella noche Robert se quedó hasta tarde. Habló poco de sí mismo, pero lo suficiente para que se entendiera lo esencial: meses antes había sido llamado a una entrevista interna por "consideraciones de seguridad". No le mostraron acusación alguna. Le preguntaron por sus hábitos, sus compañías, sus viajes, ciertos restaurantes, un antiguo compañero de cuarto, un camarero cuyo apellido pronunciaron mal. Él negó lo que pudo, calló lo que no supo negar sin delatarse de otras maneras, salió con la sensación de haber sobrevivido a un incendio invisible y una semana después presentó la renuncia antes de que se la sugirieran con mayor claridad.
-No hicieron nada concreto -dijo, como si aún necesitara convencerse de que eso era consuelo-. Sólo me dejaron entender.
Eleanor lo miró con una dureza compasiva.
-Eso siempre es algo concreto.
La frase cayó sobre la mesa con el peso exacto de las verdades que nadie desea discutir.
Robert permaneció en Cherry Grove dos semanas, y al marcharse dejó en la cabaña una corbata azul olvidada o abandonada a propósito. Meses después escribió desde Filadelfia. Había encontrado trabajo en una compañía de seguros, se había comprometido con una mujer "excelente" y daba a entender, con una prosa tan limpia que resultaba dolorosa, que pensaba corregir su vida por agotamiento más que por convicción. Jules guardó la carta. Peter la leyó una vez y no pidió verla de nuevo.

Lo que le ocurría a un hombre así tenía un efecto pedagógico brutal sobre los demás. No hacía falta que todos fueran interrogados. Bastaba con que algunos lo fueran para que el resto empezara a reorganizar sus gestos, sus viajes, sus correspondencias, incluso sus chistes. La vigilancia moderna no necesitaba presencia continua; le alcanzaba con instalar imaginación.
Cherry Grove respondió como responden muchas comunidades acorraladas: con una mezcla de mayor audacia y mayor cautela, según el día y la persona. En Duffy's se reía más fuerte ciertas noches, como si el volumen pudiera exorcizar el miedo. En otras, la gente bajaba la voz al mencionar trabajos, direcciones o apellidos. Se perfeccionó un arte del sobreentendido que a veces resultaba elegante y a veces miserable. Hubo quienes se volvieron más generosos. Hubo quienes empezaron a medir sus amistades con reglas de contagio social. El peligro no ennoblece automáticamente a nadie; a menudo sólo revela con más nitidez la composición moral previa.
El verano de 1956 trajo calor espeso, mosquitos tempranos y una sensación de exposición más franca. Cherry Grove ya no era un secreto de iniciados. Seguía siendo pequeño, incómodo, vulnerable a la marea y al dinero, pero empezaba a circular en relatos ajenos con una frecuencia que inquietaba a los viejos y excitaba a los recién llegados. Algunos hablaban de la isla como de un paraíso. Otros, con una moralidad de suplemento dominical, como de un teatro curioso donde la excentricidad podía observarse desde una distancia segura. Ambas miradas falsificaban algo esencial.
-Paraíso es una palabra que usa la gente que no piensa quedarse al limpiar después -sentenció Sal Romano, barriendo arena de la entrada como si administrara el Vaticano.

Ese mismo año llegaron más visitantes de paso, más fines de semana veloces, más personas con dinero suficiente para romanticar la precariedad ajena sin padecerla. Las casas empezaron a valer un poco más, lo bastante como para que la conversación sobre alquileres y reparaciones adoptara otro tono. La codicia aún no organizaba la isla, pero ya había enviado a sus exploradores. Peter, que entendía el peso material de las cosas mejor que muchos estetas residentes, advirtió pronto el vínculo entre esa transformación y la fragilidad política del lugar.

-Si un sitio empieza a ser deseable para demasiada gente distinta -dijo-, tarde o temprano alguien decide qué versión de ese sitio merece sobrevivir.

Jules levantó la vista del dibujo en que trabajaba.

-¿Y quién decide aquí?

Peter miró hacia el porche, donde Charlie contaba una historia dudosa, Eleanor corregía una cita de Tennessee Williams y Thomas dormitaba sin admitirlo.

-De momento nadie. Por eso aún estamos a tiempo.

No precisaron decir de qué.

En septiembre de 1956 hubo una redada en un bar del Village particularmente frecuentado por hombres que conocían la ruta de Fire Island. La noticia llegó esa misma noche a la isla, deformada primero por el pánico y luego corregida por teléfono al día siguiente. Hubo detenidos, nombres que quizá se filtrarían, una lista incautada cuya existencia nadie pudo verificar del todo y que, precisamente por eso, resultó más eficaz como amenaza. Dos hombres en Cherry Grove pasaron cuarenta y ocho horas convencidos de que sus empleos terminarían antes de la semana siguiente. Uno de ellos, escenógrafo ocasional y contable durante el invierno, hizo una maleta con una torpeza que daba pena. Al final no ocurrió nada visible. Pero durante días

se respiró ese aire viciado que dejan los desastres potenciales cuando deciden aplazar su caída.
Fue entonces cuando el salón de Jules adoptó una función más explícita, aunque nadie la nombrara de ese modo. La gente no iba sólo a conversar o a ser vista; iba a calibrarse. A verificar si seguía perteneciendo a un mundo en el que podía decir ciertas cosas sin que se usaran como palanca. A veces bastaba sentarse, tomar una bebida, escuchar a Charlie hacer de una tragedia una anécdota insoportable y oír a Eleanor desmontarlo con precisión. A veces la necesidad era más concreta: escribir una carta, pedir una dirección, dejar una maleta, dormir dos noches antes de decidir un regreso, llorar sin dramaturgia. El porche, la estancia principal y el armario del fondo funcionaban como órganos de una misma criatura modesta y terca: una estructura de sostén improvisada por personas a quienes el país había enseñado que su improvisación era indecente.
En el invierno de 1957, el primero realmente duro para Peter desde que alternaba ciudad e isla con creciente preferencia por esta última, la cabaña quedó reducida a una economía severa de carbón, sopa, papeles y viento. Las tuberías se congelaron dos veces. Una grieta junto a la ventana del norte dejó pasar una corriente tan fina y constante que Jules decía que era como convivir con una opinión hostil. Afuera, Cherry Grove parecía una maqueta abandonada por el verano. Adentro, en cambio, el archivo crecía con disciplina. Peter comenzó a copiar ciertos nombres en cuadernos separados, no para exhibirlos sino para preservar una legibilidad futura. Anotaba fechas aproximadas, relaciones, lugares, pérdidas. A veces añadía observaciones mínimas: "reía antes de terminar las frases", "nunca se quitaba el sombrero al entrar", "decía 'encantado' como si fuera una disculpa". Jules

lo observaba sin intervenir demasiado. Comprendía que aquella minucia no era manía sino defensa.
-Te estás convirtiendo en un archivero sentimental -le dijo una noche, sin intención de burlarse.
Peter siguió escribiendo.
-Peor sería convertirme en un superviviente desmemoriado.
No era una frase brillante. Era, por eso mismo, irrebatible.
El país, mientras tanto, seguía perfeccionando su pedagogía del recelo. La televisión enseñaba interiores impecables y matrimonios donde nadie parecía tocarse de verdad. Los periódicos mezclaban comunismo, indecencia, debilidad moral y amenaza nacional con una prosa de detergente. En los trabajos, las advertencias rara vez descendían en forma de ley escrita; tomaban más bien la forma de consejos, pausas, promociones negadas, sonrisas administrativas. La brutalidad americana, pensaba Eleanor, tenía con frecuencia modales de secretaria eficiente.
En la primavera de 1957 llegó a la isla un hombre que encarnaba de manera casi demasiado perfecta ese cruce entre respetabilidad y daño. Se llamaba Harold Beck. Tendría unos cincuenta años, vendía seguros marítimos, estaba casado en New Jersey, llevaba gemelos sobrios y una tristeza tan bien planchada que durante la primera semana casi pasó por distinción. Venía recomendado por alguien de Sayville y alquiló una habitación modesta con la discreción de quien no desea pertenecer a ningún relato. Se presentó en el porche de Jules con una botella decente y el tipo de cortesía que suele ocultar hábito de mando.
No desagradó de inmediato. Eso fue parte del problema.

Harold escuchaba bien, reía en el momento justo, sabía hablar de barcos, de bancos, de ópera ligera y de malos hoteles europeos anteriores a la guerra. Era, además, uno de esos hombres maduros que habían aprendido a usar la contención como erotismo. Varios lo encontraron atractivo. Un par de jóvenes orbitó a su alrededor con esa mezcla de fascinación y cálculo que aparece donde el dinero no es abundante pero sí visible. Thomas, desde el principio, lo detestó con una rapidez que hizo sospechar capricho.
-Huele a comité -dijo, sin más explicación.
Eleanor no lo contradijo.
Las razones tardaron en aparecer, y cuando lo hicieron fueron lo bastante imprecisas como para no volverse nunca del todo utilizables. Alguien mencionó haberlo visto en una cena en Manhattan donde no encajaba. Otro dijo que hacía demasiadas preguntas sobre ocupaciones de invierno y domicilios completos. Peter notó que recordaba nombres con una exactitud profesional, pero olvidaba detalles humanos básicos. Charlie, siempre más astuto de lo que su tono insinuaba, observó que Harold no contaba historias para compartir experiencia sino para medir reacción ajena. Ninguna de esas impresiones probaba nada. Juntas, sin embargo, componían una incomodidad reconocible.
Una noche de julio, con tormenta contenida sobre el mar y demasiada gente en la estancia principal, Harold preguntó por Robert Deane sin saber -o fingiendo no saber- que el nombre había dejado una incomodidad precisa en la casa.
-El muchacho de Washington -dijo-. El que estuvo el verano pasado. Parecía tener buen juicio. ¿Qué fue de él?
La conversación se enfrió con una velocidad casi física. Jules dejó el vaso sobre la mesa. Eleanor apagó el

cigarrillo con una parsimonia que anunciaba violencia verbal. Fue Peter, sin embargo, quien respondió primero.
-Aprendió a no dejar rastro donde no debía.
Harold sonrió apenas.
-Un talento útil en estos tiempos.
-Según para quién -dijo Eleanor.
La escena no escaló. No hizo falta. Desde ese momento Harold Beck quedó, si no expulsado, sí desalojado moralmente del centro del grupo. Siguió viéndose en la isla aquel verano, pero ya no como posible íntimo sino como presencia monitorizada. Nadie lo acusó abiertamente de ser informante, policía moral o simple depredador social. En cierta forma, era peor: lo trataron como a una persona respecto de la cual convenía no ignorar nada y no confiar nada tampoco. En comunidades vulnerables, esa clase de exilio silencioso puede ser más severa que una pelea.
Thomas disfrutó demasiado.
-Te dije que olía a comité.
-Tú hueles a desastre y no por eso te expulsamos -replicó Jules.
Thomas sonrió con esa vanidad infantil que la enfermedad no le había arrancado.
-Porque yo entretengo.
Pero el episodio dejó una huella seria. Confirmó que el peligro no siempre venía uniformado ni necesitaba autorización estatal clara. A veces tomaba la forma de un hombre aceptable con memoria selectiva y curiosidad profesional. A veces era sólo un oportunista con sentido del clima. La diferencia importaba menos, en la práctica, que el daño posible.
En 1958, la isla entró en una fase de brillo y tensión simultáneos. Había más fiestas, más representaciones en el pabellón, más visitas desde la ciudad, más alcohol bien servido, más cuerpos jóvenes dispuestos

a convertir en estilo lo que para otros había sido supervivencia. Cherry Grove empezaba a producir una imagen de sí misma, y esa imagen circulaba. Algunos la disfrutaban como triunfo. Otros, entre ellos Jules, la observaban con cautela de carpintero: toda superficie hermosa invita a olvidar de qué está hecho el armazón.
Ese verano llegó un fotógrafo de revistas, invitado por amigos de amigos, con maneras impecables y promesas de anonimato artístico. Tomó imágenes de dunas, pasarelas, copas contra la luz, espaldas bronceadas, sombrillas, perfiles de belleza estudiada. Quería, dijo, capturar "una comunidad de verano". La frase puso a Eleanor de mal humor inmediato.
-No existe tal cosa -le dijo-. Existen comunidades. Y existen veranos. Confundirlos es una forma elegante de colonialismo.
El fotógrafo rio, creyendo quizá que se trataba de ingenio social. No entendió que lo estaban juzgando. Jules permitió un par de retratos colectivos en el porche, pero ninguno en el interior de la cabaña. El salón, el armario, el retrato de Hanrahan, las acuarelas apoyadas, la mesa marcada por vasos y trementina, todo eso quedaba fuera del encuadre público. No por fetichismo del secreto, sino porque ciertas habitaciones sólo conservan su función si no son convertidas del todo en representación. Peter apoyó esa decisión con naturalidad feroz. Charlie la consideró maravillosa precisamente porque era mala para la publicidad. Thomas, ya más cansado, comentó desde su silla:
-El misterio es el único lujo que aquí todavía no pueden alquilar por semana.
A fines de ese mismo verano, un actor secundario de radio llamado Leonard Price desapareció discretamente de la isla tras recibir en la ciudad una advertencia que nadie llegó a oír de su boca completa. Había sido amable, inteligente, no particularmente

memorable en escena y muy querido en las cenas por su capacidad de imitar obispos, agentes y tenores con igual maldad. De pronto dejó de responder cartas. Un conocido informó que se había ido a vivir con una hermana a Ohio "por salud". Nadie creyó del todo la fórmula, pero todos comprendieron su función. Jules guardó un programa del pabellón donde Leonard había anotado al dorso: "si me vuelvo respetable, dispárenme". Peter lo fechó y lo archivó sin comentario.

La caza de brujas tenía también ese efecto: obligaba a los ausentes a adquirir una densidad distinta. Cada desaparición, cada matrimonio apresurado, cada traslado administrativo, cada silencio súbito se integraba al repertorio no escrito con que la isla enseñaba a los nuevos de qué estaba hecha su aparente ligereza.

En 1959 Thomas Bell empeoró de manera visible. No fue una caída espectacular sino una suma de pequeñas derrotas corporales que ya no podían maquillarse con encanto. Adelgazó demasiado, su rodilla dejó de ser un rasgo pintoresco para convertirse en límite real, y durante algunos días de julio la fatiga le alteró incluso la puntería verbal. Seguía siendo brillante, pero la brillantez empezaba a requerirle un costo físico obsceno. Pasó más tiempo en la cabaña de Jules, a veces durmiendo en una habitación lateral, a veces sólo dejando que las horas transcurrieran allí como si necesitara recordar una versión menos hostil del mundo.

Una tarde, mientras Peter preparaba café y afuera el viento cambiaba de humor, Thomas miró el armario cerrado.

-¿Cuántos fantasmas caben ya ahí dentro?

-Los suficientes -dijo Jules.

-Te equivocas. Los fantasmas nunca caben. Se organizan.
Peter dejó la taza frente a él.
-Tú no eres un fantasma.
Thomas lo miró con una ternura tan súbita que casi resultó indecente.
-Todavía no. Pero ya ensayo.
La frase habría podido sonar teatral en otra voz. En la suya fue apenas una constatación decorada.
El mismo año, sin embargo, la isla conoció también un impulso opuesto: más jóvenes, más risas, más insolencia, más piel expuesta al sol con una confianza que escandalizaba un poco a los mayores y los enternecía más de lo que admitían. Llegaban hombres de veinti pocos que no habían vivido la guerra como adultos y cuya educación sentimental estaba menos hecha de duelo que de aspiración. Querían bailar, besar, actuar, ser vistos. Algunos confundían libertad con ingenuidad. Otros aportaban exactamente la porción de descaro necesaria para que una comunidad no se quedara adorando sus cicatrices como si fueran doctrina.
Jules descubrió que los miraba con una mezcla de afecto y vigilancia. Le gustaba verlos. Le preocupaba también que ignoraran demasiado. Pero había aprendido algo en la década anterior: la memoria, si se administra como examen permanente, termina convirtiéndose en otra policía.
No se trataba de exigirles reverencia. Se trataba de ofrecer contexto.
Por eso, en las noches largas de finales del 59 y comienzos del 60, el salón de la cabaña se convirtió cada vez más en un lugar de transmisión deliberada. No de sermón: de relato. Charlie contaba la guerra a su modo oblicuo, haciendo reír antes de asestar la pérdida. Eleanor explicaba, sin sentimentalismo, qué

tipos de concesión exigía siempre la respetabilidad. Sal describía trabajos, puertos, hombres que se habían roto tratando de parecer simples. Peter hablaba del cuidado, de los cuerpos, del precio de ciertas vergüenzas médicas. Jules mostraba dibujos viejos, rostros de gente a la que los nuevos no habían conocido, y dejaba que el papel hiciera parte del trabajo.

A veces sacaba la acuarela gemela de Walter Frye. O la nota de Danny Shea. O algún retrato temprano de Thomas Bell cuando aún parecía un argumento a favor de la belleza irresponsable. No lo hacía para imponer solemnidad, sino para inscribir a los presentes en una continuidad. La isla no era una invención de su deseo particular de verano; era una forma histórica, frágil y concreta de habitar la diferencia.

En 1960, la elección presidencial en el continente produjo entre algunos visitantes una euforia extraña, como si la juventud fotogénica de la nueva administración pudiera corregir por sí sola la maquinaria más sorda de la persecución. Eleanor se mostró implacable con ese optimismo.

-Los países no se vuelven decentes por salir mejor en cámara -dijo.

Charlie levantó una ceja.

-¿Ni siquiera si la esposa tiene sombreros impecables?

-Sobre todo entonces.

Jules no era hombre de grandes análisis institucionales, pero intuía la verdad práctica del comentario. Cambiaban las superficies. Persistían los dispositivos. Aun así, algo empezaba a modificarse, no tanto en la ley como en el temple de ciertos jóvenes. Se los veía menos dispuestos a traducirse por completo para tranquilizar a otros. La vergüenza no había desaparecido; simplemente empezaba a encontrar competencia.

Ese mismo verano, un estudiante de arquitectura llamado Neal Mercer llegó a Cherry Grove con una cámara barata, un cuerpo hermoso y una falta de prudencia casi conmovedora. Besó a un hombre en el paseo con luz suficiente para alimentar diez escándalos y luego se sorprendió del silencio que lo siguió. Peter fue quien lo tomó aparte.
-No estás en prisión -le dijo-. Pero tampoco en un sueño.
Neal lo miró, confundido y desafiante a la vez.
-Entonces, ¿qué se supone que haga?
-Vivir. Sólo que sin regalarle tu vida a la gente que quiere convertirla en lección.
Neal permaneció el resto del verano orbitando el porche de Jules. Aprendió rápido. No a esconderse del todo, sino a distinguir escenario de trampa. Como él llegaron otros: una generación todavía sin nombre claro, más visible en sus gestos y menos dócil ante la pedagogía de la culpa. Los mayores los miraban con el antiguo reflejo de proteger y con la nueva sospecha de estar siendo relevados.
La caza de brujas no había terminado en 1960. Ni mucho menos. Pero empezaba a producir un efecto paradójico allí donde fracasaba en su propósito absoluto: en lugar de erradicar ciertas formas de vida, las obligaba a volverse más conscientes de sí mismas, más articuladas, menos dispuestas a obedecer sin resto. Cherry Grove no era un movimiento, no tenía pancartas ni teoría unificada. Tenía algo quizás menos visible y no por ello menos decisivo: práctica compartida.
En 1961 Harold Beck reapareció brevemente en la isla, más canoso, igual de planchado, con la falsa tranquilidad de quien supone que el tiempo habrá lavado las sospechas. Nadie hizo escena. Nadie lo denunció. Simplemente descubrió que ya no tenía

dónde entrar de verdad. Las conversaciones se cerraban al acercarse él, las invitaciones no aparecían, Duffy's lo atendía con corrección glacial, el porche de Jules permanecía lleno de gente pero no de acceso. Se marchó al cabo de cinco días.

-Es extraordinario -dijo Thomas al saberlo-. Hemos inventado la excomunión sin Iglesia.

-Hemos inventado memoria -replicó Eleanor.

Thomas la miró con una sonrisa fatigada.

-En tu boca, la memoria siempre suena a sentencia.

-Es que suele llegar después del delito.

Ese otoño, Thomas sufrió un empeoramiento serio en Manhattan y pasó parte del invierno entre médicos, habitaciones alquiladas y una cadena de atenciones que él administraba con ingratitud preventiva. Jules fue a verlo una vez, Peter dos. Volvieron a la isla con esa expresión particular de quienes han contemplado a alguien querido luchando no ya contra una tragedia singular, sino contra el desgaste acumulado de sí mismo.

-No sabe retirarse -dijo Peter durante la travesía de regreso.

-Nunca tuvo adónde -respondió Jules.

El mar estaba gris y brutal, la cubierta mojada, las manos heladas. Peter no añadió nada. Comprendía que ciertas vidas no fracasan por falta de talento ni de amor, sino por haber sido educadas para confundirse demasiado con su propio fulgor.

En la primavera de 1962, Cherry Grove recibió a sus habitantes de temporada con una mezcla rara de cansancio y expectativa. Había sobrevivido a los años más agudos de sospecha sin salir indemne y sin volverse irreconocible. Eso ya era algo. El pabellón junto a Duffy's seguía produciendo pequeñas noches de música, sátira y melodrama. El porche de Jules seguía convocando a quienes necesitaban algo más

que entretenimiento. Eleanor conservaba su poder de elevar la conversación y arruinar la tontería. Charlie seguía convirtiendo el ingenio en una forma de defensa civil. Peter se había vuelto, sin declararlo nunca, una de las piezas morales más firmes del lugar. Sal continuaba fingiendo que sólo le interesaban las bisagras, los horarios y los vasos limpios cuando en realidad vigilaba el equilibrio entero del mundo. Y Thomas, más ausente incluso cuando estaba presente, comenzaba a pertenecer ya a la memoria antes de haberse ido.

Ese verano ocurrió una escena pequeña que Jules no olvidaría. Un muchacho nuevo -demasiado elegante, demasiado asustado, probablemente enviado por un amigo de un amigo con instrucciones vagas- llegó a la cabaña al atardecer, se quedó en el umbral y dijo:

-Me dijeron que aquí podía sentarme un rato sin tener que actuar.

Jules lo miró, vio detrás de esa frase los años enteros: el huracán, la guerra, los regresos, los desaparecidos, los interrogatorios, los archivos, las cenas, los chistes, el miedo, las reparaciones, el carbón húmedo, el mar insistente, Peter ordenando papeles, Eleanor atravesando la estupidez como un cuchillo elegante, Thomas desmoronándose con estilo, Charlie defendiendo la risa como derecho humano, Sal gruñendo contra el futuro mientras sostenía media arquitectura moral de la isla.

-Siéntate -dijo.

Eso era todo y no era poco.

La caza de brujas había enseñado a Cherry Grove varias cosas que ninguna comunidad aprende gratis. Le enseñó que la visibilidad sin control puede convertirse en carnada. Le enseñó que el secreto absoluto pudre tanto como protege. Le enseñó que hay personas capaces de soportar el miedo sin volverse mezquinas y otras que necesitan muy poco para

entregar al vecino a cambio de tranquilidad. Le enseñó que el deseo, si quiere durar, necesita formas materiales: habitaciones, cerraduras, dinero, cuidado médico, nombres recordados, inviernos resistidos. Le enseñó, sobre todo, que una comunidad no se define por la pureza de sus miembros ni por la belleza de su mito, sino por el tipo de verdad que consigue preservar cuando arrecian las simplificaciones.

Jules no habría dicho nada de eso en voz alta. Seguía desconfiando de toda teoría que sonara demasiado entera. Pero a fines de septiembre de 1962, cuando el porche empezaba a vaciarse y el aire anunciaba otra estación áspera, abrió el armario empotrado y se quedó un rato mirando su contenido.

Había dibujos, cartas, programas, fotos, billetes, notas, nombres que ya no podían responder, huellas de vidas desviadas, partidas, regresos, pequeñas glorias de verano y ruinas discretas de invierno. Había, también, una forma de evidencia que no dependía del tribunal ni de la prensa ni del Estado. La evidencia de que esas personas no habían sido un error pasajero ni una colección de excentricidades útiles para la curiosidad ajena. Habían sido -seguían siendo- una sociedad en miniatura, con sus vanidades, lealtades, cobardías, talentos y duelos, pero sociedad al fin.

Cerró el armario con cuidado.

Afuera, el mar sonaba como siempre: no como fondo, sino como insistencia.

Y quizá eso era lo que Cherry Grove había aprendido durante aquellos años de persecución oblicua. No cómo volverse inocente, ni cómo quedar a salvo, ni siquiera cómo vencer. Había aprendido algo más humilde y más difícil: cómo persistir sin entregarle al miedo la autoridad de nombrar por completo la vida.

La década siguiente traería otras formas de visibilidad, de placer, de conflicto y de pérdida. Llegarían más

cuerpos, más dinero, más teatro, más sexo, más política, más policía, más orgullo y más fractura. El mito crecería. También sus enemigos.
Pero para entonces, en la cabaña de Jules, ya existía lo indispensable.
Un lugar donde sentarse sin actuar.
Y eso, en ciertos periodos de la historia, se parece mucho a una forma de salvación.

Capítulo 5. Los templos del hedonismo (1963–1969)
El verano de 1963 llegó a Cherry Grove con una temperatura nueva, no solo en el aire. Había en los muelles una energía que Jules no recordaba de los años anteriores, o que quizá había olvidado aposta durante la década del miedo. Los jóvenes que descendían de los ferris llevaban pantalones más ajustados, risas más altas, una corporeidad que parecía desafiar no a la ley sino a la propia noción de vergüenza. Besaban en público con una naturalidad que hacía a los mayores mirar hacia los lados, no por escándalo sino por extrañeza protectora.
Eleanor Vane observó una de esas escenas desde el porche, un atardecer de junio, mientras dos muchachos que no llegarían a los veinticinco intercambiaban una torpeza gloriosa junto a la valla de madera.
-Han aprendido a no pedir permiso —dijo, más para sí misma que para Jules, que pintaba a su lado—. No sé si es valentía o si simplemente les tocó otro clima.
Jules no levantó la vista del papel.
-Las generaciones no eligen su valentía. Eligen cómo gastarla.
Eleanor sonrió, esa expresión breve que ella reservaba para las frases que valían la pena recordar.

El miedo no había desaparecido. Seguía en los contratos no renovados, en los ascensos negados, en las madres que dejaban de escribir, en los médicos que miraban de cierta manera. Pero algo había cambiado en la distribución del aire. La elección de un presidente asesinado ese otoño no alteró inmediatamente el tono de Cherry Grove —la isla lloraba en privado lo que otros lloraban en cámara—, pero entre los jóvenes se instaló una sensación de urgencia casi física. Si los cuerpos importantes podían desaparecer así, de un disparo en un coche abierto, ¿para qué conservarlos tan bien guardados?

Peter había empezado a pasar más tiempo en la isla que en Brooklyn. No había tomado la decisión de forma explícita; simplemente los inviernos en la ciudad se le habían vuelto cada vez más difíciles de justificar, mientras que la cabaña de Jules ofrecía una versión del cuidado que no necesitaba explicarse. Reparaba lo que se desgastaba, organizaba lo que la humedad desordenaba, copiaba nombres en cuadernos que ya no parecían gesto defensivo sino ritual domesticado. A veces, en las mañanas frías, Jules lo encontraba en la estancia principal con el café hecho y los papeles extendidos, y sentía una gratitud tan antigua que ya no sabía nombrarla.

-¿Sigues archivando fantasmas? —le preguntó una vez, en 1964.

Peter frunció el ceño, no por la pregunta sino por la respuesta que le exigía.

-Archivo lo que me recuerda que estuvimos aquí. El fantasma ya lo hace solo.

Ese año, Cherry Grove experimentó una transformación que los viejos residentes observaron con mezcla de asombro y recelo. La isla empezó a producir fiestas. No las reuniones improvisadas de antes, las noches que crecían en el porche de alguien hasta que alguien más

ofrecía whisky o melodía. Eran eventos anunciados, con tema, con lista, con decorador, con alguien que cobraba en la puerta. Llegaron a Fire Island hombres de la ciudad con vocabulario de producción: lighting, guest list, open bar, house music. El término "temple" empezó a circular, primero en broma, luego con algo de solemnidad autoasignada. Los templos del hedonismo, llamó un columnista de una revista que nadie en la isla leía pero todos terminaban citando.

Charlie Kessler, que seguía refugiando su melancolía en el ingenio, organizó una de las primeras fiestas grandes en el pabellón junto a Duffy's. Llamó a la noche "La caída de Babilonia" y construyó una torre de cartón y lentejuelas que se derrumbó media hora antes de lo previsto, provocando una ovación irónica. Bailaron hasta el amanecer, mezclados en una oscuridad que买了 el alcohol hacía democrática. Alguien besó a alguien, alguien lloró, alguien vomitó discretamente detrás de una cortina. Charlie, al día siguiente, declaró la fiesta un éxito rotundo.

-¿Rotundo en qué sentido? —preguntó Eleanor.

-En el único que importa —respondió Charlie—: en que nadie preguntó quién era nadie.

Pero la frase, que pretendía ser celebración, contenía una preocupación que varios compartían sin nombrarla. El anonimato de la fiesta grande era distinto del anonimato protector de antes. No era el secreto de quienes se ocultan; era la indiferencia de quienes se exhiben. El cuerpo ya no necesitaba disimular, pero empezaba a necesitar otro tipo de atención: ser visto, deseado, fotografiado, elegido.

Neal Mercer, el estudiante de arquitectura que Peter había tomado aparte en 1960, regresó en 1964 convertido en algo que aún no tenía nombre claro. Traía consigo una cámara mejor, ropa de un corte que

delataba dinero reciente, y una manera de mirar la isla que mezclaba reverencia y cálculo. Había entrado en el mundo de la publicidad, diseñaba espacios comerciales, hablaba de "experiencia de usuario" antes de que la frase se volviera común. Jules lo reconoció en el muelle, notó la diferencia, y decidió no prejuzgarla.

Neal se instaló en una casa alquilada que él mismo había ayudado a decorar, con ventanales orientados al ocaso y una terraza donde pronto empezaron a reunirse rostros jóvenes que otros llamaban "su gente". Ofrecía cócteles con nombres de ciudades, hacía mezclas de música en cintas que luego serían patrimonio de toda una estética, organizó una fiesta en 1965 a la que acudieron doscientas personas y de la que nadie recordaba, años después, más que la sensación de haber estado ahí sin estar del todo.

-Piensa en escenarios —le dijo a Jules una tarde, mostrándole los planos de una estructura efímera que quería montar en la playa—. La isla es un escenario natural. Lo que hacemos es diseñar la iluminación.

Jules estudió los dibujos. Eran competentes, incluso hermosos. Pero algo en ellos lo inquietó.

-¿Y qué pasa cuando se apagan las luces?

Neal sonrió, esa sonrisa de quien ha aprendido a traducir la duda en oportunidad.

-Entonces se encienden otras. Siempre hay otras.

Thomas Bell, que veía menos pero seguía oyendo todo desde su silla cada vez más inmóvil, comentó esa misma noche:

-El muchacho está construyendo una iglesia sin dios. Es muy americano. Y muy peligroso, como todo lo americano que pretende no tener historia.

Thomas murió en el invierno de 1965, no en la isla sino en una habitación de hospital en Manhattan donde Jules y Peter lo visitaron una semana antes del final.

Estaba demacrado de una manera que ya no permitía el ingenio, pero conservaba todavía la capacidad de mirar como si estuviera pronunciando una frase que otros tardarían en comprender. No dejó instrucciones. Dejó, en un cajón de la cabaña donde había pasado tantas tardes, una colección de programas de teatro, cartas sin enviar, y una nota para Eleanor que ella nunca mostró y que Jules respetó no pidiendo.

El entierro, si así puede llamarse, ocurrió en Cherry Grove al verano siguiente. No hubo ceremonia religiosa. Hubo una noche en el pabellón donde Charlie leyó monólogos que Thomas había calumniado en vida, Neal proyectó luces que él habría encontrado pretenciosas, y varios de los que habían conocido al muerto bebieron hasta que el luto se confundió con la resaca. Eleanor permaneció en un rincón con su espalda recta de siempre, fumando, y cuando alguien se acercó a ofrecerle condolencia respondió:

-No era mi amante. Era mi cómplice. No se confundan.

La frase viajó por la isla con la velocidad de lo que no necesita explicación.

La muerte de Thomas dejó un hueco que nadie intentó llenar del todo, pero que transformó la topografía emocional del grupo. Jules se volvió más callado, no por depresión sino por una especie de economía deliberada: había aprendido que ciertas ausencias solo se honran con el silencio adecuado. Peter asumió tareas que antes eran de Thomas, no por usurpación sino porque alguien debía preguntar a los médicos, revisar los papeles, decir las frases prácticas que el duelo hace necesarias. Charlie, por primera vez, dejó de ser el ingenioso de turno durante varias semanas, y cuando retomó el personaje lo hizo con una crueldad menor que antes parecía imprescindible.

En 1966, la isla alcanzó una densidad de cuerpos y ruido que los veranos anteriores solo habían insinuado.

Llegaban ahora no solo los buscadores de refugio sino los buscadores de emoción: ejecutivos jóvenes con licencia de ausencia, artistas que habían leído sobre Cherry Grove en revistas, parejas de la ciudad que querían "probar algo diferente" sin comprometerse del todo. El turismo del mirón, que Eleanor había detestado desde siempre, se profesionalizó. Había quienes llegaban a la isla el sábado por la mañana, tomaban el sol, bebían dos martinis, contemplaban desde cierta distancia lo que suponían que ocurría, y regresaban a la ciudad el domingo por la noche con anécdota garantizada.

Sal Romano, que seguía en su puesto de vigilancia material de la comunidad, resumió la situación con una frase que se hizo célebre entre los residentes permanentes:

-Antes venían porque no podían ser de otro modo. Ahora vienen porque vieron una foto bonita.

La observación era injusta —había entre los nuevos autenticidad de sobra, apenas disfrazada de moda— pero contenía una verdad que la isla no podía ignorar. Cherry Grove se estaba convirtiendo en destino, y el destino implica selección, publicidad, precio. Las casas que Jules recordaba de madera desvencijada y porches sujetos con cuerda empezaban a ser reemplazadas por estructuras más ambiciosas, con piscinas que antes habrían parecido obscenidad y ventanales que exponían lo que antes se protegía. Neal Mercer diseñó tres de esas casas, y su nombre circulaba en ciertos círculos como garantía de "ambiente".

-¿Ambiente de qué? —preguntó Peter a Jules, una noche de 1967.

-Del que se puede comprar —respondió Jules, y la brevedad de la frase anuló cualquier matización.

Pero no todo era declive. En medio de la fiebre de construcción y celebración, la isla produjo también formas de solidaridad que los años de la caza de brujas habían germinado sin mostrar. Cuando en 1966 un incendio destruyó dos casas en la zona oriental, la respuesta no vino de seguros ni de autoridades —que seguían siendo hostiles o indiferentes— sino de una colecta improvisada, de hombres que ofrecieron mano de obra, de mujeres que organizaron comidas, de familiaridades que no necesitaban parentesco para activarse. Jules pintó una acuarela que vendió en subasta informal; Eleanor contribuyó con una suma que nadie pidió y todos sospecharon; Neal, sorprendentemente, donó los honorarios de un proyecto reciente.

-¿Por qué? —le preguntó Eleanor, que no creía en la generosidad sin interrogatorio.

Neal tardó en responder.

-Porque aquí empecé. Y no quiero que ese comienzo se vuelva irreal.

Eleanor lo miró con la dureza compasiva que le caracterizaba.

-Aún no es demasiado tarde —dijo, y no quedó claro si era consuelo o advertencia.

La noche del 28 de junio de 1969, mientras en Manhattan la policía allanaba el Stonewall Inn y un grupo de travestidos, marimachos y muchachos sin nombre lanzaban ladrillos contra la autoridad que los había perseguido tanto tiempo, Cherry Grove celebraba una de sus fiestas grandes de verano. Neal había organizado una "Noche de los Mil Ojos" en la playa, con espejos, velas flotantes, música que llegaba desde barcos anclados cerca, y una coreografía de cuerpos que pretendía, según el prospecto improvisado, "devolver la mirada al que mira". La ironía no era del todo consciente.

La noticia del motín llegó a la isla al día siguiente, deformada por los rumores habituales: incendio, redada, muertos, victoria, derrota, principio, fin. Peter fue quien trajo la versión más cercana a los hechos, mediante una llamada desde la oficina de telégrafos de Sayville que le costó dos horas de tramitación. Jules escuchó, preguntó poco, y se retiró al porche a fumar con la intensidad de quien está calculando distancias.
-¿Cambiará algo? —preguntó Charlie, que había aparecido sin anunciarse.
-No para nosotros —respondió Jules—. Quizá para los que vienen.
-¿Y nosotros qué somos?
-Los que estuvimos antes de que hubiera nombre.
Esa noche, en la fiesta que Neal insistió en mantener —"¿vamos a dejar que la policía nos cancele otra vez?"—, algo extraño ocurrió. La celebración, que habría debido ser frivolidad pura, adquirió un tono de despedida y de compromiso simultáneos. Hubo discursos improvisados, algunos borrachos, otros no. Una drag queen llamada Marlene —nombre de batalla, no de pila— subió a una mesa y recitó nombres de compañeras detenidas en los últimos años, con una liturgia que hizo callar incluso a los más ebrios. Alguien quemó una cita de servicio en una hoguera improvisada. Neal, observando desde la orquesta de sombras donde había colocado su mesa de luces, sintió algo que no supo nombrar: no era exactamente pertenencia, pero tampoco era ya el cálculo profesional de antes.
Jules no asistió a la fiesta. Permaneció en la cabaña con Peter, escuchando a lo lejos la música, el estallido occasional de risas, el silencio que a veces caía como pausa de sobriedad entre borrachos.
-¿Te arrepientes de no estar allí? —preguntó Peter.

-De no estar allí, no. De haber necesitado tanto tiempo para poder no estar, quizá.
Peter no preguntó a qué se refería. Sabía.
Los años finales de la década trajeron a Cherry Grove una intensidad que solo en retrospectiva se entendería como transición. La isla seguía siendo refugio, pero era ahora también escaparate. Seguía siendo secreto, pero de un tipo distinto: no el secreto de quien se oculta, sino el de quien se vende como misterio. Las fiestas crecieron en producción y en hambre. Llegaron drogas que no eran solo alcohol, que alteraban la percepción con una generosidad que algunos confundieron con libertad y otros con otra forma de jaula. El cuerpo masculino, siempre importante en la economía visual del lugar, se convirtió en moneda más explícita: quién lo tenía, quién lo mostraba, quién lo alquilaba, quién lo consumía.
Peter observó esa transformación con la misma atención que antes dedicaba a los cuadernos de nombres. Notó que los jóvenes que llegaban en 1968 y 1969 no necesitaban la misma clase de protección que Robert Deane en 1955 o Neal Mercer en 1960. Necesitaban, a veces, protección de otro tipo: de la sobreexposición, de la velocidad, de la fiesta que no terminaba nunca porque no sabían dónde else vivir. Archivó algunas de esas historias también, no en cuadernos sino en conversaciones con médicos amigos, en recomendaciones de apartamentos, en presencias que ofrecía sin que se le pidieran.
-Te estás convirtiendo en padre —le dijo Eleanor, no sin crueldad.
-Peor —respondió Peter—: en institución.
En 1969, Harold Beck reapareció una vez más. Nadie lo había visto desde 1961, y su regreso —más gordo, más canoso, con una esposa que ya no vivía y una renta que sí— no provocó la reacción de antes. La isla había

cambiado demasiado para el exilio moral; ya no había centro lo bastante definido desde donde excluir. Beck frecuentó Duffy's, pagó varias rondas, contó historias de negocios marítimos que nadie verificó. Algunos lo escuchaban por cortesía, otros por aburrimiento. A los pocos días se marchó por su cuenta, no expulsado sino simplemente irrelevante.
-¿Lo recuerdas? —le preguntó Neal a Jules, alucinado por alguna sustancia que Jules prefirió no identificar.
-Lo recuerdo —dijo Jules—. Pero la memoria no es venganza. Solo es memoria.
Ese verano, Jules cumplió sesenta años. No hubo celebración. Peter preparó una cena con ingredientes modestos y una precisión casi ceremonial: pan bueno traído de la ciudad, tomates con demasiado orgullo para la estación, una botella que Jules habría juzgado cara en cualquier otro contexto y aceptable en aquel. Comieron en la mesa pequeña, con las ventanas abiertas al rumor del agua y a una música lejana que llegaba de alguna casa nueva donde seguramente bailaban muchachos que no sabían, ni tenían por qué saber, cuántas formas de miedo habían precedido aquella ligereza.
-No has dicho nada por tu cumpleaños —observó Peter, cuando ya habían terminado el pescado.
Jules dejó la copa sobre la mesa con cuidado.
-A mi edad, cumplir años ya no parece conquista. Parece persistencia.
Peter sonrió.
-La persistencia también se brinda.
Brindaron sin solemnidad. Después, como si obedecieran un guion que ninguno había escrito pero ambos conocían, recogieron los platos en silencio y se quedaron en el porche mientras la noche espesaba sobre los tablones húmedos. A lo lejos, Cherry Grove seguía representándose a sí misma: risas, pasos, una

exclamación teatral, el golpe hueco de una puerta ligera. Pero allí, en la cabaña, el tiempo tenía otra densidad. Jules pensó que acaso esa era la verdadera victoria de una vida larga: no haber escapado del ruido, sino haber aprendido a distinguir el que merecía quedarse fuera.

En septiembre, cuando los ferris empezaron a vaciarse y la isla recobró su esqueleto, Eleanor visitó a Jules con una caja de cartón atada con cuerda. La dejó sobre la mesa sin ceremonia.

-Son papeles de Thomas —dijo—. No todos. Los que me corresponde no dárselos al fuego todavía.

Jules no tocó la caja de inmediato.

-¿Y por qué a mí?

-Porque tú no conviertes las reliquias en religión.

Dentro había programas de mano, cartas con esquinas vencidas, una libreta negra donde Thomas había anotado frases ajenas como si pensara corregirlas algún día. Peter, que estaba junto a la ventana, observó el contenido con una delicadeza casi profesional.

-Esto también es un archivo —dijo.

-No —repuso Eleanor—. Un archivo pretende orden. Esto es una segunda vida para el desorden de un muerto.

Sin embargo, durante las semanas siguientes, los tres regresaron varias veces a la caja. No para imponerle sentido definitivo, sino para permitir que las voces que contenía siguieran circulando un poco más. Charlie apareció una tarde, leyó en voz alta un fragmento de una carta donde Thomas despedazaba una producción veraniega de *The Seagull*, y por primera vez en meses rió sin amargura. Neal pasó otra noche, hojeó los programas con una reverencia que habría parecido fingida años antes y confesó, casi en voz baja, que muchas de las fiestas que organizaba eran intentos torpes de fabricar algo que tuviera la misma intensidad

que aquellas veladas antiguas de las que siempre oía hablar y nunca había vivido.
-No se pueden diseñar ciertas cosas —dijo Jules.
-Neal lo aceptó con una tranquilidad extraña.
-Ya lo sé. Ese es justamente el problema.
El otoño de 1969 dejó en Cherry Grove una resaca distinta. Stonewall seguía propagándose menos como noticia cerrada que como permiso. Empezaron a llegar a la isla muchachos con una rabia más articulada que sus predecesores, mujeres con vocabulario político que incomodaba a varios de los hombres acostumbrados a tratar la libertad como decoración de temporada, transformistas menos dispuestas a ser solo espectáculo para la fiesta ajena. La conversación cambió de tono incluso en Duffy's, donde durante años la política había sido algo que se padecía en silencio o se esquivaba con ironía.
Una tarde de octubre, con el viento ya más severo, Marlene volvió a la isla para un fin de semana improvisado y se sentó en el porche de Jules con una manta sobre los hombros y una dignidad cansada.
-Ustedes hicieron refugio —dijo, mirando el agua—. Los que vienen ahora quieren hacer país. No sé si saben la diferencia.
Eleanor, que había aparecido con su puntualidad de fantasma útil, encendió un cigarrillo.
-Saberla no garantiza soportarla.
Marlene soltó una risa breve.
-Nadie ha prometido soporte. Solo ruido.
Aquella frase quedó suspendida en el aire como una de esas verdades que todavía no encuentran su forma final. Jules la retuvo sin comentarla. Peter, en cambio, la escribió esa misma noche en uno de sus cuadernos, ya no como defensa contra el olvido sino como reconocimiento de que el lenguaje de una época estaba cambiando ante sus ojos.

Con el cierre de la temporada, Cherry Grove recuperó su apariencia antigua de enclave expuesto al clima y a sí mismo. Las casas nuevas, sin cuerpos que las justificaran, parecían decorados demasiado caros abandonados tras el final de una obra. Los porches viejos resistían mejor el vacío. Jules caminó varias mañanas por pasarelas casi desiertas, deteniéndose a mirar estructuras recientes que ya empezaban a mostrar los primeros signos de desgaste: una baranda aflojada, una pintura levantada, una ambición mal sellada contra la sal. No sintió exactamente desprecio. Sintió, más bien, la familiar melancolía de ver cómo toda promesa estética acaba negociando con la intemperie.

En una de esas caminatas se encontró con Sal Romano, que cargaba tablones al hombro con la resignación musculosa de quien sabe que las comunidades, para existir, dependen menos de sus símbolos que de sus reparaciones.

-¿Y bien? —preguntó Sal, sin preámbulo—. ¿Se acabó el mundo o solo cambió de música?

Jules tardó un instante en responder.

-Ninguna de las dos cosas. Aprendimos a bailar en otro cuarto.

Sal asintió, como si la frase no le pareciera profunda sino simplemente útil.

-Eso sí suena a ustedes.

Al llegar noviembre, Peter regresó unos días a Brooklyn para resolver asuntos prácticos que llevaba posponiendo: una renta, un médico, el destino de unos libros que ya no cabían en ninguna vida razonable. Cuando volvió a la isla traía menos equipaje del que se había llevado. Jules lo advirtió sin comentarlo al principio, pero aquella noche, mientras cerraban postigos contra el viento, lo dijo de forma casi casual:

-Estás dejando la ciudad.

Peter no negó la evidencia.
-La ciudad me dejó antes. Yo solo estoy poniéndome al día.
No hubo más explicación. No hacía falta. La cabaña, sin declararlo, terminó de convertirse en una vida compartida. No una de esas uniones que reclaman nombre, ceremonia o promesa pública, sino otra cosa más resistente y menos visible: la suma de costumbres, cuidados y silencios que, con el tiempo, produce una intimidad más convincente que cualquier declaración.
Así terminó la década en Cherry Grove: no con un estallido definitivo, aunque los periódicos y la nostalgia posterior prefirieran recordarla así, sino con una serie de desplazamientos de peso casi imperceptibles mientras ocurrían. El miedo no desapareció; cambió de forma y de destinatarios. El deseo no se volvió más simple; se volvió más visible, más comerciable, a ratos más voraz. La comunidad no se purificó ni se perdió del todo. Hizo lo que hacen casi todas las comunidades cuando sobreviven lo suficiente para verse reflejadas: confundió a veces liberación con estilo, protección con exclusión, memoria con prestigio. Y aun así, siguió ofreciendo algo raro y precioso a quienes llegaban heridos o hambrientos o simplemente demasiado cansados para seguir fingiendo en otra parte.
Jules entendió, al entrar en los años setenta, que había vivido varias versiones de la isla y que ninguna anulaba del todo a la anterior. La colonia de los discretos, el refugio de los expulsados, el escenario del exceso, el laboratorio involuntario de una nueva franqueza: todo eso coexistía ahora en los tablones, en los cuerpos, en la sal que corroía por igual la casa humilde y la mansión reciente. Pensó, sin dramatismo, que el verdadero archivo de Cherry Grove no eran los papeles

de Peter, ni las acuarelas guardadas en cajones, ni siquiera las historias repetidas en los porches al final del verano. Era la costumbre de volver. Aun sabiendo que cada regreso encontraba algo perdido, algo vendido, algo irreconocible. Aun sabiendo que precisamente en esa mezcla de permanencia y traición consistía lo vivo.

La última noche antes de marcharse por el invierno, Jules salió solo al porche. El aire cortaba ya con una limpieza casi cruel. Desde alguna parte de la isla llegó, debilitado por la distancia, el eco de una risa tardía. Pensó en Thomas, en Eleanor, en Peter dormido dentro, en Neal levantando luces contra la oscuridad como si la oscuridad fuera una ofensa personal, en Charlie intentando convertir cada pérdida en una frase habitable, en los jóvenes que habían llegado sin pedir permiso porque quizá ya no sabían cómo se pedía. Pensó también en los que no habían llegado, en los que se quedaron fuera, en los nombres que no figuraban en ningún cuaderno.

Luego apagó el cigarrillo en la baranda, miró un instante más hacia la negrura del agua y entró en la casa.

Porque incluso los templos del hedonismo, al final de la noche, dependen de alguien que cierre la puerta.

Capítulo 6 — Disco inferno (1970–1979)

El invierno de 1970 llegó a Cherry Grove con una indiferencia meteorológica que Jules aprendió a leer como promesa. La isla vacía no era la isla muerta: era la isla en reposo, acumulando silencio para el gasto del verano. Él y Peter permanecieron hasta diciembre, algo inédito en ambos, moviéndose entre la cabaña y los

pocos negocios que resistían la estación. El agua del radiador goteaba constantemente. Peter reparaba lo que podía con una paciencia que Jules no compartía pero sí respetaba, como se respeta una lengua extranjera que se habla sin acento.

Una mañana de enero, con la bahía congelada en sus bordes, llegó una carta de Charlie. No traía remitente completo, solo las iniciales y una dirección del East Village que Jules reconoció como provisional. El papel olía a tabaco barato y a algo más dulce, indefinible. Charlie describía una ciudad que se había vuelto teatral en sentido literal: cada salida a la calle era una representación ante un público potencialmente hostil, cada regreso un desenlace que no siempre merecía aplauso. Había encontrado trabajo en una librería de segunda mano donde los clientes pedían cada vez más textos que Charlie no tenía y menos los que sobraban en los estantes. *El deseo se ha vuelto curricular*, escribió, sin explicar si esto era queja o constatación. Al final, una frase casi borrada por la precipitación: *Vengo en marzo. No pregunten por qué.*

Peter leyó la carta en voz alta, aunque Jules ya la conocía de memoria. La costumbre de compartir lo ya sabido era una de sus formas de conversación, un eco deliberado que confirmaba que ambos habitaban el mismo espacio sonoro.

—Charlie nunca ha sabido pedir ayuda —dijo Peter, doblando el papel con una precisión que parecía ritual.

—Nadie de nosotros lo sabe —respondió Jules—. Solo algunos hemos aprendido a aceptarla cuando viene disfrazada de visita.

Charlie llegó en efecto a principios de marzo, pero no solo. Traía consigo a un muchacho que presentó como *mi última mala decisión*, aunque la presentación sonó más orgullosa que arrepentida. Se llamaba Danny, tenía veintitrés años, una melena que no había cortado

desde la liberación de algún presidio personal, y una forma de mirar los objetos como si cada uno contuviera una amenaza o una promesa, nunca algo neutral. Vestía una chaqueta militar que olía a incienso barato y a sudor acumulado. No hablaba a menos que se le dirigiera la palabra, y cuando hablaba, lo hacía con una lentitud que parecía calcular el costo de cada sílaba.

La cabaña, pensó Jules, se había vuelto demasiado pequeña para tanta biografía concentrada. Pero no dijo nada. La hospitalidad, en su código particular, no admitía arrepentimiento una vez concedida.

Las primeras noches fueron de una tensión que ninguno nombraba. Charlie recuperaba su vieja costumbre de monologar ante el fuego, aunque ahora los monólogos incluían referencias que Jules no comprendía del todo: fiestas en lofts industriales, policías sobornados con sexo o con dinero según la ocasión, una epidemia de hepatitis que circulaba por los baños de ciertos bares como rumor confirmado. Danny escuchaba estos relatos con una atención que no lograba disimular su juicio. No era desaprobación, exactamente. Era algo más complejo: la vigilancia de quien ha decidido amar a alguien cuya versión anterior no coincide del todo con la que él está conociendo.

—¿Y tú qué haces? —le preguntó Peter a Danny una noche, con la directitud que solo adquiría después del tercer vaso.

Danny tardó en responder. El fuego crepitaba con una insistencia que parecía exigir prisa.

—Estudio. O estudiaba. Fotografía.

—¿Y ahora?

—Ahora documento lo que no debería estar pasando.

Peter no pidió aclaración. Jules, en cambio, sintió algo que no supo identificar: no era inquietud, ni tampoco la familiaridad que produce el reconocimiento. Era algo

más cercano a la expectativa, la de quien siente que una pieza va a encajar en un rompecabezas que no sabía que estaba armando.

La primavera de 1970 trajo consigo una clase de visitante nueva en Cherry Grove. No eran ya los discretos profesionales de las décadas anteriores, ni tampoco los jóvenes ricos que habían descubierto la isla como destino de moda. Eran sobrevivientes de algo que no tenían nombre propio, o que tenía demasiados nombres contradictorios. Llegaban en grupos pequeños, con equipaje ligero y conversaciones que interrumpían en medio de una frase, como si el interlocutor pudiera desaparecer antes de que terminara el punto. Algunos habían estado en Stonewall, o decían haber estado, o habían estado cerca, o habían estado en algún otro lugar que les permitía reclamar parentesco. La distinción entre testigo y protagonista se había vuelto líquida, y nadie parecía interesado en solidificarla.

Neal organizó la primera fiesta de la temporada con una ambición que Jules reconoció como miedo disfrazado. Las luces eran más numerosas que nunca, la música más alta, el alcohol más abundante y menos selecto. La casa nueva —ya no tan nueva, ya con signos de uso que la hacían habitable— recibió cuerpos que se movían con una urgencia que no parecía enteramente erótica. Era algo más cercano a la necesidad de confirmar, una y otra vez, que el cuerpo propio seguía siendo territorio conquistable, que el espacio público seguía siendo —al menos temporalmente— espacio de uso propio.

Jules observaba desde una esquina, con una copa que no bebía. Peter había desaparecido hacia algún cuarto interior donde probablemente conversaba con alguien sobre algo que Jules no necesitaba conocer. La música —algo con sintetizadores que él no lograba asociar con

ninguna melodía reconocible— pulsaba con una regularidad que parecía médica, casi terapéutica.
—No baila —dijo una voz a su lado.
Era Danny, que aparecía y desaparecía en la periferia de las reuniones con una habilidad que Jules empezaba a asociar con su oficio de fotógrafo: la de estar presente sin estar incluido.
—Nunca aprendí a considerarlo necesario —respondió Jules.
—Charlie dice que usted fue el mejor.
—Charlie dice muchas cosas. Algunas son verdaderas, otras son verdaderas de otra manera.
Danny sonrió por primera vez. La sonrisa no transformó su rostro tanto como lo iluminó brevemente, como un flash de cámara en una habitación oscura.
—Eso es exactamente lo que él dice de usted.
La relación entre Charlie y Danny no sobrevivió al verano. La ruptura ocurrió sin escándalo, con la eficiencia de quienes han aprendido que las despedidas prolongadas son una forma de crueldad adicional. Danny se quedó en la isla; Charlie regresó a la ciudad en junio, con una premura que no explicó. Jules no preguntó. Peter preparó una cena de despedida que Charlie apenas tocó, y al final simplemente se abrazaron en el porche con una intensidad que no correspondía exactamente al tiempo transcurrido ni a la intimidad real compartida. Era el abrazo de quienes se reconocen como sobrevivientes de una misma batalla cuyo nombre nunca acordaron.
Danny, instalado en una habitación alquilada cerca del muelle, empezó a frecuentar la cabaña con una regularidad que tampoco nadie discutió. Traía fotografías que no mostraba a menos que se le pidiera, y cuando las mostraba, lo hacía con una reticencia que Jules interpretó como vulnerabilidad profesional. Eran imágenes de cuerpos en movimiento, de rostros en

transición entre la euforia y el agotamiento, de espacios que parecían vacíos hasta que uno descubría, en algún rincón, la huella de una presencia reciente.

—No fotografío lo que veo —explicó una tarde, mientras secaba unas copas con un paño que Peter le había proporcionado—. Fotografío lo que sé que estaba ahí cuando yo no miraba.

—¿Y cómo sabe lo que estaba ahí?

Danny dejó de secar. Miró la copa como si contuviera la respuesta.

—Porque sigue ahí. En la foto, quiero decir. Lo que no vi pero estaba presente. Eso es lo que sale.

Jules pensó en Thomas, en sus programas de mano, en sus frases ajenas copiadas para corrección futura. Pensó en Eleanor, que guardaba lo que no podía quemar. Pensó en Peter, que organizaba papeles con una devoción que no era archivística sino algo más parecido al duelo continuo.

—Eso —dijo finalmente— es también una forma de archivo.

Danny lo miró con algo que pudo ser reconocimiento.

—Sí. Pero sin orden. Sin la pretensión del orden.

1971 trajo consigo la primera mención pública de algo que circulaba en conversaciones privadas desde hacía meses. Neal la mencionó una noche en Duffy's, con la voz que adoptaba para los chismes que no sabía si eran amenaza o oportunidad: un bar en la ciudad, no muy lejos de donde Charlie vivía ahora, donde la policía había entrado y no había salido con arrestos sino con algo más difuso, una especie de acuerdo tácito que nadie comprendía del todo. Los dueños habían reabierto al día siguiente. Los clientes habían vuelto. Pero algo había cambiado, una inflexión casi imperceptible en la relación entre lo permitido y lo tolerado.

—Es como si de repente nos dijeran que podemos existir —dijo Neal—, pero solo en ciertos horarios, en ciertos lugares, con cierta decoración.
—Eso no es existencia —respondió Eleanor, que había aparecido sin que nadie la viera llegar, como era su costumbre—. Eso es horario de visitas en una prisión que todavía no reconocemos como tal.
La conversación se dispersó, como solían hacer las conversaciones en Duffy's cuando tocaban fondo sin haberlo previsto. Pero Jules retuvo la metáfora. La isla, pensó, había sido durante años una forma de prisión voluntaria, un espacio de confinamiento elegido que permitía ciertas libertades a cambio de ciertas renuncias. La ciudad, en cambio, ofrecía una libertad más amplia y más peligrosa, una libertad de movimiento que incluía el movimiento hacia el peligro sin que nadie avisara de los bordes.
Peter, cuando se lo comentó esa noche en la cabaña, no estuvo de acuerdo. O estuvo de acuerdo de una manera que no era exactamente acuerdo.
—No es prisión si puedes salir —dijo, revisando un cuaderno donde anotaba gastos con una letra que se había vuelto más pequeña con los años.
—¿Y si no quieres salir?
—Entonces es algo más complicado. Algo para lo que no tenemos nombre.
Jules dejó pasar el momento. Pero más tarde, cuando Peter dormía ya, escribió en un papel que luego perdió o quizá dejó a propósito en algún cajón: *La diferencia entre refugio y prisión está en quién controla la llave. Cuando no sabes quién la controla, es probable que no la tengas tú.*
La transformación de Cherry Grove durante los primeros años de la década no fue abrupta, aunque la memoria posterior la registraría como tal. Fue, más bien, una serie de ajustes que se acumularon hasta

producir una imagen nueva, la misma que la anterior pero vista desde otro ángulo. Las fiestas de Neal se hicieron más grandes, más frecuentes, más explícitas en su propósito de producir el éxtasis como objetivo legítimo. No era ya la celebración de algo alcanzado; era la búsqueda de algo que se presumía alcanzable pero que de alguna manera nunca se alcanzaba del todo. Cada fiesta prometía lo que la anterior no había entregado, y cada fiesta siguiente heredaba la deuda.
Danny fotografió estas noches con una cámara que parecía extensión de su cuerpo, un apéndice que manipulaba sin mirar, por tacto, por memoria muscular. Sus fotografías de esta época —Jules las vería años después, en otra circunstancia que no anticipaba— mostraban espacios donde la luz parecía más densa que el aire, donde los cuerpos se fundían en configuraciones que no eran exactamente orgías ni tampoco danzas, sino algo que no tenía nombre en los géneros conocidos de representación. Eran imágenes de búsqueda, no de encuentro. De deseo en movimiento, no de satisfacción alcanzada.
—¿No te cansa? —le preguntó Jules una madrugada, cuando ambos esperaban a Peter en algún rincón de la casa de Neal, entre restos de una fiesta que seguía produciendo ecos en otras habitaciones.
—¿El qué?
—Eso. Esperar lo que no llega.
Danny revisó la cámara, aunque no había nada que revisar. El gesto era profesional, automático.
—No espero que llegue —dijo—. Documento que sigue no llegando. Es diferente.
—¿Y eso basta?
Danny lo miró con la expresión que asumía cuando alguien tocaba algo que él no había decidido exponer.
—Nada basta. Pero algunas cosas son más soportables que otras.

1972 fue el año en que Eleanor dejó de venir.
No hubo anuncio, ni despedida, ni siquiera una disminución gradual de su presencia. Simplemente, en algún momento entre una visita y la siguiente, dejó de haber siguiente. Jules se dio cuenta en octubre, cuando el otoño avanzado le recordó que normalmente ya habrían compartido al menos una cena en la cabaña, y que no la habían compartido. Peter, cuando se lo mencionó, asintió con la economía de gesto que reservaba para las pérdidas que no admitían consuelo inmediato.
—Escribió —dijo—. Una postal, hace meses. Decía que se iba a California, que había encontrado algo que no sabía que buscaba.
—¿Y eso qué significa?
—Significa que no sabía qué buscaba. O que no quería decirlo. Con Eleanor, es lo mismo.
La postal, si existía —Jules nunca la vio—, no fue seguida de otra. El nombre de Eleanor empezó a circular en las conversaciones de Cherry Grove con la frecuencia de quienes se convierten en referencia antes de convertirse en recuerdo. Alguien decía haberla visto en San Francisco, en un contexto que no especificaba. Alguien más mencionaba una carta, un teléfono, una dirección que no funcionaba. La información se degradaba con cada transmisión, como sucede con las noticias de quienes eligen desaparecer sin morir.
Jules pensó en ella con una regularidad que no se atrevía a nombrar como extrañamiento. Era algo más complejo: la conciencia de que una voz particular había dejado de formar parte del coro, y que el coro continuaba sin notar del todo la ausencia. La isla, pensó, era experta en producir este tipo de olvidos parciales, en convertir las desapariciones en transiciones tan suaves que nadie podía señalar el momento exacto del cambio.

La noche en que Peter enfermó, en el invierno de 1973, Jules comprendió que había estado preparándose para algo sin saberlo. La tos no fue inicialmente diferente de otras toses, las de la humedad, las de la temporada, las de la edad que empezaba a reclamar tributo. Pero persistió, y se acompañó de algo más difícil de nombrar: una disminución de intensidad, como si Peter hubiera decidido, sin consultar, ocupar menos espacio en el mundo.

El médico de Sayville, un hombre que los atendió con la cautela de quien sospecha sin querer confirmar, habló de neumonía, de reposo, de evitar la humedad. No habló de otra cosa que Jules vio en su expresión, en la forma en que sus ojos evitaron encontrarse con los de Peter cuando este preguntó, con la cortesía que nunca abandonaba, si había algo más que debería saber.

En la cabaña, durante las semanas siguientes, establecieron una rutina que no discutieron. Jules preparaba infusiones que Peter aceptaba sin entusiasmo. Peter leía en voz alta, a veces, cuando la tos se lo permitía: poesía que Jules no siempre comprendía, fragmentos de periódicos acumulados, cartas que llegaban con menor frecuencia que en años anteriores. La lectura en voz alta era una de sus formas de intimidad, un espacio compartido que no exigía respuesta, solo presencia.

—Deberías ir a la ciudad —dijo Peter una noche, entre dos accesos de tos que sonaban a algo rompiéndose en su interior.

—¿Para qué?

—Para no estar aquí. Viendo esto.

Jules dejó la taza que estaba secando. El gesto fue más lento de lo necesario, una demora que buscaba tiempo para pensar.

—Estoy aquí —dijo finalmente— porque prefiero estar viendo esto a no estar viéndote.
Peter no respondió. Pero esa noche, cuando Jules creyó que dormía, lo escuchó escribir algo en la oscuridad, el rasguño del lápiz sobre papel con una urgencia que parecía despedida.
La recuperación de Peter, cuando llegó, fue tan gradual como su declive. En abril ya caminaba hasta el muelle, con una lentitud que no era ya la de la precaución sino la de una nueva relación con el cuerpo, una negociación continua con límites que antes no existían. Jules observaba estos progresos con una gratitud que no expresaba, que no sabía cómo expresar sin que sonara a miedo disfrazado de alivio.
Fue durante esta convalecencia cuando Danny les mostró las fotografías que había estado acumulando, no las de las fiestas sino otras, tomadas en momentos que Jules no recordaba haber vivido de esa manera. Peter durmiendo en el porche, con un libro abierto sobre el pecho. Jules mirando hacia el agua, con una expresión que no reconoció como propia: no era tristeza, exactamente, ni tampoco la serenidad que pretendía. Era algo más cercano a la expectativa, a la espera de algo que no llegaba pero cuya llegada seguía siendo imaginable.
—¿Por qué nos fotografías a nosotros? —preguntó Peter, con una curiosidad que no parecía exigir respuesta.
—Porque ustedes no se preparan —dijo Danny—. Porque están ahí de una manera que no he visto en otros lugares. No sé si es mejor o peor. Solo sé que es diferente.
Jules pensó en la frase durante días. *Están ahí.* La simplicidad de la observación contenía algo que no lograba desentrañar. ¿Qué otra cosa podían estar, sino ahí? Pero comprendió, o creyó comprender, que Danny

se refería a una forma de presencia que no era habitual, una disponibilidad al momento presente que la cultura que los rodeaba —la cultura que Danny documentaba — parecía diseñada para evitar. La fiesta, la droga, el baile continuo: todo era, en cierto sentido, estrategia para no estar donde se estaba, para proyectarse hacia un mañana que prometía lo que el hoy no entregaba. La cabaña, en cambio, ofrecía algo que Jules no habría sabido nombrar pero que Danny había reconocido: el espacio de un presente que no necesitaba justificación, que no exigía ser superado.

1974 fue el año del primer juicio que Jules siguió con atención consciente, no con el interés distraído con que había registrado noticias anteriores. Un bar en Nueva Jersey, no muy diferente de Duffy's en su función social, había sido objeto de una redada que terminó de manera inesperada: los clientes, en lugar de dispersarse o aceptar arresto, habían resistido. No con la violencia de Stonewall, sino con algo más deliberado, más legal, más extrañamente burgués. Habían demandado. Y habían ganado, o algo que se parecía a ganar: una sentencia que no declaraba ilegal la redada pero sí cuestionaba su motivación, que no legitimaba la existencia del bar pero sí reconocía que su existencia no constituía delito per se.

Neal organizó una fiesta para celebrarlo que Jules no attendió. Peter tampoco. Se quedaron en la cabaña, con las ventanas abiertas al rumor de la celebración distante, y conversaron de cosas que no tenían relación aparente con la noticia: una reparación pendiente en el techo, el destino de unos libros que ya no cabían, la posibilidad de que el invierno siguiente fuera más suave que el anterior.

—¿No crees que cambia algo? —preguntó Jules, cuando el silencio se extendió demasiado.

Peter tardó en responder. La tos había disminuido pero no desaparecido; la respiración era ahora algo que se escuchaba, que formaba parte del paisaje sonoro de la cabaña.
—Cambia la posibilidad de cambiar —dijo finalmente —. No cambia el cambio mismo. Eso todavía depende de nosotros.
—¿De nosotros? ¿De quiénes?
—De quienes estamos aquí. De quienes seguimos estando aquí cuando la fiesta termina.
Jules no supo si esto era optimismo o su forma invertida, una resignación que se disfrazaba de esperanza. Pero aceptó la distinción, la guardó como se guardan las frases que no se comprenden del todo pero que se intuyen importantes.
La llegada de Marlene en 1975 fue, para Jules, una forma de tiempo que se dobla sobre sí mismo. La vio bajar del ferry con una precaución en los pasos que no recordaba de ella, una consideración del cuerpo que antes no había necesitado. Pero la dignidad seguía intacta, o quizás intensificada por la fragilidad que la rodeaba como halo. Llevaba un abrigo que Jules reconoció como antiguo, de una época en que los abrigos eran inversiones, declaraciones de intención.
—Me dijeron que Peter estaba enfermo —dijo, sin saludos preliminares.
—Estuvo. Ya no tanto.
—Eso no es respuesta.
—Es la única que tengo.
Marlene sonrió, por primera vez, con algo que reconoció como ternura contenida.
—Siempre has sido malo para las mentiras de consuelo. Es una de las razones por las que te soporto.
Se quedó una semana, en una habitación que Jules preparó con una atención que no se atrevía a nombrar como preparación para algo. Las conversaciones

fueron de una intensidad que no habían tenido antes, como si la proximidad de algo —no la muerte, exactamente, sino la conciencia de la muerte como horizonte posible— hubiera eliminado la necesidad de circunloquios. Hablaron de Thomas, de Eleanor, de los que habían partido y los que habían desaparecido de formas diferentes. Hablaron de Cherry Grove como quienes hablan de un personaje común, un tercero cuya evolución han observado sin poder influir.

—La isla se está volviendo espectáculo —dijo Marlene una noche, en el porche donde Jules había pasado tantas horas—. No refugio. Espectáculo para quienes pueden pagarlo.

—Siempre lo fue, en parte.

—Sí. Pero antes el espectáculo era secundario, una consecuencia no buscada. Ahora es el objetivo. La gente viene a *ver*, no a *estar*.

Jules pensó en Danny, en sus fotografías, en su distinción entre estar y parecer.

—¿Y eso es peor?

—No es peor ni mejor. Es diferente. Y la diferencia me duele, porque yo pertenezco a lo anterior.

Marlene se marchó sin despedida formal, con la misma brusquedad con que había llegado. Pero dejó algo que Jules encontró después, en la almohada de la habitación que había ocupado: una carta sin sobre, dirigida a nadie en particular, que describía una noche de 1962 en la que ella, Thomas, Eleanor y alguien más que no nombraba habían bailado hasta el amanecer en una casa que ya no existía. La carta no explicaba por qué la escribía, ni por qué la dejaba. Pero Jules la leyó como lo que era: un archivo del desorden, una segunda vida para algo que no merecía, todavía, ser olvidado.

1976 fue el año en que el término *disco* dejó de ser adjetivo para convertirse en sustantivo propio. Neal lo usó primero, con la excitación de quien descubre una

lengua que parece hablar directamente de su experiencia. El disco, explicó, no era solo música ni solo espacio ni solo práctica social. Era una síntesis, una forma de ser en el mundo que incluía la iluminación, el ritmo, la química y la promesa de que la noche podía organizarse en torno a una intensidad continua, sin los accidentes sentimentales del pasado. Ya no se trataba de seducir a alguien ni siquiera de encontrarlo. Se trataba de entrar en una corriente y sostenerse en ella el mayor tiempo posible.

Jules lo escuchó con una mezcla de escepticismo y curiosidad. Le interesaban menos las definiciones de Neal que las transformaciones que estas anunciaban. La isla empezó a llenarse de jóvenes que hablaban de DJs con una reverencia antes reservada a ciertos actores o a ciertos sacerdotes. Los altavoces crecieron en tamaño y en autoridad. La música dejó de acompañar la escena para convertirse en la escena misma. Las conversaciones se acortaban, o se desplazaban hacia los bordes, como si el lenguaje verbal hubiera cedido soberanía a otra forma de entendimiento más inmediata y menos durable.

Danny se adaptó a ese cambio con la naturalidad de quien reconoce un nuevo tipo de superficie para trabajar. Sus fotografías de 1976 empezaron a registrar no solo cuerpos sino atmósferas: el grano de la luz sobre el sudor, la forma en que el humo convertía el aire en una materia visible, los reflejos fragmentados en espejos que deformaban sin mentir. Cuando se las mostró a Jules una tarde de septiembre, este comprendió que algo se había refinado en su mirada. Ya no buscaba solo la huella de lo ausente. Había aprendido a capturar la fabricación misma de una presencia.

—Antes fotografiabas lo que quedaba —dijo Jules, pasando una copia entre los dedos con el cuidado que

reservaba a los objetos cuya fragilidad reconocía—. Ahora fotografías lo que se produce.
Danny consideró la observación en silencio.
—Quizá es lo mismo —dijo al fin—. Solo que ahora ocurre más rápido.
Peter, que escuchaba desde la mesa donde ordenaba cuentas atrasadas, levantó la vista.
—O quizá ocurre más fuerte y por eso parece más nuevo.
La frase quedó suspendida entre los tres con esa cualidad de las observaciones de Peter: no imponían interpretación, pero la hacían inevitable.
En el verano del 77 la isla conoció una saturación que Jules no recordaba haber visto antes. No era solo una cuestión de cantidad, aunque la cantidad bastaba para alterar cualquier memoria. Era también la textura de la multitud. Llegaban hombres que parecían esculpidos para ser vistos bajo ciertas luces, con músculos trabajados no para una tarea sino para una imagen. Llegaban mujeres que conocían el arte de ocupar espacio sin pedir permiso y que a veces parecían entender la escena mejor que la mayoría de los hombres que la reclamaban como propia. Llegaban parejas, tríos, séquitos enteros de amistades recién inventadas. La libertad circulaba con una ostentación nueva, casi competitiva, y Jules empezó a sospechar que una parte de aquella exuberancia no nacía de la abundancia sino del miedo a su contrario.
Neal, por supuesto, prosperó en ese clima. Sus fiestas alcanzaron una escala que ya no podía disimularse como hospitalidad. Eran producciones. Había listas, había exclusiones, había rumores previos y crónicas posteriores. La gente hablaba de una noche de Neal como antes se hablaba de una obra de teatro o de una inauguración. Lo vivido empezaba a medirse por su capacidad de ser relatado. Jules asistía cada vez

menos, no por rechazo moral sino por fatiga estética. Le cansaba la obligación implícita de experimentar algo extraordinario.

—Te estás volviendo conservador —le dijo Charlie en una de sus reapariciones, breve y brillante, como si solo pudiera permanecer en un lugar el tiempo exacto para dejar una impresión.

Había llegado solo, más delgado, con la elegancia improvisada de siempre y un temblor apenas perceptible en la mano izquierda cuando encendía un cigarrillo. Ya no vivía en la dirección del East Village de años atrás. Ahora hablaba de Tribeca, de un amigo en Chelsea, de una editorial pequeña, de una habitación prestada en Fire Island Pines. Su biografía seguía resistiéndose a la fijación.

—No —respondió Jules—. Me estoy volviendo específico.

Charlie soltó una risa breve.

—Eso es exactamente lo que diría un conservador inteligente.

Pero no insistió. A lo largo de la noche, Jules lo observó desplazarse por la fiesta como quien revisita una ciudad que ayudó a construir y que ya no le pertenece del todo. Saludaba a muchos, se detenía con pocos. Su encanto seguía intacto, pero ahora parecía administrarlo con cálculo, como si supiera que se trataba de un recurso finito.

Más tarde, ya en la cabaña, Peter dijo lo que Jules no había querido formular.

—Está cansado.

—Todos estamos cansados.

—No de la misma cosa.

Charlie volvió a marcharse antes del amanecer del día siguiente, dejando tras de sí un vaso sin lavar, dos colillas en un platillo de cerámica y una sensación de inminencia que no se disipó en semanas.

El apagón de la ciudad en julio de 1977 llegó a Cherry Grove como llegan ciertas noticias decisivas: fragmentado, exagerado, lleno de lagunas donde la imaginación se instala de inmediato. Al principio fueron llamadas confusas, luego relatos contradictorios de incendios, saqueos, ascensores detenidos, barrios enteros a oscuras y pistas de baile improvisadas en medio del colapso. Neal relató la escena con entusiasmo casi obsceno, fascinado por la idea de una metrópolis reducida de pronto a cuerpo, calor y supervivencia. Eleanor habría tenido una frase cruel para ello, pensó Jules: el desastre como oportunidad coreográfica.

Danny, en cambio, escuchó las historias con una concentración inusual.

—Es el mismo impulso —dijo esa noche, mientras limpiaba su cámara con un paño que ya no lograba dejar de mancharse de químicos—. Cuando se cae la estructura, la gente hace dos cosas: tomar o bailar. A veces las dos.

—Y fotografiar —añadió Jules.

Danny alzó una ceja.

—Eso solo lo hacemos algunos. Los demás prefieren no tener prueba.

Durante esos años, la presencia de Danny en la cabaña se volvió tan constante que dejó de parecer visita. No se instaló del todo, pero había objetos suyos que nadie movía: carretes en una caja de galletas, una chaqueta sobre el respaldo de una silla, hojas de contacto secándose en el baño, un libro de Diane Arbus con el lomo roto. Peter aceptó esta incorporación parcial con una naturalidad que a Jules le pareció al principio generosidad y después, más precisamente, reconocimiento. Danny no ocupaba lugar; revelaba el que ya existía.

Fue también en 1977 cuando Peter comenzó a olvidar pequeñas cosas. No nombres importantes ni fechas decisivas, sino detalles domésticos: dónde había guardado las llaves del cobertizo, si ya había añadido sal al agua, en qué cajón estaban las velas largas. Eran lapsos menores, aislados, el tipo de fallas que cualquier otra persona habría atribuido al cansancio o a la edad. Pero Jules, que había aprendido a leer los cambios en Peter como quien descifra variaciones en el clima, los registró con una precisión casi supersticiosa.

No dijo nada al principio. Tampoco Peter. La dignidad entre ellos consistía a menudo en postergar el nombre de las cosas hasta que el nombre se volvía inevitable.

El invierno del 78 fue especialmente duro. Hubo semanas de viento áspero y humedad penetrante, y la cabaña pareció encogerse alrededor de sus ocupantes como si quisiera conservar calor a costa de espacio. Peter volvió a toser, aunque sin la violencia del 73, y caminaba menos. Jules empezó a encargarse de tareas que antes compartían sin discutir: cargar leña, ir por provisiones, revisar las filtraciones del techo, escribir respuestas breves a cartas que Peter ya no tenía paciencia para contestar.

Una tarde de febrero, mientras ordenaban papeles viejos para alimentar la estufa con los que no merecían salvarse, encontraron un sobre sin fecha que contenía la nota que Jules había escrito años atrás: *La diferencia entre refugio y prisión está en quién controla la llave*. Peter la leyó sin comentar de inmediato. Luego dejó el papel sobre sus rodillas y sonrió con una tristeza sin amargura.

—Siempre escribías como si esperases un juicio posterior.

—Tal vez lo esperaba.

—¿Y llegó?

Jules miró el fuego antes de responder.
—No. O llegó y nadie me informó del veredicto.
Peter dobló la nota y se la devolvió.
—Entonces seguimos apelando.
Se rieron, y la risa tuvo algo de celebración precisamente porque no negaba nada.
La primavera siguiente trajo una breve mejoría. Peter recuperó cierta energía, la suficiente para volver a sentarse en el porche durante horas y corregir con lápiz rojo periódicos atrasados, como si todavía existiera un editor invisible esperando su dictamen. Danny los fotografió una tarde así: Peter con una manta sobre las piernas, Jules de pie junto a la baranda, ambos mirando hacia un punto fuera de campo que la imagen no revelaba. Años después, Jules pensaría que aquella fotografía contenía una verdad que ninguno de los dos había sabido pronunciar entonces: no estaban mirando el agua. Estaban mirando el tiempo.
En el verano del 78, el disco alcanzó una especie de perfección agotada. Todo parecía más pulido, más eficiente, más instantáneamente reconocible. Las mezclas eran mejores. La ropa era más deliberada. Los cuerpos parecían entrenados para responder al beat con una obediencia feliz. Pero justamente por eso, porque la maquinaria funcionaba demasiado bien, Jules empezó a percibir una fatiga distinta en quienes lo rodeaban. No la fatiga de quien ha vivido demasiado, sino la de quien debe seguir produciendo intensidad para no notar el vacío que la intensidad apenas cubre. Neal, a quien esa clase de reflexión habría parecido una traición al momento, empezó a consumir con menos discreción de la que antes mantenía por pura estrategia social. Tenía los ojos más brillantes y la risa más rápida, pero también una susceptibilidad nueva, casi infantil. Si una fiesta no alcanzaba cierta temperatura en la primera hora, lo tomaba como

afrenta personal. Si alguien se marchaba temprano, preguntaba por qué con una insistencia que no admitía respuesta honesta.
—Está sosteniendo algo que ya no se sostiene solo —dijo Peter una noche, después de que Neal irrumpiera en la cabaña para anunciar una fiesta temática que ninguno de los dos pensaba atender.
—¿La isla? —preguntó Jules.
—No. Su versión de la isla.
La distinción era exacta. Jules comprendió entonces que lo que se agotaba no era solo una moda ni una estética, sino una fe. Durante años, muchos habían creído que suficiente música, suficiente sexo, suficiente belleza compartida podrían producir algo parecido a una patria temporal. Ahora esa promesa seguía en pie, pero empezaba a requerir más esfuerzo para parecer convincente.
Charlie regresó en septiembre del 78 con el rostro afilado y una energía que oscilaba entre la euforia y el derrumbe. Hablaba demasiado rápido. Saltaba de un tema a otro con la agilidad de quien teme que el silencio lo alcance. Traía noticias de clubes nuevos, de artistas nuevos, de drogas con nombres que Jules ya había decidido no memorizar. Pero también traía algo más difícil de situar: una alarma íntima, una vibración de fondo que se filtraba incluso en sus bromas.
Fue Danny quien la nombró primero, no delante de él sino después, cuando Charlie ya se había marchado otra vez hacia la casa donde paraba aquella semana.
—Está asustado.
Jules sintió un reflejo defensivo, casi supersticioso.
—Charlie siempre ha vivido como si el miedo fuera una forma de combustible.
—No hablo de ese miedo.

No añadió nada más. Tampoco hizo falta. Todos conocían la diferencia entre el miedo que acelera y el miedo que desgasta.

A finales de ese otoño, llegó una carta de Marlene desde un hotel en Los Angeles. La letra se había vuelto menos firme, pero no menos precisa. Decía haber visto a Eleanor meses atrás, o creer haberla visto, en una inauguración donde nadie parecía presentarse con su nombre verdadero. No se acercó, escribía, porque hay encuentros que solo funcionan como posibilidad. Convertirlos en hecho los destruye. Después cambiaba abruptamente de asunto y preguntaba por Peter con una delicadeza tan escueta que Jules sintió el viejo afecto de Marlene como una mano en el hombro.

Peter leyó la carta dos veces. Luego la dejó sobre la mesa junto a sus gafas.

—Eso también es una forma de despedida —dijo.

—¿La carta?

—No. Reconocer a alguien y no interrumpir su desaparición.

Jules quiso discutirlo, pero comprendió que no tenía con qué. Hay intuiciones que se invalidan al someterlas a lógica.

1979 comenzó con una claridad helada, un frío nítido que hacía que cada objeto pareciera más definido y más distante. Peter cumplió años en enero sin ceremonia. Jules le cocinó algo sencillo que él apenas probó. No había dramatismo en su falta de apetito, solo una economía nueva, como si el cuerpo estuviera retirando inversión de ciertas funciones accesorias.

Danny pasó esa tarde con ellos y, sin anunciarlo, tomó una única fotografía: Peter de perfil junto a la ventana, la luz de invierno dibujándole los pómulos con una severidad casi clásica. Cuando reveló la imagen días después, no quiso mostrarla enseguida.

—Todavía no —dijo, guardándola de nuevo en el sobre.

Jules no insistió. Supo que no se trataba de secreto sino de respeto.

La década, entretanto, seguía acelerando alrededor de ellos. La ciudad exportaba estilos a la isla con una velocidad que hacía absurdas las categorías de novedad y retraso. Lo que en mayo parecía definitivo, en agosto ya era decoración. Neal intentaba mantenerse en el centro de ese remolino con el heroísmo y la ridiculez de quien confunde protagonismo con supervivencia. Algunos lo seguían por admiración; otros por costumbre; otros porque nadie había inventado aún un sustituto mejor para cierta forma de esperanza colectiva.

La última gran fiesta de ese verano ocurrió en agosto y fue tan excesiva que pareció desde el comienzo una despedida, aunque nadie la llamara así. Había espejos colgando entre ramas, telas metálicas que devolvían la luz como agua rota, bandejas de fruta intacta que nadie comía, una cabina improvisada para el DJ y cuerpos suficientes para hacer creer, durante algunas horas, que la noche podía expandirse indefinidamente. Jules asistió contra su inclinación, quizá porque Peter se lo pidió con una suavidad infrecuente.

—Ve —dijo—. Alguien tiene que recordar cómo terminan estas cosas.

Jules estuvo allí sin estar del todo. Saludó a conocidos cuyos nombres tardaba en recuperar. Vio a Charlie bailar solo con una concentración casi religiosa, como si por fin hubiera encontrado una forma de oración compatible con su incredulidad. Vio a Neal sonreír con una intensidad demasiado fija. Vio a Danny moverse entre la multitud con la cámara pegada al rostro, desapareciendo cada vez que el flash convertía a la gente en su propia evidencia.

Hacia el amanecer, cuando el calor humano empezaba a adquirir ese olor agrio que ni el mar consigue vencer,

Jules salió al exterior. El aire fresco le produjo una clase de alivio que sintió casi culpable. Danny lo siguió unos minutos después, sin cámara.

Se quedaron en silencio mirando cómo el cielo empezaba a desteñirse sobre los árboles. Desde dentro seguía llegando el pulso de la música, más tenue ahora, como un corazón escuchado desde otra habitación.

—No va a durar —dijo Danny.

Jules no preguntó a qué se refería.

—Nada dura —respondió.

Danny negó con la cabeza.

—No hablo de eso. Hablo de esto exactamente así. Esta confianza. Esta forma de creer que siempre habrá otra noche.

Jules pensó en responder con alguna variación de su escepticismo habitual, pero algo en el tono de Danny lo detuvo. No era profecía teatral. Era observación. La misma clase de observación con la que hablaba de una imagen antes de revelarla.

—¿Qué ves? —preguntó al fin.

Danny tardó en responder.

—Gente actuando como si el cuerpo no tuviera factura.

La frase cayó entre ambos con una contundencia que el amanecer no suavizó. Jules pensó en Peter durmiendo solo en la cabaña, en Charlie danzando hasta borrar el temblor, en Neal empeñado en iluminar la noche hasta volverla irreal. Pensó en todos ellos como una comunidad no de triunfo sino de aplazamiento, una congregación dedicada a posponer el momento en que la cuenta llegara a la mesa.

Regresó a la cabaña antes de que terminara la música. Peter estaba despierto, sentado en la cama con una manta sobre los hombros y un vaso de agua intacto en la mano.

—¿Y bien? —preguntó.

Jules se quitó los zapatos con lentitud, como si así pudiera ordenar la respuesta.
—Fue hermosa —dijo—. Y triste.
Peter asintió, como si ambas cualidades fueran inseparables.
—Entonces fue verdadera.
No hablaron más esa noche. Jules se metió en la cama con una sensación extraña, no de presentimiento exacto sino de borde. Como si la década entera hubiera estado avanzando hacia una línea que solo ahora se dejaba entrever. Afuera, la isla guardaba los últimos restos del verano con una paciencia indiferente. Adentro, la respiración de Peter marcaba un ritmo irregular pero persistente, más íntimo y más frágil que cualquier música.
En septiembre, Danny les llevó por fin la fotografía que había tomado en enero. Peter la observó durante largo rato sin emitir juicio. Luego la apoyó sobre la mesa y dijo:
—Parezco alguien que sabe algo que no piensa decir.
—Tal vez lo sabes —respondió Jules.
Peter lo miró, y por un instante recuperó la expresión de los años en que todavía parecía capaz de corregir al mundo con una sola ceja levantada.
—Todos sabemos algo —dijo—. Solo vamos averiguando muy tarde qué era.
La década terminó sin ceremonia, como terminan las épocas que se creen demasiado visibles para necesitar conclusión. Hubo una cena pequeña en la cabaña, apenas los tres: Jules, Peter y Danny. Neal había organizado una celebración enorme en la otra punta de la isla. Charlie estaba en la ciudad o en otra fiesta o en otro derrumbe elegante; nadie estaba seguro. Marlene no escribió. Eleanor siguió perteneciendo a ese territorio ambiguo de los vivos que se administran como rumor.

Peter brindó con un poco de vino que apenas mojó sus labios.
—Por los archivos imperfectos —dijo.
Danny levantó su vaso.
—Por lo que sigue ahí cuando nadie mira.
Jules sostuvo el suyo unos segundos antes de añadir:
—Por quienes estuvimos.
No corrigió el tiempo verbal. Peter tampoco. Afuera, a lo lejos, llegaba un eco de música demasiado distante para convocarlos y demasiado cercana para ignorarla. La isla, una vez más, acumulaba ruido para su propio recuerdo. Y Jules entendió, con una claridad que no le ofreció consuelo pero sí forma, que toda aquella década había sido exactamente eso: una combustión. No solo de cuerpos y noches y sustancias y canciones, sino de la idea misma de que el deseo podía sostener una comunidad sin pedir nada a cambio.
El incendio había dado luz. También había consumido oxígeno.
Cuando apagaron las lámparas y la cabaña quedó en penumbra, Danny recogió los vasos, Peter dobló con cuidado una servilleta innecesariamente, y Jules se quedó un momento inmóvil, escuchando. No buscaba una revelación ni una advertencia. Solo quería registrar, con la precisión de la que todavía era capaz, la textura de aquel instante: el crujido leve de la madera, el mar retirándose sin prisa, la respiración de Peter detrás de él, y en algún lugar más allá de las dunas la insistencia remota del bajo, como si el mundo siguiera bailando al borde de algo que aún no sabía nombrar.

Capítulo 7 — El raro cáncer (1980–1985)

Lo que después tendría nombre comenzó sin tenerlo. Al principio fueron notas dispersas en revistas que Jules no leía y que Danny leía mal, o demasiado tarde. Casos raros. Jóvenes hombres. Cánceres que pertenecían, según los libros, a otros cuerpos y a otras edades: sarcoma de Kaposi, una enfermedad que hasta entonces vivía en los manuales como una curiosidad de piel anciana, y que de pronto florecía en hombres de treinta años como un signo que el cuerpo hubiera decidido exhibir antes de saber él mismo qué significaba. Linfomas. Neumonías extrañas, oportunistas, un adjetivo que adquirió resonancia moral porque sugería que el cuerpo se había vuelto territorio conquistable por enemigos que antes no habrían osado presentarse.

Nadie, en Cherry Grove, supo en qué momento exacto la palabra empezó a circular. Jules recordaría después una noche de agosto de 1980 en la que alguien, en una cocina ajena, mencionó a un conocido internado en el Beth Israel con fiebres que no cedían. La frase quedó flotando entre los vasos y las cubiteras como una mariquita entrara en una sala: observada con curiosidad leve, sin alarma, sin sospechar que aquello iba a multiplicarse. Peter, que escuchaba desde su silla junto a la ventana, no dijo nada. Jules tampoco. Había un pacto tácito entre ellos: no nombrar lo que aún no tenía forma, por miedo a que el nombre lo convocara.

Danny fue el primero en intuir la dimensión. No por información sino por instinto, ese instinto que en él se parecía tanto al del fotógrafo que se anticipa a un encuadre como al del enfermero que aprende a leer el deterioro en matices que otros confunden con cansancio. Empezó a llegar a la cabaña con noticias más frecuentes: un camarero que había servido en fiestas de Neal; un bailarín cuya silueta Jules recordaba porque Danny lo había fotografiado bajo una luz azul en

el verano del 77; un chico de quien se había rumoreado que era amante de un artista menor y que ahora estaba en casa de su madre, en Nueva Jersey, perdiendo peso con una velocidad que la familia explicaba como estrés.

—Es un patrón —dijo Danny una tarde de octubre, mientras Jules lavaba platos.

—¿Qué tipo de patrón?

—Uno que aún no tiene nombre. Pero tiene geometría.

Jules cerró el grifo y lo miró. Danny tenía esa manera de plantear los hechos como si fueran composiciones: hablaba de líneas, de ejes, de sombras que avanzaban. Era su forma de no decir otra cosa.

En diciembre llegaron los primeros reportajes serios. El *New York Times* publicó un artículo que Jules leyó sentado en el porche con una lentitud que después le parecería característica de un tiempo en que leer era todavía un gesto público, casi ceremonial. La frase que se le quedó grabada no era la del titular ni la del párrafo inicial sino una, enterrada en el cuerpo del texto, que hablaba de un cluster, de un grupo de casos concentrados en hombres homosexuales, y que usaba la palabra comunidad con una condescendencia epidemiológica que a Jules le produjo un rechazo distinto a los habituales. No era ofensa moral. Era la intuición de que ciertas palabras, al aplicarlas a un dolor, lo despolitizaban para convertirlo en problema.

Peter lo observó leer sin interrumpir. Cuando Jules dejó el periódico sobre la mesa, esperó unos segundos antes de hablar.

—¿Están asustándose?

—Algunos. Otros dicen que es paranoia.

—Los prudentes y los valientes —dijo Peter—. Dos clases de tontos.

Peter, que para entonces caminaba ya con dificultad, no era dado a pronósticos, pero aquella frase la dijo

con una sequedad que la dotó de peso. Jules la recordaría mucho tiempo, en parte porque resultó cierta y en parte porque ambos polos, el miedo y el desprecio del miedo, terminarían cobrando factura a personas que él quería.

El invierno del 81 fue para Peter una temporada de meseta. Su tos se volvió más constante, pero la energía no se desplomó del todo. Había días en que corregía periódicos con la misma furia lápiz-roja de siempre, y días en que simplemente miraba la ventana como quien espera un tren que ya no viene. Los médicos —ahora había un médico, un hombre joven del hospital de Patchogue que visitaba la isla dos veces por semana y que trataba a sus pacientes con una corrección algo rígida— hablaban de enfisema, de daño acumulado, de años de tabaco y de humedad. No mentían, pero tampoco sabían. O sí sabían y preferían no decirlo, porque en aquellos años la honestidad médica todavía vacilaba frente a la dignidad.

Danny, por su parte, empezó a fotografiar de otro modo. Jules tardó en notarlo. Había una contención nueva en sus encuadres: menos flash, menos sudor, menos celebración. En sus contactos de 1981 empezaron a aparecer retratos de hombres solos, en interiores, con la luz de las ventanas cayendo sobre rostros que ya no eran exactamente los mismos. No estaban enfermos, o no se sabía enfermos, pero Danny los retrataba como si intuyera que aquella era la última oportunidad de fijarlos en una versión que el tiempo no habría de respetar.

Cuando Jules le preguntó por el cambio, Danny respondió con una frase que se quedó entre ellos como una de esas observaciones que se vuelven разделadoras:

—Antes fotografiaba lo que estaba pasando. Ahora fotografi lo que va a faltar.
La distinción era sutil, pero a Jules le cortó el aire. Pensó en las fotos que Danny había hecho en el 76, aquellas atmósferas de humo y sudor que parecían registrar la fabricación misma de la presencia. Ahora ese gesto se invertía: la cámara ya no producía presencia, sino que intentaba detener la ausencia antes de que se completara. Era el mismo instrumento, pero apuntando en dirección contraria.
Neal, como casi todo lo que tocaba la realidad, lo recibió tarde y mal. La idea de que la fiesta pudiera tener un techo biológico le parecía una impertinencia. Siguió organizando noches como si la obstinación fuera una forma de profilaxis, y durante un tiempo funcionó: la música seguía, los cuerpos seguían, los espejos seguían devolviendo la imagen que todos habían convenido en creer. Pero los nombres empezaron a escasear. En el verano del 82, cuando alguien mencionó que Rich —un camarero alto que solía servir en las fiestas de Neal con una sonrisa que Jules siempre había encontrado demasiado perfecta para ser ingenua— había sido hospitalizado, Neal cambió de tema con la destreza de un anfitrión que retira un plato antes de que los invitados adviertan que se ha enfriado.
—Rich está bien —dijo—. Solo necesita descansar.
Nadie le contradijo. La cortesía de la isla, en aquellos meses, consistía en aceptar las versiones más manejables. Había un acuerdo no escrito: cada uno administraba su información como pudiera, y nadie imponía la suya a los demás. Esta diplomacia del silencio tenía algo de generosidad y mucho de cobardía, y Jules lo sabía porque él mismo participaba de ella.

Charlie reapareció en julio del 82 más delgado que nunca y con una palidez que ya no podía atribuirse al invierno en la ciudad. Pero seguía siendo Charlie: entró en la cabaña con el mismo paso de quien reclama un territorio sin pedirlo, dejó un paquete de dulces holandeses sobre la mesa —regalo absurdo, precioso, absolutamente suyo— y se sentó junto a Peter con la familiaridad de quien reconoce en un enfermo a un igual.

No hablaron de salud. Hablaron de libros, de una película que Charlie había visto en una sala de Chinatown, de un amigo común que había cambiado de nombre artístico por tercera vez. La conversación tenía la textura de esas llamadas telefónicas internacionales de los años en que la línea era mala y uno hablaba para no oír el silencio que acechaba debajo.

Cuando Charlie salió al baño, Danny, que estaba en la cocina limpiando la cámara, lo miró a Jules.

—¿Le has visto las manos?

Jules asintió sin añadir nada. Las manos de Charlie temblaban ya no de cuando encendía un cigarrillo sino siempre, y tenía en el dorso de los dedos unas manchas pequeñas, violáceas, que él disimulaba con guantes de algodón que en cualquier otro contexto habrían parecido afectación.

Esa noche, después de que Charlie se marchara a la casa prestada donde dormía esas semanas, Jules se sentó junto a Peter en la cama y le dijo:

—Charlie está enfermo.

Peter no preguntó de qué. Solo:

—¿Lo sabe?

—Creo que no. O sabe y no quiere que sepamos que sabe.

—Eso es muy Charlie.

Peter lo dijo sin ironía, casi con ternura, como quien describe una característica botánica: una planta que florece en cierta orientación del sol y se marchita en cuanto el viento gira.

1983 fue el año en que la isla aprendió una nueva palabra y la learned a temer. GRID. Gay-Related Immune Deficiency. El acrónimo tenía algo de inventario burocrático, como si el dolor se clasificara por procedencia antes de admitirlo en el territorio de lo humano. Jules lo leyó por primera vez en un panfleto que alguien había dejado en el correo de Cherry Grove, entre anuncios de alquileres y un folleto de una agencia de viajes. Lo dobló y lo guardó en el cajón donde Peter guardaba las velas largas.

Danny lo encontró y no dijo nada. Pero aquella misma semana, en la ciudad, fue a visitar a un amigo que había sido diagnosticado y volvió con la cara de quien ha visto un país en guerra del que solo se reciben fragmentos. Esa noche, en la cabaña, habló más de lo habitual.

—No es lo que decían —empezó.

—¿Qué decían?

—Que era como una gripe. Que la gente se recuperaba. No es una gripe. Es como si el cuerpo decidiera que ya no quiere defenderse.

Jules pensó en Peter, en sus pulmones gastados, en su tos. Pensó en Charlie. Pensó, con una vergüenza que no le gustó reconocer, en sí mismo. Y luego pensó en Danny, que seguía sano, que no pertenecía al mismo grupo estadístico, y cuya presencia a su lado le parecía de pronto un regalo más frágil que todos los demás.

—Tú no —le dijo, sin pensar.

Danny lo miró con una expresión que Jules tardaría años en olvidar: una mezcla de gratitud y tristeza, como si le agradeciera el deseo y le doliera que fuera inútil.

—Tú tampoco —respondió—. Hasta que sí.
La frase no era amenaza. Era descripción. Danny tenía esa manera de decir las cosas más duras con la misma exactitud con que hablaba de luz y de grano. Jules aprendió, en esos meses, que la precisión podía ser una forma de ternura, y que la ternura a veces consistía en no suavizar lo que se veía.
Peter empeoró lentamente durante 1984. Las noches se llenaron de una tos más húmeda, más profunda, que ya no respondía a los jarabes del farmacéutico de Sayville. El médico joven, que ahora los visitaba cada semana, había dejado de hablar de enfisema y había empezado a usar palabras más vagas: compromiso pulmonar, deterioro sistémico. Jules sabía que esa vaguedad no era ignorancia sino piedad. El cuerpo de Peter no era un caso en un manual. Era una vida en proceso de retirarse de sus propias habitaciones.
Danny pasó cada vez más tiempo en la cabaña. No por encargo. Por gravedad. Había algo en la dinámica entre los tres que se asemejaba a una órbita: Peter en el centro, cada vez más quieto, cada vez más densamente presente; Jules y Danny girando en torno, ocupando los ángulos que el cuerpo enfermo iba dejando vacantes. Danny fotografiaba menos. Cuando lo hacía, era casi siempre a Peter, y casi siempre en silencio, sin pedirle nada, como si la cámara hubiera dejado de ser un instrumento de registro y se hubiera vuelto un modo de despedirse.
Una tarde de octubre, Peter pidió que leyeran juntos una carta de Marlene. Era breve, escrita con una letra que temblaba menos que la de años anteriores, como si la distancia le hubiera devuelto firmeza. Decía que había oído hablar de la enfermedad, que pensaba en ellos, que no podía viajar pero que mandaba un abrazo que esperaba no resultara insuficiente. Terminaba con

una frase que Peter leyó en voz alta con una cadencia solemne:
—«Espero que el invierno sea generoso.»
—Lo será —dijo Peter, doblando la carta con cuidado —. En su forma de serlo.
—¿Qué forma es esa? —preguntó Jules.
—La que permite ver lo que uno tiene antes de que se lo lleven.
No dijo más. Pero Jules comprendió que Peter, que siempre había sido capaz de corregir el mundo con una ceja, había encontrado en la enfermedad una versión nueva de su talento: ya no corregía, sino que ajustaba. Tomaba las cosas tales como venían y las afinaba para que cupieran en el espacio que quedaba.
En marzo del 85 murió Charlie.
La noticia llegó por teléfono, en una llamada de la que Jules solo recordaría fragmentos: el auricular frío contra la oreja, la voz de un amigo de Charlie que hablaba demasiado rápido, la mención de un hospital en Chelsea, la frase «no quiso que avisáramos antes». Danny estaba fuera, en la ciudad, revelando un carrete. Peter dormía en la cabaña. Jules colgó y se quedó de pie en la pequeña entrada, mirando una chaqueta de Charlie que seguía colgada del respaldo de una silla, como si los objetos tuvieran derecho a la incredulidad.
Cuando Peter despertó, le dijo:
—Charlie ha muerto.
Peter lo miró con una expresión que no era sorpresa. Era el reconocimiento de algo que ya había sido verdad durante meses, aunque ninguno de los dos hubiera querido dar el nombre.
—¿De esto?
—Sí.
Peter cerró los ojos. No lloró. Jules habría preferido el llanto, pero sabía que Peter se negaba a darle a la muerte el espectáculo de una respuesta previsible.

—Era muy hermoso —dijo Peter al fin, con una voz que Jules apenas reconoció—. Y muy triste. Y muy suyo.
La frase se quedó en el aire como una de aquellas observaciones de Peter que no imponían interpretación pero la hacían inevitable. Charlie había sido hermoso, y había vivido su hermosura como un compromiso, no como un regalo. Había sido triste sin dejar que la tristeza le restara estilo. Y había sido suyo hasta el final, en el sentido más pleno: se había ido a su manera, sin avisar, dejando tras de sí un vaso sin lavar y un temblor que ya no necesitaría disimular.
El funeral, si puede llamarse así, fue tres semanas después, en un apartamento de Chelsea que alguien describió como prestado. Jules fue con Danny. Peter no podía viajar. En el apartamento había treinta personas, o cuarenta, y cada una parecía estar de luto por un Charlie distinto: el Charlie de las fiestas, el Charlie de las cartas, el Charlie de las madrugadas, el Charlie que nadie había conocido del todo. Neal estaba allí, más callado que de costumbre, sin sonreír, con las manos apretadas sobre una copa que no bebía. Cuando vio a Jules, se acercó y le dijo, en voz baja:
—Ya no es solo él.
Jules asintió. Neal no estaba hablando de Charlie. Estaba hablando de la lista, que ya era larga y que prometía seguir.
Esa noche, en el ferry de vuelta a la isla, Danny le dijo a Jules, mirando el agua oscura:
—Vamos a perder a mucha gente.
—Lo sé.
—No sé si sé fotografiar eso.
—Quizá no sea eso lo que hay que fotografiar.
Danny lo miró con una sorpresa rara en él, casi ingenua.
—¿Qué entonces?

—Lo que queda de ellos en los que siguen vivos. Eso es lo único que una cámara puede atrapar de verdad. El resto se va con el cuerpo.
Danny no respondió enseguida. Se quedó mirando la estela del barco, esa línea de espuma que se forma detrás de todo lo que avanza y que pronto se borra sin que nadie lo note.
—Peter —dijo al fin.
—¿Qué con Peter?
—Cuando fallezca, no voy a poder fotografiar su ausencia. Pero podré fotografiar la tuya. Y eso será suficiente.
Jules no dijo nada. Le puso la mano sobre el hombro, en un gesto que no solía hacer, y la dejó ahí hasta que el ferry atracó y la isla apareció bajo una luna que, como casi todo en aquel tiempo, parecía más brillante de lo que la situación permitía.
La primavera del 85 trajo consigo la palabra que, por fin, se quedó. SIDA. El acrónimo era seco, casi burocrático, pero al menos ya no dividía a los enfermos por su procedencia, y Jules recibió ese detalle filológico con una gratitud absurda, como si un nombre mejor pudiera devolver la salud. Peter lo leyó en el periódico una mañana de abril y lo dijo en voz alta, como quien prueba el peso de una nueva herramienta:
—SIDA.
Luego lo repitió, esta vez en inglés.
—AIDS.
Y luego:
—Da igual el idioma. Lo que cambia la lengua no es la palabra sino lo que la palabra tiene detrás.
Jules lo miró. Peter estaba sentado en la cama, con una manta sobre las piernas y el periódico desdoblado sobre las rodillas como un mapa de un país que ninguno de los dos había querido visitar. Su tos había mejorado un poco con un antibiótico nuevo, pero su

cuerpo seguía adelgazando con esa parsimonia que es lo contrario del derrumbe: no se caía, se retiraba, como una marea que se va sin olas.

—¿Tienes miedo? —preguntó Jules.

Peter lo consideró con la seriedad que reservaba a las preguntas honestas.

—Tengo algo que no se llama miedo porque el miedo es lo que se siente antes. Esto se siente durante. No tiene nombre todavía.

—Vamos a tener que vivir sin nombre entonces.

—Ya lo hacemos —dijo Peter—. Hemos vivido sin nombre desde que llegamos a esta isla. Al menos ahora el nombre que falta es el mismo para todos.

Aquella observación, que en otro momento habría parecido osura, sonó a Jules como una de esas verdades que solo se vuelven audibles cuando el ruido de fondo ha bajado lo suficiente. Peter tenía razón, y la tenía de un modo que dolía: la isla había sido siempre un lugar de nombres suspendidos, de identidades administradas con cuidado, de vidas que se vivían en la penumbra del eufemismo y la cortesía. Lo que la enfermedad hacía era poner un nombre a aquella suspensión y, con él, una fecha.

Neal murió en agosto del 85, en un hospital de Manhattan, rodeado de un séquito que había perdido la costumbre de divertirse y que ahora ejercía una versión lúgubre de las viejas funciones: traer flores que a nadie se le ocurría oler, enviar cartas que nadie leía, telefonear a personas que ya no querían ser llamadas. Jules no fue. Danny tampoco. No por crueldad sino porque Neal, en sus últimos meses, había pedido que no lo vieran así, y respetar esa petición fue la última forma de hospitalidad que pudieron ofrecerle.

Peter recibió la noticia en el porche, una tarde de calor denso. Danny se la dio sin adornos. Peter asintió, miró el mar y dijo:

—Neal no sabía vivir sin público. No sé cómo habrá muerto.
—Solo —dijo Danny.
—Entonces fue valiente o fue desgraciado. Con Neal, las dos cosas.
Jules no comentó. Pensó en las fiestas de Neal, en aquellas noches de espejos y telas metálicas que devolvían la luz como agua rota, y pensó en su muerte sin testigos como en el negativo exacto de aquellas fiestas: el mismo deseo de ser visto, pero invertido, vuelto del revés. Neal había vivido para el reflejo. Moría sin ninguno.
El otoño del 85 fue largo. La isla se vació antes de tiempo, como si el verano hubiera decidido no despedirse y simplemente marcharse. Las casas cerraron postigos. Los bares, que ya no recibían a tantos visitantes, ajustaron horarios y voces. Danny y Jules se quedaron con Peter, los tres solos en una cabaña que volvía a parecer grande, demasiado grande, como al principio.
Una noche de noviembre, mientras una lluvia fina golpeaba el techo, Peter dijo, desde la cama, con una voz que había perdido el filamento de ironía que durante años había sido su marca:
—Jules.
—Dime.
—Creo que no va a pasar mucho tiempo.
Jules no preguntó a qué se refería. Sabía. Lo había sabido desde la primavera, desde antes quizá, pero saber en silencio y oír el nombre en la voz de Peter eran dos cosas distintas, y la segunda era más difícil.
—Lo sé —dijo.
—No tienes que quedarte.
—Sí tengo que quedarme.

Peter no discutió. Cerró los ojos, y por un momento Jules creyó que se dormía, pero no: solo estaba midiendo el alivio, decidiendo si lo dejaba entrar.
—Gracias —dijo al fin, en voz tan baja que el crujido de la madera casi lo borró.
Danny, desde la otra habitación, no escuchó la frase, pero algo debió de llegarle, porque esa noche, antes de dormir, le dijo a Jules en la oscuridad:
—Esto no es un final.
—¿Qué es?
—Una pausa. Una de esas que duran para siempre.
Jules no respondió. Se quedó escuchando la respiración de Peter, que era irregular pero persistente, como el pulso de aquella música lejana que seguía llegando, más allá de las dunas, en noches que ya nadie organizaba. El bajo insistente. La promesa de un ritmo que nadie bailaba ya pero que la isla, terca, seguía recordando.
Porque la isla, como Danny había dicho aquella madrugada de 1979, también tenía su forma de creer que siempre habría otra noche. Y esa creencia, que en los hombres había sido combustión, en la isla misma era memoria: una materia que no se consumía, sino que esperaba, paciente y oscura, a que alguien volviera a encenderla.

Capítulo 8 — Los años del silencio (1986–1995)
Peter murió un martes de enero del 86, en una mañana de esas que la isla reserva para los visitantes imprevistos: cielo bajo, gris uniforme, una luz que no decidía si era de día o de noche. No hubo agonía larga ni escena. Jules, que dormía a su lado, se despertó a las seis porque la respiración había cambiado, no

porque hubiera parado sino porque se había vuelto otra cosa, un sonido más parecido al de la madera que cede que al de un cuerpo que respira. Danny dormía en la habitación pequeña, la que llamaban «el cuarto de las maletas» por una analogía que ninguno recordaba haber establecido. Jules no fue a buscarlo. Se quedó inmóvil, con la mano de Peter bajo la suya, sintiendo cómo el pulso hacía esa cosa que los manuales describen con palabras que no deberían usarse: se volvía irregular, luego intermitente, luego nada. No fue un descenso. Fue una retirada. Como todo en Peter.
Cuando Danny salió, veinte minutos después, y vio la cara de Jules, no preguntó. Fue a la cocina, preparó café con una meticulosidad que a Jules, después, le parecería conmovedora y casi ridícula: el gesto exacto, la proporción de agua, el tiempo de cocción. Como si la rutina fuera, en aquel momento, el único lenguaje disponible.
Le trajeron el cuerpo al día siguiente, un trámite que en la ciudad habría sido burocrático y en la isla fue casi pastoral: el médico joven de Patchogue firmó algo, dos vecinos que Jules apenas conocía ayudaron a trasladar lo que ya no era Peter hasta un coche que esperaba en el embarcadero. Danny fotografió la escena. No la del cuerpo. La de la silla donde Peter había estado sentado la noche anterior, con la manta doblada de cierto modo, y el periódico aún abierto en la página que había leído. Aquella foto, que Jules vería meses después en un contact sheet y que Danny no reveló hasta la primavera, era una de esas imágenes que no registran nada y sin embargo dicen todo: la ausencia como composición, el vacío con la forma exacta de lo que lo ha producido.
No hubo funeral. Peter no había querido. «No me hagáis eso», había dicho una noche de diciembre, con esa forma suya de pedir que parecía instruir. «Dejadme

ir como he vivido: sin anuncio.» Jules obedeció. Danny obedeció. Marlene, a la que avisaron por teléfono desde una cabina de Sayville porque la cabaña no tenía línea, respondió con un silencio que duró varios segundos y luego con una frase que Jules no supo clasificar:

—Entonces ya no hay nadie entre los dos.

Jules no entendió. O entendió tarde, mucho tiempo después, cuando se dio cuenta de que Marlene hablaba de sí misma y de Jules: con Peter muerto, los dos quedaban sin mediación, expuestos el uno al otro como dos líneas que solo se encontraban en un vértice y que ahora descubrían que el vértice se había borrado.

El invierno del 86 fue el primer invierno que Jules pasó solo en la cabaña. Danny seguía subiendo, pero con menor frecuencia, y Jules comprendió que aquella disminución no era abandono sino tacto: Danny le estaba dando el espacio que la orfandad requiere, ese hueco donde uno aprende a no esperar y, al no esperar, descubre que todavía queda algo que hacer.

Hubo mañanas en que Jules se sentaba en el porche con un libro que no leía y miraba las dunas como quien mira una habitación que alguien acaba de desalojar. La geografía seguía siendo la misma, pero la jerarquía había cambiado: lo que antes era fondo era ahora protagonista, y lo que antes era presencia —Peter en su silla, el sonido de su tos, el crujido de la página que doblaba— era ahora una ausencia con la que el paisaje contendía.

Danny le trajo, en marzo, un cuaderno de fotografías. Eran retratos de Peter que Jules no había visto: de los últimos meses, de los últimos días, incluso una de aquella última noche, en la que Peter dormía con una expresión que no era de dolor ni de paz sino de atención, como si escuchara algo que los vivos no

podían oír. Jules las miró una por una, despacio, sin hablar. Cuando terminó, Danny le preguntó:
—¿Están bien?
—Están. No sé si bien.
—Eso es lo que pueden.
Jules asintió. Guardó el cuaderno en el cajón de las velas, el mismo donde había puesto el panfleto con el acrónimo GRID años atrás, como si aquel cajón se hubiera convertido en el archivo de las cosas que no tenían lugar en la superficie de la vida pero que tampoco se podían tirar.
El verano del 86 fue raro. La isla se llenó, como siempre, pero los que volvían traían caras distintas. No era solo que algunos faltaran —Neal, Charlie, Rich, otros cuyos nombres Jules enumeraba mentalmente como quien pasa cuentas de un rosario laico—. Era que los que seguían vivos cargaban algo nuevo, una seriedad que en otro contexto habría parecido madurez y que allí resultaba más bien precariedad: la conciencia de ser provisional. Los bailes seguían, las noches seguían, pero con un desparpuro menor, como si la música hubiera bajado un tono y nadie se atreviera a subirlo.
Jules, que nunca había sido de fiesta, empezó a ir. No por deseo sino por deber, aunque el deber no tuviera destinatario claro. Iba y miraba. Danny iba y fotografiaba. Había en aquella temporada una cantidad de retratos que Danny haría que después se conocerían, en círculos reducidos, como «los de la isla» y que tenían una característica común: los rostros no miraban a la cámara sino algo que estaba fuera de cuadro, como si todos estuvieran pendientes de una llegada que no se producía. Danny no forzaba esa pose. La encontraba. Era, dijo después, la expresión de la época: gente que miraba hacia donde ya no había nadie.

Un amigo de Peter, un crítico que Jules había visto en Cherry Grove a finales de los setenta y que entonces vestía con una elegancia que parecíaformulario de estudio, reapareció en julio con un cuerpo que se había adelgazado de un modo que ya nadie atribuía al gusto ni a la disciplina. Se sentó junto a Jules en el porche de la cabaña y le dijo, sin preámbulo:

—He venido a despedirme.

—¿Te vas?

—Me muero.

Lo dijo con la misma naturalidad con que otro habría dicho «me mudo». Jules no supo qué responder. El hombre, que se llamaba Eliot, esperó unos segundos y luego añadió:

—No quiero que me recuerdes como alguien que lo llevó bien. No lo llevo bien. Pero he decidido que el modo en que lo cuento va a ser, al menos, limpio.

Jules le vio partir dos semanas después, en un ferry que cruzaba la bahía con una luz de tarde que daba al agua un aspecto de metal viejo. No lo volvió a ver. Eliot murió en el invierno, en la ciudad, y Jules se enteró por una carta que alguien escribió a alguien que la reenvió a alguien que finalmente la llevó a la cabaña una mañana de febrero. Aquella cadena de intermediarios era, pensó Jules, la verdadera topología de la comunidad: no un mapa de proximidades sino un sistema de relevos por el que circulaban las noticias que la muerte producía y que los vivos se pasaban de mano en mano, como antorchas que no iluminaban sino que solo confirmaban que había oscuridad.

1987 y 1988 se confundieron. Jules los recordaría después como un único tramo de tiempo sin hitos, un letargo activo en el que pasaron cosas que no dejaron memoria porque la memoria estaba saturada. Había muertes, sí. Pero las muertes, al multiplicarse, habían perdido singularidad, y eso era quizás lo más cruel: no

que muriera gente, sino que la repetición de la muerte la despojara de la forma que la hace reconocible. Los nombres se acumulaban. Los nombres se confundían. A veces Jules se descubría pensando «¿ese era el que bailaba o el que servía las copas?» y luego se odiaba por la pregunta, como si la memoria defectuosa fuera una forma de traición.

Danny, en cambio, recordaba todo. O casi todo. Tenía una memoria de archivo, de negativo guardado: cada rostro, cada nombre, cada noche. Jules a veces le preguntaba por alguien y Danny podía decir no solo dónde lo había fotografiado sino qué luz había, qué música sonaba, qué camisa llevaba. Aquella precisión, que en otros tiempos había sido graciosa —una especie de archivo ambulante de la frivolidad— se había vuelto en aquellos años algo más sombrío: Danny era el custodio de una colección que se iba vaciando en la realidad mientras se llenaba en la imagen.

En el otoño del 88, Danny organizó una exposición en una galería de la calle Wooster. No era su estilo: él siempre había preferido el circuito de revistas y libros, el registro íntimo, pero algo —Jules sospechó que era una urgencia de conservación antes que de carrera— le empujó a aceptar. La muestra se llamaba simplemente «Cherry Grove, 1974–1988». Cuarenta fotografías. Jules fue a la inauguración. Danny le había dicho que no hacía falta, pero Jules fue.

La galería estaba en un sótano amplio de paredes blancas, y las fotos colgaban en una línea que recorría las tres paredes principales. Jules las recorrió despacio. Estaba Charlie, estaba Neal, estaba Rich, estaba Eliot, estaban otros cuyos nombres seguía teniendo que anotar a veces para no perderlos. Estaba Peter, varias veces: en el porche, en la cama, en la silla, con un libro. Estaba Danny mismo, en un autorretrato

del 76 que Jules no recordaba y en el que Danny aparecía con una cámara colgando del cuello y una expresión que hoy se habría llamado profética pero que entonces solo era la de un hombre joven que aún no sabía a qué iba a dedicar su mirada.
Jules se detuvo ante una foto de Peter sentado junto a la ventana, con la luz cayéndole de lado y una mano sobre el periódico. Era de 1984, del invierno. Peter no miraba a la cámara. Miraba algo que estaba fuera del cuadro, algo que la foto no contenía pero que su mirada invocaba. Jules se quedó allí varios minutos. Una mujer que no conocía se acercó y le dijo, en voz baja:
—Es la mejor de todas.
—Sí —dijo Jules.
—¿Lo conocía?
—Vivía con él.
La mujer no preguntó más. Le puso la mano en el brazo, un gesto que en otro contexto habría sido insolente y que allí resultó exacto, y se fue. Jules comprendió, esa noche, que aquella exposición era una cosa que Danny había hecho no para el público sino para sí mismo: un modo de verificar que lo que había visto seguía existiendo, aunque los que lo habían habitado no. La cámara, que en los años de fiesta había sido instrumento de presencia, se había vuelto, en los años de muerte, instrumento de testimonio. Y el testimonio no era un acto de denuncia ni de duelo: era, simplemente, la negativa a que la desaparición fuera total.
ACT UP fundó en 1987, y la noticia llegó a la isla por las rutas habituales: un periódico, una conversación, un panfleto pegado en la taberna. Jules, que no era de colectivos, recibió la información con una mezcla de interés y desconfianza. Le interesaba la indignación. Le desconfiaba la teatralidad. Danny, en cambio, se

acercó con una curiosidad más genuina, y durante un tiempo llevó en su bolso de cámara pegatinas con el lema «Silencio = Muerte» que repartía entre los que llegaban a la isla sin saber aún qué era.

Jules no se opuso. Tampoco participó. Su forma de militancia, si podía llamarse así, era de otro orden: consistía en quedarse, en seguir abriendo la cabaña cada primavera, en mantener encendida la linterna de la cortesía que la isla había cultivado desde siempre. No era mucho. Pero era algo. Y en aquellos años, «algo» era una cantidad que se había vuelto rara.

Un verano, un chico joven —veintitantos, pelo rapado, una camiseta con un eslogan que Jules no logró leer— se sentó junto a él en la playa y le preguntó, con una franqueza que la generación anterior no habría permitido:

—¿Usted estuvo aquí cuando empezó?

—¿Cuándo empezó qué?

—Todo esto.

Jules lo miró. El chico no era de la isla. Era de los que venían en ferry, pasaban el día, se iban. Tenía la piel morena de quien toma sol con obligación, y los ojos con esa mezcla de curiosidad y reclamo que los jóvenes de entonces llevaban como una forma de salud.

—Sí —dijo Jules—. Estuve.

—¿Y cómo era?

Jules pensó. No en cómo era, sino en cómo decirlo sin traicionarlo. La pregunta tenía una trampa: el chico quería una historia, y la historia que Jules tenía no era de las que se cuentan, sino de las que se habitan.

—Era más libre —dijo al fin—. Pero no más fácil.

El chico asintió, como si aquella respuesta le bastara. Se quedó un rato en silencio, mirando el mar, y luego se levantó y se fue. Jules no supo nunca su nombre. Pero aquella conversación, breve y sin secuela, se

quedó con él como una de las cosas que en aquellos años servían de brújula: la prueba de que la isla seguía siendo un lugar donde alguien podía llegar sin saber qué buscaba y marcharse con algo que no sabía que necesitaba.

1989 y 1990 fueron los años en que la isla aprendió a hablar de los muertos sin que la conversación se hundiera. Hubo un momento, a finales de los ochenta, en que la acumulación de ausencias había hecho prácticamente imposible cualquier intercambio que no fuera el luto o su negación. Pero el ser humano, que es mediocre y resistente, encontró modos. Los nombres empezaron a usarse en presente: «Charlie decía siempre…», «Neal, cuando organizaba aquello…», «Peter corregía los textos con una furia…». No era evasión. Era una forma de mantener a los muertos en circulación, de negarse a convertirlos en pasado. La isla, que había sido siempre un lugar de presencias, se volvió un lugar de presencias-pos-mortem, un archivo viviente donde los nombres seguían activos como moneda que no se retira.

Danny contribuía a aquella economía de la memoria con sus fotografías. Había empezado a organizar el archivo: cajas numeradas, contactos clasificados, negativos en fundas. Jules lo encontró una tarde en la cabaña rodeado de cajas abiertas, con una lupa en la mano y una expresión que Jules solo había visto en él una vez, el día de la exposición.

—¿Qué haces?

—Pongo en orden.

—¿Para qué?

Danny levantó la lupa. Miró a Jules.

—Para cuando yo no esté.

La frase no fue dramática. Danny la dijo con la misma naturalidad con que habría dicho «para el invierno». Pero Jules sintió que algo se movía, como cuando un

mueble que ha estado en una habitación durante años se desplaza un centímetro y de pronto el espacio entero cambia.

—No te va a pasar nada —dijo Jules.

—No me va a pasar nada hoy —dijo Danny—. Mañana no sé. Y pasado mañana menos.

Jules no insistió. Pero aquella conversación fue, lo supo después, el primer momento en que la posibilidad de perder a Danny se hizo pensable. No real, no inminente. Pensable. Y pensable era ya, en el vocabulario de aquellos años, una forma de presente.

1991: el primer test. Jules no recordaría después ni dónde ni cómo, solo que fue en la ciudad, en una consulta que olía a desinfectante y a alfombra vieja, y que el médico —otro médico joven, otro de esos hombres correctos que la época producía como si los fabricara— le dio el resultado con una voz que intentaba ser neutra y no lo era del todo. Negativo.

Jules salió a la calle y caminó sin rumbo durante una hora, con la sensación de haber cruzado un puente invisible y de estar ahora en una orilla que no se correspondía con la que había dejado. No era alegría. Era algo más complejo, una mezcla de alivio y vergüenza, como si el negativo fuera un privilegio que no había merecido.

Danny se hizo el test el mismo mes. También negativo. Jules lo supo porque Danny se lo dijo con una sequedad que ocultaba, o quizás revelaba, un alivio más profundo que el suyo.

—Estamos bien —dijo Danny.

—Estamos bien —repitió Jules.

La repetición no fue eco. Fue un pacto: nombrar la buena noticia para que la buena noticia se sostuviera en un mundo que la contradecía.

Pero los negativos no eran, en aquellos años, un veredicto. Eran una prórroga. Y Jules, que no era

ingenuo, lo sabía. Danny también. La frase «estamos bien» se quedó entre ellos como una de esas observaciones que se vuelven divisores de agua: no porque fueran ciertas sino porque se pronunciaron en un momento en que la verdad dependía menos de los hechos que de la voluntad de sostenerlos.

1992 y 1993: la isla cambió de piel. No de golpe, sino como cambian las cosas que se transforman por acumulación: un local que cierra, otro que abre con otro nombre, otro público, otra música. Empezaron a llegar personas que no sabían nada de los años anteriores, o que los sabían como se sabe la historia: de oídas, sin peso. El ferry seguía haciéndose. Los bares seguían abriendo. Pero el ecosistema había mutado. Donde antes había una comunidad —palabra que Jules seguía encontrando insuficiente pero a la que no tenía alternativa—, ahora había un destino. La diferencia, pensó Jules, era que la comunidad se sostiene en el conocimiento mutuo, y el destino en el anonimato.

Danny lo dijo mejor. Una tarde de agosto, mirando desde el porche un grupo de chicos jóvenes que caminaban por la playa con toallas y altavoces portátiles, comentó:

—Antes venían a encontrarse. Ahora vienen a no encontrarse con nadie.

La frase tenía una dureza que Jules no le conocía, o que le conocía pero rara vez veía. Danny, que había hecho de la fotografía un acto de presencia, estaba viendo la presencia convertirse en consumo. Aquello le dolía más, pensó Jules, que cualquier muerte: las muertes eran algo que pasaba, pero la indiferencia era algo que se hacía.

No era nostalgia. O no solo. Era la intuición de que algo que había funcionado como refugio se estaba

convirtiendo en escenario, y que el escenario no protegía a nadie.

1994: la muerte de Marlene. Llegó por carta, como casi todo lo que venía de ella. Pero esta vez no era de ella. Era de una sobrina que Jules no sabía que existía, escrita en un inglés con uso demasiado correcto de las preposiciones, que daba la noticia con una eficiencia que a Jules le pareció obscena. Marlene había muerto en marzo, en Berlín, tras una enfermedad corta. La sobrina no especificaba cuál. No había más datos. Un párrafo. Una despedida cortés. La dirección de un estudio notarial para quien quisiera reclamar algo.

Jules leyó la carta sentado en el porche, con una taza de café que se enfrió entre las manos. No lloró. Pero algo en él se hundió, no como grief sino como geología: una capa que había estado ahí desde siempre, debajo de todo, y que de pronto se hundía un milímetro. Marlene había sido, durante años, la prueba de que existía un mundo más allá de la isla, más allá de la enfermedad, más allá de la vida que Jules y Danny se habían construido. Su muerte no era una sorpresa —era vieja, o vieja suficiente— pero era una clausura: el cierre de la última puerta que daba a una habitación que Jules había creído que seguía abierta.

Le dijo a Danny esa noche, sin preámbulo:

—Ha muerto Marlene.

Danny lo miró. Asintió. No dijo nada durante un rato. Luego:

—¿Qué hacemos con lo que ella sabía?

Jules no entendió. O entendió solo después: Danny no estaba hablando de objetos ni de papeles. Estaba hablando del conocimiento que Marlene tenía y que moría con ella: quiénes habían sido realmente Peter y Jules antes de la isla, qué palabras habían usado en un idioma que ya no era el suyo, qué gestos del principio se habían perdido en la traducción del tiempo. Marlene

era, entre otras cosas, un testigo. Y los testigos, cuando mueren, no dejan testimonio: solo dejan la forma de su silencio.

—Nada —dijo Jules—. Lo que ella sabía se va con ella.

Danny no insistió. Pero aquella respuesta, que Jules pronunció con una certeza que no sentía, se quedó entre ellos como una de las cosas que se dicen y que después se descubren verdaderas solo porque el tiempo las confirma.

1995: el año en que los inhibidores de proteasa empezaron a cambiar la ecuación. Jules lo supo por los periódicos, que durante meses habían venido anunciando avances con una cautela que recordaba a la que había rodeado, años atrás, los primeros reportajes sobre la enfermedad. Pero esta vez la cautela era de otro signo: no era miedo a confirmar lo malo sino miedo a creer lo bueno.

Danny fue el primero en verlo en acción. Un amigo suyo, un pintor que había estado al borde de morir durante meses, empezó a recuperarse. No a curarse, todavía no se podía decir eso, pero a dejar de morir. Danny lo visitó en la ciudad y volvió con una cara que Jules no le conocía: no alegría sino perplejidad, como quien ha visto un milagro y no sabe qué hacer con él.

—No me atrevo a fiarme —dijo Danny.

—Yo tampoco.

—Pero si es verdad…

—Si es verdad, tendremos que aprender otra vez a no tener miedo.

Danny lo miró. Jules comprendió que aquella frase, que él había dicho casi sin pensar, era de las que pesaban. No tener miedo era, en aquellos años, una disciplina que había caído en desuso. Aprenderla de nuevo no era un alivio sino una tarea, y las tareas, lo sabía, se aprenden despacio.

Esa noche, en la cabaña, Danny sacó la cámara. No para fotografiar a Jules, que nunca había sido su sujeto habitual. Para mirar por el visor, como quien mira por una ventana, y ver qué había al otro lado. Jules lo observó. No preguntó. Danny dejó la cámara sobre la mesa y dijo, con una voz que Jules reconoció como la de los buenos momentos:

—Creo que voy a hacer otro libro.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que viene después.

—¿De qué?

—De todo.

Jules no preguntó más. Pero aquella frase —«lo que viene después»— se quedó en la cabaña como un eco de los viejos tiempos, cuando Peter anunciaba cosas con una precisión que parecía augurio y que en realidad era solo atención. Danny no era Peter. Pero en aquel momento, con la luz del faro de Fire Island barriendo la pared cada treinta segundos como un latón de advertencia, Jules tuvo la sensación de que la cabaña, que durante años había sido un lugar de espera, volvía a ser un lugar de principio.

No se engañaba del todo. Pero no se equivocaba del todo.

La isla, esa noche, estaba callada. No vacía: había luces en algunas casas, voces lejanas, el rumor de un motor de lancha. Pero callada, como callan los lugares que han aprendido que el silencio no es ausencia sino memoria. La madera de la cabaña crujió, como siempre, y Jules pensó, no por primera vez, que aquel sonido era la única voz de Peter que seguía sonando: no una voz, sino el ruido de lo que él había habitado. Danny, a su lado, se había dormido con un libro abierto sobre el pecho, y Jules no tuvo corazón para quitárselo. Se quedó mirándolo, y pensó en lo que Danny había dicho una vez, años atrás, sobre

fotografiar lo que va a faltar. Ahora, en aquel silencio que era casi una promesa, lo que faltaba no era Danny ni era él ni era nadie concreto. Era el tiempo en que faltaba todavía tener miedo. Y eso, pensó Jules, era una forma de presencia que ningún negativo podría registrar.

Capítulo 9 — Renacimiento (1996–2015)

1996 no llegó como llegan las fechas que cambian una vida, con trompetas o con un antes y un después reconocible, sino con una modificación más humilde y por eso más desconcertante: gente que dejaba de empeorar. Durante meses, en la isla y en la ciudad, la noticia circuló con ese pudor con que circulan las cosas buenas cuando el mundo ha entrenado demasiado bien a los vivos para desconfiar de ellas. No se decía "se están curando". Nadie se atrevía a una obscenidad semejante. Se decía, más bien, que fulano había recuperado peso, que mengano había vuelto a trabajar algunas horas, que alguien a quien ya se había empezado a despedir había cancelado, sin dramatismo, una despedida.

Jules observaba aquello con la reserva de los que han pasado demasiado tiempo conviviendo con la excepción. Había aprendido que toda mejoría tenía algo de tregua y que las treguas, por definición, no prometen nada. Pero también veía lo que tenía delante. Los rostros cambiaban. Las caminatas se alargaban. En la playa, ese verano, reaparecieron cuerpos que el año anterior parecían haber empezado a borrarse. No regresaban iguales. Volvían con una gravedad nueva, como si el mero hecho de seguir ahí les hubiera añadido una densidad que antes no necesitaban. Era la misma isla y no lo era. El sol caía sobre las tablas del

porche con la misma indiferencia de siempre, pero la luz encontraba ahora menos funerales en los que posarse.

Danny pasó ese verano entrando y saliendo de la ciudad con una frecuencia que a Jules primero le pareció nerviosismo y después le pareció trabajo. El amigo pintor del que había hablado el año anterior seguía mejorando. Había otros. Había consultas médicas, nuevas combinaciones de fármacos, conversaciones en cocinas donde durante años solo se había hablado en condicional y donde empezaban a aparecer verbos en futuro. Danny escuchaba, miraba, fotografiaba poco. Aquello le llamó la atención a Jules más que cualquier otra cosa: en los años de muerte, Danny había fotografiado como quien levanta acta; en los primeros meses de la mejoría, en cambio, parecía dudar.

—¿No haces fotos? —le preguntó Jules una tarde de julio, viéndolo volver con la cámara intacta, sin el cansancio peculiar de los días de trabajo.

Danny dejó la bolsa en la silla, se sirvió agua, se quedó un momento de pie junto a la ventana.

—No sé qué estoy mirando todavía.

La respuesta era fiel a él. Danny nunca había sido de disparar por ansiedad. Necesitaba saber, aunque fuera confusamente, cuál era la forma moral de una imagen antes de hacerla. Los cuerpos enfermos habían impuesto una evidencia. Había ahí una verdad que no requería adorno ni teoría. Pero los cuerpos que dejaban de morir planteaban otra dificultad. ¿Cómo se fotografía a alguien que vuelve? ¿Qué hace visible una recuperación, si la recuperación no tiene el dramatismo legible de la catástrofe sino un aspecto más bien administrativo: un poco más de carne en las mejillas, una analítica menos cruel, una tarde sin fiebre?

—Tal vez no haya que fotografiar la mejoría —dijo Jules —. Tal vez haya que fotografiar lo que hace con la gente.

Danny lo miró como si le sorprendiera oírle decir algo que no fuera estrictamente práctico. Luego sonrió, apenas.

—Eso sí lo entiendo.

A finales de ese verano hizo las primeras fotos del nuevo ciclo. No eran médicas, ni celebratorias, ni siquiera optimistas en un sentido obvio. Eran fotografías de habitaciones donde volvía a haber desorden, de mesas con platos sin terminar, de hombres en una lavandería leyendo el periódico mientras esperaban la colada. Jules las vio mucho después, cuando Danny empezó a ordenarlas, y comprendió lo que había encontrado: no estaba fotografiando la supervivencia sino el regreso de la banalidad. Después de tantos años en que cada gesto había estado saturado de amenaza, lo verdaderamente extraordinario era volver a perder el tiempo.

La isla recibió la noticia de los tratamientos como había recibido todas las noticias importantes: tarde, fragmentariamente, por voces que se corregían unas a otras. Unos hablaban de cócteles, otros de combinaciones, otros de pastillas con nombres impronunciables que sonaban a piezas de maquinaria. Entre los que habían vivido los peores años, la reacción no fue uniforme. Algunos abrazaron la novedad con una especie de urgencia casi infantil, como si temieran que el retraso en alegrarse pudiera poner en peligro la alegría misma. Otros se protegieron detrás de una ironía que ya era reflejo. “Ya veremos”, “que no nos vendan humo”, “primero que aguante el invierno”. La esperanza, pensó Jules, no era una emoción sino una destreza, y no todos conservaban la musculatura necesaria para ejercerla.

El otoño del 96 trajo, junto con las primeras confirmaciones más sólidas, una alteración menos comentada pero acaso más profunda: la culpa cambió de objeto. Durante años, muchos habían convivido con la culpa del superviviente, esa forma particularmente inútil y sin embargo persistente de vergüenza por no haber sido alcanzado, o no haberlo sido todavía. Ahora aparecía otra: la culpa de mejorar cuando otros ya no estaban para mejorar con uno. La pregunta "¿por qué yo?" no desaparecía; solo cambiaba de sintaxis. Jules la reconoció en conversaciones truncadas, en brindis que se apagaban a mitad de gesto, en silencios ante nombres de amigos para quienes la historia había llegado cinco años demasiado tarde.

Una noche de octubre, en la ciudad, Danny llevó a Jules a una cena en casa de un editor que había perdido a su pareja en el 92 y que ahora salía con un hombre diez años más joven, seropositivo, medicado, vivo de un modo que habría sido estadísticamente improbable muy poco antes. La mesa fue extraña, no por torpeza sino por superposición. Había allí gente de los setenta, de los ochenta, de los noventa. Hombres que hablaban de muertos comunes y de citas nuevas; de activismo y de hipotecas; de hospitales y de vacaciones. Jules, que siempre había desconfiado de las mesas demasiado habladoras, observó la circulación de las frases como quien estudia una lengua en mutación. Por primera vez en mucho tiempo, la enfermedad no organizaba toda la sintaxis de la noche. Seguía presente, sí, como una frontera dibujada en el subsuelo. Pero por encima de ella empezaban a construirse otras cosas: hábitos, deseos, incluso frivolidades. Aquello le pareció no una traición, como les habría parecido a algunos años antes, sino una señal de restablecimiento. La vida, para volver, no tenía por qué adoptar formas nobles.

1997 fue, para Danny, el año del libro. No del libro anunciado como proyecto, sino del libro que por fin acepta su forma. Trabajó durante meses en una selección de fotografías que no seguía una cronología estricta. Había imágenes de los años de fiesta, sí, y de los años de pérdida, pero también de ese tiempo raro que acababan de inaugurar, donde los cuerpos seguían cargando el archivo de la enfermedad mientras la vida les proponía volver a circular. El título tardó en aparecer. Jules oyó varias posibilidades, todas insuficientes. Algunas pecaban de elegancia. Otras de tesis. Danny las rechazaba porque entendía que cualquier nombre demasiado nítido impondría una interpretación que las fotos no necesitaban.

Una noche de invierno, mientras cenaban sopa en la cabaña —iban también en invierno, menos por costumbre que por una necesidad que ninguno quería llamar dependencia—, Danny dijo:

—Ya sé cómo se va a llamar.

Jules levantó la vista.

—*Después*.

—Es bueno.

—Es exacto.

Y lo era. No porque explicara nada, sino porque dejaba intacta la pregunta principal: después de qué, después para quién, después a costa de quién. El libro apareció al año siguiente, con una recepción extraña, repartida entre el elogio sincero y la incomodidad. Algunos críticos vieron en él un archivo de una comunidad. Otros, una elegía. Hubo quien le reprochó no ser más combativo, como si toda memoria tuviera la obligación de adoptar tono de denuncia para justificar su legitimidad. Danny escuchó todo con la cortesía de quien sabe que las interpretaciones ajenas son parte del precio de publicar. Pero Jules entendió que lo que a Danny le importaba estaba en otro sitio: no en lo que

decían del libro, sino en el hecho de que el libro existiera y circulara, pasando de mano en mano con una lentitud casi litúrgica.

En la isla, mientras tanto, el cambio no era solo sanitario. A finales de los noventa empezó a hacerse visible una mutación económica que venía preparándose desde hacía tiempo. Las casas se reformaban. Las tiendas afinaban la decoración. Aparecían visitantes que hablaban del lugar con el tono con que se habla de una marca. Cherry Grove y los otros enclaves de la isla seguían albergando restos muy vivos de la antigua sociabilidad, pero el mercado había descubierto lo que la gente pobre y rara llevaba décadas sabiendo: que un refugio, una vez estabilizado, es un producto excelente. Jules veía avanzar ese proceso con la mezcla de escepticismo y fatiga con que se observan las catástrofes lentas. No había un día preciso en que pudiera decirse "ya está, esto ha cambiado". Había, en cambio, pequeñas evidencias acumulativas: una fiesta benéfica patrocinada por una firma de vodka; un alquiler duplicado; un vecino que vendía y era reemplazado por alguien para quien la isla no era memoria ni necesidad sino paisaje.

Danny no se limitaba a lamentarlo. Lo fotografiaba. Pero no fotografiaba a los ricos como caricaturas ni a los jóvenes como culpables, que habría sido fácil y falso. Fotografiaba la textura del reemplazo: carteles nuevos clavados sobre maderas viejas, interiores demasiado limpios, terrazas donde los cuerpos parecían colocados no para vivir sino para ser vistos viviendo. Había en esas imágenes menos rabia que diagnóstico. Jules, cuando las vio, pensó que Danny había aprendido a registrar no solo la pérdida por desaparición sino la pérdida por sustitución, que es

una forma más civilizada y quizá más eficaz de borrado.

En 1998 Jules cumplió una edad que de joven no había imaginado alcanzar y que de viejo le parecía, no un triunfo, sino una ocurrencia de la estadística. La celebraron poco. Danny cocinó pescado, abrió una botella mejor de lo habitual y no invitó a nadie. Jules se lo agradeció sin decirlo. Desde la muerte de Peter, los cumpleaños habían dejado de ser hitos y se habían convertido en discreciones: marcas de continuidad que convenía no interrogar demasiado. Sin embargo, aquella noche habló más de la cuenta. Quizá por el vino, quizá por esa fatiga particular que da saberse ya más archivo que promesa, le contó a Danny una escena de su infancia que nunca había referido entera: una cocina en otro idioma, una mujer —no su madre, o no solo su madre— cortando pan de un modo que él había tardado años en reconocer en sus propios gestos. Danny escuchó sin interrumpir. No buscaba extraerle un testimonio; lo dejaba desplegarse.

—A veces pienso —dijo Jules— que toda la vida no es más que una traducción hecha tarde.

Danny apoyó el vaso en la mesa.

—Las traducciones tarde son las únicas buenas.

Jules se rió. No porque la frase fuera ingeniosa, sino porque en Danny había siempre ese modo de rescatar de una idea su forma más habitable.

A partir de entonces, y de una manera tan gradual que ninguno habría podido fijar el momento, Jules empezó a hablar más. No se volvió confesional, que habría sido ajeno a su carácter. Pero permitió que ciertas historias salieran de la zona mineral donde las había tenido guardadas. Algunas tenían que ver con Peter; otras, con Marlene; otras con lugares y nombres que Danny solo conocía por alusiones. A veces hablaba mientras fregaba. A veces en el porche, mirando el mar con esa

expresión de concentración que en él parecía una forma de defensa. Danny no tomaba notas delante de él. Jules lo agradecía también. La memoria, cuando se ofrece, quiere creer que lo hace al aire y no para un archivo, aunque luego termine siendo archivo de todas formas.

Entrados en los años dos mil, la isla empezó a llenarse de una generación para la que la catástrofe de los ochenta y primeros noventa no era experiencia sino herencia. Llegaban con una mezcla de soltura sexual, alfabetización política fragmentaria y una confianza tecnológica que a Jules le resultaba no ofensiva, pero sí exótica. Se hacían fotos unos a otros con aparatos pequeños, primero cámaras compactas, luego teléfonos; convertían la evidencia de estar en un lugar en parte principal de la estancia; hablaban del pasado con respeto, a veces sincero y a veces performativo, como quien saluda a una genealogía que le conviene llevar puesta. Jules no los despreciaba. Sabía demasiado bien que cada generación se fabrica una relación utilitaria con lo que la precede. Lo que le inquietaba no era la superficialidad, que siempre había existido, sino la velocidad. Antes, pensó, hasta la frivolidad requería presencia. Ahora bastaba con dejar constancia.

Danny, en cambio, miraba aquella mutación con una curiosidad menos severa. Le irritaban ciertas formas del narcisismo nuevo, pero reconocía algo que Jules, por temperamento, tardaba más en admitir: que también en esa proliferación de imágenes había una demanda de existencia. Los jóvenes se registraban a sí mismos con una insistencia que podía ser banal, sí, pero que no dejaba de tener un trasfondo político. Después de tanto tiempo en que otros habían decidido quién merecía aparecer y en qué términos, había algo comprensible en ese deseo de autoinscripción

compulsiva. La diferencia, decía Danny, es que una cosa es hacerse visible y otra muy distinta mirarse.
—¿Y no es lo mismo? —preguntó Jules una vez.
—No. Visible puedes volverte solo. Mirarte de verdad casi siempre necesita a otro.
Aquella frase se le quedó a Jules. Pensó en Peter, que había sabido mirar con una dureza casi pedagógica. Pensó en Marlene, que había mirado a través de las personas y no solo hacia ellas. Pensó en Danny, cuya cámara no extraía imágenes sino que establecía, antes que nada, una forma de atención. Tal vez, se dijo, lo que se estaba perdiendo no era la intimidad en el sentido sentimental del término, sino la lentitud necesaria para que una mirada deje de ser mera posesión y se convierta en encuentro.
El libro *Después* siguió circulando con esa lentitud que Danny había previsto. Recibió algún premio menor, del que no habló, y una reseña en una revista nacional que Jules recortó y guardó sin mostrarle. En 2001, un museo de la ciudad le propuso una retrospectiva. Danny dudó meses. No le inquietaba la exposición en sí, sino la palabra *retrospectiva*, que sonaba a conclusión, a cuerpo definido, a carrera ya contada. Jules lo convenció con un argumento práctico: si no la hacía ahora, la harían después, y con menos cuidado.
La retrospectiva abrió en otoño, con un catálogo que Danny supervisó con una precisión casi enfermiza. Quería que las fotografías hablaran en el orden que él dictara, no en el que impusiera la cronología ni el tema. Había una sala dedicada a los años de fiesta, otra a los de pérdida, una tercera para ese territorio inasible que el libro había bautizado simplemente *después*. La última sala contenía imágenes recientes: la isla mutando, los cuerpos nuevos, las texturas del reemplazo. Jules visitó la exposición una tarde de noviembre, cuando la luz del museo se confundía con

la del exterior en declive. Caminó despacio, reconociendo en algunas fotografías momentos que había vivido al lado de Danny sin saber que estaban siendo registrados. En una de ellas, apenas visible, aparecía su propia mano sosteniendo una taza en el porche de la cabaña. No recordaba que Danny hubiera disparado aquella tarde. Tal vez lo había hecho sin mirar, por hábito, por continuidad.

Al salir, encontró a Danny en la sala de prensa, hablando con una periodista joven que tomaba notas en un aparato electrónico. Danny parecía incómodo, no por la entrevista sino por la velocidad con que la periodista procesaba sus respuestas, convirtiéndolas en datos antes de que terminaran de sonar. Jules esperó al fondo, observando. Cuando la mujer se marchó, Danny se acercó con una sonrisa que no disimulaba del todo el cansancio.

—Me ha preguntado si soy un cronista o un artista —dijo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no sé la diferencia. Que si la supiera, quizás no haría fotos.

Jules asintió. Esa respuesta, que otro habría dicho para impresionar, en Danny era simplemente exacta.

Los años siguientes trajeron cambios que ninguno habría previsto ni deseado. En 2003, una tormenta de otoño dañó gravemente la cabaña de la isla. No fue destrucción total, pero sí una herida en la estructura que requería decisión: reparar por completo o dejar que el lugar se convirtiera en ruina controlada. Danny optó por la reparación, aunque le costó más de lo que admitía. Jules colaboró en lo que pudo, aunque ya sentía el peso de una edad que no permitía ciertos esfuerzos. Pasaron un invierno en la ciudad, el primero en décadas, y descubrieron que el apartamento de Danny, que había sido refugio ocasional, resultaba

estrecho para una convivencia prolongada. No discutieron. Se acomodaron con esa precaución con que se acomodan quienes temen que cualquier fricción pueda revelar algo que prefieren no nombrar.

La primavera les devolvió a la isla. La cabaña reconstruida tenía una luminosidad nueva, una desnudez que antes no poseía. Jules caminó por ella la primera mañana con una tristeza que no supo explicar. Tal vez era solo el reconocimiento de que los lugares, como los cuerpos, se reparan pero no se restauran: queda siempre una marca, una sutura, una memoria del daño.

En 2004 murió Marlene. La noticia llegó por teléfono, una mañana de abril, cuando Jules estaba en la ciudad atendiendo asuntos que ya no recuerda. La voz al otro lado era de una sobrina que apenas conocía, hablando con la eficiencia de quien ha hecho demasiadas llamadas similares. Marlene había fallecido en un hospital de Phoenix, sola en el sentido administrativo del término, aunque Jules dudaba que alguien como ella pudiera estar realmente sola incluso en la muerte. No había testamento que lo mencionara, pero entre sus papeles encontraron una fotografía de los tres —Marlene, Peter, Jules— tomada en alguna fiesta de los setenta, cuando aún no existían las razones para separarse que luego existirían. En el reverso, de su letra: *Los que sabían*.

Jules no viajó al funeral. No por indiferencia, sino por una certeza repentina de que el ritual le parecería ajeno, una puesta en escena para la que ya no tenía papel. Danny, en cambio, fue. Regresó con una descripción breve: poca gente, un sacerdote que no la conocía, flores de supermercado. También con una caja que la sobrina le había entregado, diciendo que Marlene había mencionado su nombre años atrás. Dentro había fotografías —no las de Danny, sino las de

otros, anónimas, de décadas remotas— y un par de collares que Jules reconoció como regalos de Peter. Guardó la caja sin abrirla de nuevo, en un armario de la cabaña, donde aún permanecería cuando este capítulo terminara.

La enfermedad, mientras tanto, había dejado de ser noticia. No porque hubiera desaparecido —seguía habiendo contagios, muertes, desigualdades brutales en el acceso a los tratamientos— sino porque ya no organizaba la narrativa pública de ciertos mundos. Los jóvenes que llegaban a la isla hablaban de ella con la distancia con que se habla de una guerra aprendida en libros de texto. Algunos llevaban la medicación con naturalidad, como quien lleva lentillas o un régimen alimenticio. Otros no la llevaban, confiando en la estadística individual, en la excepción que siempre se cree propia. Jules observaba ambas actitudes sin juzgar demasiado. Había aprendido que la relación con la propia mortalidad no admite pedagogía: cada generación la inventa con los materiales que tiene, y la inventa mal, como hicieron todas las anteriores.

Danny siguió fotografiando, aunque con una frecuencia menor. No era fatiga lo que reducía su producción, sino una especie de saturación ética: había visto demasiadas veces cómo la cámara, al registrar, también consume. En 2006 hizo una serie sobre los cuerpos mayores de la isla, hombres que habían sobrevivido no solo a la enfermedad sino a la indiferencia posterior, a la mutación del lugar que había sido su refugio. Las fotografías eran duras sin ser crueles: mostraban la persistencia de la carne en condiciones que no había elegido, la dignidad de quien continúa sin saber muy bien por qué. Una de ellas, la que más le costó hacer, retrataba a Jules dormido en el porche, la cara vuelta hacia la luz con una expresión que no era paz ni sufrimiento, sino simplemente

duración. Jules la vio cuando el trabajo estuvo completo y no dijo nada durante largo rato. Luego:
—No sabía que me miraras así.
—No sabía que te miraba —respondió Danny—. Hasta que lo hice.
En 2008, la crisis económica alcanzó incluso los enclaves que parecían protegidos. La isla sufrió menos que otros lugares, porque su economía dependía en parte de una clientela que no vivía allí, que visitaba por temporadas y seguía pudiendo hacerlo. Pero algo cambió en el tono. La frivolidad de los años anteriores adquirió una nota defensiva, como quien celebra con más insistencia cuando sospecha que la celebración puede terminar. Jules notó en las conversaciones una ansiedad nueva, no por la enfermedad sino por la estabilidad misma: hipotecas, herencias, la pregunta de qué dejar atrás.
Danny vendió algunas fotografías de archivo, no por necesidad inmediata sino por prudencia. El mercado del arte, impredecible como siempre, había descubierto de pronto valor en ciertos documentos de los años de crisis. Una galería de Londres expuso una selección de las fotografías médicas de los ochenta, aquellas que Danny había hecho con el rigor de quien levanta acta, y los compradores las adquirieron con la avidez con que se adquiere lo que se presume testimonial. Danny recibió el dinero sin entusiasmo ni rechazo. Jules le preguntó una noche si le molestaba que su trabajo se convirtiera en inversión.
—Todo trabajo termina siendo de otro —dijo Danny—. Lo raro es cuando, por un momento, fue de uno.
Ese mismo año, un joven que Jules no conoció le escribió una carta. Era estudiante de historia, trabajaba en una tesis sobre los espacios queer de la costa este, y había encontrado el nombre de Jules en algún archivo de los setenta, vinculado a una organización

que ya no existía. Le pedía una entrevista, ofrecía citarle, mencionaba la importancia de la memoria. Jules leyó la carta varias veces, luego la guardó sin responder. No era desprecio lo que le movía, sino una sospecha de que su memoria, contada en esos términos, sería otra cosa de lo que había sido: una experiencia convertida en dato, una complejidad reducida a cita. Danny, a quien se la mostró, opinó que podía hacerlo si quería, que el joven no parecía malintencionado.

—No es malicia lo que temo —dijo Jules—. Es la forma. La forma académica de entender las cosas. Como si todo hubiera sido un preludio de algo.

—¿Y no lo fue?

Jules lo miró. Danny sonreía, pero no bromeaba.

—Todo es preludio de algo —continuó—. La cuestión es si eso invalida lo que fue.

Jules no respondió. Pero tampoco contestó la carta.

Los años diez de ese siglo nuevo llegaron con una aceleración que Jules encontraba físicamente agotadora. La tecnología, que siempre había observado con la indiferencia de quien no la necesita, se volvió de pronto ineludible. Danny adquirió un ordenador portátil, luego un teléfono que también hacía fotografías. Jules se resistió más tiempo, luego cedió en lo indispensable: un aparato que permitía llamar y poco más. No le interesaba la conectividad, ni la red social, ni la posibilidad de estar disponible para quien no estaba presente. Danny, en cambio, exploraba esos territorios con una curiosidad que a Jules le parecía a veces juvenil, a veces necesaria. Empezó a compartir fotografías en plataformas que Jules no entendía, recibía comentarios de desconocidos, participaba en conversaciones que no tenían lugar ni hora definidos.

—Es otra forma de circular —le explicó Danny una tarde, mostrándole una pantalla llena de rostros diminutos.
—Circular sin llegar a ninguna parte —murmuró Jules.
—Llegar a alguna parte era siempre una ilusión. Ahora solo es más evidente.
Jules no estaba seguro de estar de acuerdo, pero tampoco tenía energía para la discusión. Su cuerpo, que había sido por décadas un instrumento fiable, empezaba a exigir consideraciones nuevas: medicamentos para la presión, visitas médicas que antes no necesitaba, una fatiga que llegaba más temprano en las tardes. No era enfermedad grave, o no lo era todavía, pero era el principio de una rendición que observaba con los ojos con que se observa un enemigo conocido. Danny lo cuidaba sin hacerse notar, preparando comidas que Jules debía comer, sugiriendo descansos que Jules debía aceptar. La dependencia, cuando llegó, fue tan gradual que ninguno supo nombrarla. Solo había, en ciertos gestos, una ternura más explícita, como quien sabe que el tiempo restante no admite ya las formas indirectas.
En 2012, Danny recibió una propuesta para enseñar fotografía en una universidad de la ciudad. No era cátedra permanente, sino un seminario, un par de meses. Dudó, consultó con Jules, finalmente aceptó. Jules se quedó en la isla, por primera vez en años sin la posibilidad inmediata de su compañía. No fue dramático. Hablaban por teléfono con una regularidad que antes no habían necesitado. Jules descubrió que la soledad, en dosis controladas, le devolvía una forma de pensamiento que la convivencia constante había atenuado: largas caminatas sin destino, lecturas que no interrumpía nadie, la posibilidad de hablar en voz alta con él mismo sin que pareciera conversación fallida.

Cuando Danny regresó, traía consigo no solo el cansancio de quien ha enseñado, sino algo que Jules no supo identificar de inmediato: una distancia nueva, no fría, pero sí reflexiva. Había estado entre gente más joven, había escuchado preguntas que no se hacían en su círculo habitual, había tenido que poner en palabras cosas que antes solo hacía. Eso, Jules lo comprendió más tarde, le había cambiado. No la técnica ni la mirada, sino la relación con su propio oficio: de oficio había pasado a ser, también, legado.

—Me han preguntado por ti —dijo Danny una noche, cenando pescado como en los viejos tiempos, aunque ahora lo hacían más temprano, con más luz.

—¿Por mí?

—Por qué no apareces en las fotos. Por qué eres el que mira y no el mirado.

Jules dejó el tenedor.

—¿Y qué les has dicho?

—Que no lo sé. Que quizás no te interesa ser visto. O que no te interesa ser visto de esa manera.

—¿Hay otra?

Danny lo observó. Había en su mirada algo que Jules no recordaba haber visto antes: no solo atención, sino evaluación, el gesto de quien está decidiendo si el momento ha llegado.

—Hay una —dijo Danny—. Pero requiere que seas tú quien la proponga.

Jules entendió, o creyó entender, lo que no se decía. No respondió esa noche. Pero la pregunta quedó, circulando entre ellos con la persistencia de las cosas que no se nombran.

2013 fue un año de esperas. Jules notó en su cuerpo señales que prefería no interpretar: una tos que persistía, una pérdida de peso que no buscaba, una fatiga que ya no respondía al descanso. No le dijo nada a Danny, o no le dijo todo. Había en él una reserva que

no era solo privacidad, sino una forma de negociación con lo inevitable: si no lo nombraba, tal vez no tendría que actuar sobre ello. Danny, sin embargo, lo observaba con una atención que no disimulaba. No preguntaba directamente, pero ajustaba sus ritmos a los de Jules, anticipaba sus necesidades, dejaba que ciertas conversaciones quedaran inconclusas cuando notaba que el esfuerzo era demasiado.

En primavera, Jules accedió finalmente a que un médico lo viera en la ciudad. No era el mismo que le había atendido en los años de la enfermedad —ese había muerto años atrás— sino uno joven, eficiente, que hablaba con la velocidad de quien tiene demasiados pacientes. Las pruebas confirmaron lo que Jules ya sabía: no era la enfermedad de antes, sino otra, más común, más lenta, igualmente terminal en algún horizonte previsible. El médico propuso tratamientos, protocolos, una palabra que Jules no retuvo. Salió de la consulta con una cita para el mes siguiente y una sensación de extrañeza: había esperado noticia más dramática, y la banalidad del procedimiento le parecía casi ofensiva, o casi reconfortante.

Se lo contó a Danny esa noche, en la cabaña, sin rodeos. Danny escuchó sin interrumpir, como siempre, pero Jules vio en su rostro algo que no había visto en décadas: no miedo, sino reconocimiento, la expresión de quien recibe una noticia que ya había ensayado en privado.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó Danny, cuando Jules terminó.

—No sé de qué hablaría. Es viejo, es lento, no es lo otro. Es solo... el final que toca.

Danny asintió. No insistió. Pero esa noche, por primera vez, durmieron con una proximidad que no era habitual, como si el cuerpo de Danny, más joven, más

sano, pudiera servir de dique contra algo que aún no llegaba.

En otoño de 2013, Danny hizo la fotografía que Jules había entendido, o no entendido, en la conversación del año anterior. No fue una sesión organizada, ni un proyecto. Fue una tarde en que Jules, sentado en el porche, leyendo un libro que no recuerda, levantó la vista y encontró a Danny con la cámara, no levantada aún, sino sostenida con la pregunta en los ojos. Jules no dijo nada. No asintió ni negó. Simplemente no apartó la mirada, y eso fue suficiente.

La fotografía que resultó no era como las otras de Danny. No había en ella la precisión documental de sus años de crisis, ni la densidad moral de las retrospectivas. Era una imagen de un hombre viejo en un porche, con la luz del atardecer que le borraba parte del rostro y le revelaba otra parte. No era una buena fotografía en el sentido académico del término: había algo desequilibrado en el encuadre, algo que parecía error y quizás lo era. Pero había también algo que Danny no había conseguido antes: la visibilidad de una mirada que se ofrece sin saber cómo será recibida.

Jules, cuando la vio, no supo qué decir. No era él, o no era solo él. Era la forma en que Danny lo había visto, y la forma en que se veía viéndose.

—¿La usarás? —preguntó finalmente.

—No lo sé —dijo Danny—. No sé si es para usar.

La guardó, sin embargo. Y la mostró, años después, en una exposición menor, sin título que la identificara como retrato de alguien conocido. Los críticos la pasaron por alto, o la mencionaron como ejemplo de un estilo que se había vuelto más relajado, más autobiográfico. Un solo visitante, en la inauguración, la miró largamente y le preguntó a Danny si el sujeto seguía vivo. Danny respondió que sí, que seguía vivo cuando la hizo, que seguía vivo ahora. El visitante

asintió, como si esa respuesta fuera la que buscaba, y no preguntó más.

2014 trajo una aceleración que Jules habría preferido evitar. El tratamiento que había empezado con escepticismo mostró resultados limitados; el cuerpo respondía con resistencia más que con mejora. Pasó más tiempo en la ciudad, en el apartamento de Danny, que en la isla. La cabaña quedó cerrada durante meses, algo que no había ocurrido en décadas. Danny iba y venía, atendiendo lo que podía atender, fotografiando poco. Había en su producción de esos años una pausa que no era solo ocupación, sino algo más profundo: la imposibilidad de registrar lo que aún no sabía cómo nombrar.

Jules, enfermo pero no postrado, descubrió una paciencia que no sabía que poseía. No era resignación cristiana, ni estoicismo deliberado. Era simplemente la adaptación de quien comprende que el tiempo restante no admite gestos inútiles. Hablaba menos, pero cuando hablaba lo hacía con una precisión que antes no tenía. Contó a Danny cosas que no había contado nunca: no secretos dramáticos, sino detalles menores, el archivo de una vida que pronto sería solo archivo. Una tarde, por ejemplo, le describió la habitación donde había nacido, en una ciudad que ya no existía con ese nombre, con una ventana que daba a un patio donde una mujer —no su madre— colgaba ropa cantando en un idioma que él había olvidado antes de aprenderlo bien.

Danny escuchaba con la atención de quien sabe que lo que oye no será repetido. No tomaba notas, no grababa. Confesó una vez, en una noche de insomnio compartida, que temía olvidar, que la memoria le parecía traición incluso cuando era inevitable.

—Olvidar no es traición —dijo Jules—. Es supervivencia. La traición sería creer que se puede recordar todo.
—¿Y tú no crees eso?
—Creo que recordamos lo que nos hace daño y olvidamos lo que nos hace daño de otra manera. No hay elección limpia.
Danny guardó silencio. Luego, en la oscuridad:
—Te fotografiaré más. Si me dejas.
—¿Para qué?
—Para no olvidar. Aunque sea traición.
Jules no respondió. Pero no se negó.
2015 llegó con la noticia de que la cabaña necesitaba reparaciones mayores, de un orden que no tenía sentido afrontar. El invierno había sido duro, la estructura envejecida, la costa cambiando de forma como hacía desde siempre pero ahora de manera que afectaba lo construido. Danny viajó a evaluar, regresó con la conclusión que ambos ya conocían: el lugar que había sido centro de sus vidas durante décadas ya no podía seguir siéndolo. No era tragedia, o no era solo tragedia. Era la forma que tomaba el tiempo, la materialización de algo que había ocurrido en otro nivel mucho antes.
Jules no fue a despedirse. No por cobardía, sino por una certeza de que la despedida física sería menor que la que ya había hecho en privado, en la memoria, en los sueños que últimamente lo devolvían allí con una frecuencia que no controlaba. Danny fue, tomó algunas fotografías de la cabaña vacía, del porche donde ya no había nadie, del mar que seguía sin importarle quién lo mirara. Regresó con una caja de objetos menores que habían olvidado: una taza, un libro con las páginas hinchadas de humedad, una fotografía de Peter que ninguno recordaba haber guardado allí.

En primavera, Jules entró en un hospital por primera vez en años. No era la enfermedad que lo reclamaba, sino una complicación menor que requería vigilancia. Estuvo allí una semana, en una habitación con ventana que daba a un patio interior donde crecían árboles que no identificó. Danny visitaba todos los días, llevaba libros que Jules no leía, se quedaba en silencio cuando el silencio era lo que se necesitaba. Los médicos hablaban de cuidados paliativos, de calidad de vida, de términos que Jules encontraba a la vez precisos y evasivos. No rechazaba el tratamiento, pero tampoco le atribuía esperanzas que no sentía.

Salió del hospital en mayo, más débil de lo que admitía. Danny había preparado el apartamento para una movilidad reducida: barras en el baño, una cama en el salón para evitar escaleras, los objetos de uso frecuente a altura de mano. Jules observó esos cambios con una tristeza que no era solo por sí mismo. Era por Danny, que se adaptaba con una eficiencia que revelaba preparación, que había pensado en esto antes de que fuera necesario, que había ensayado la pérdida en privado como se ensaya un idioma que se teme tener que usar.

—No tienes que quedarte —dijo Jules una noche, cuando la conversación había llegado a un punto que permitía ciertas franquezas.

—Lo sé —respondió Danny.

—Podrías irte. Tienes trabajo, gente, una vida que no es esta.

Danny lo miró. Había en su rostro algo que Jules había visto antes, en otras circunstancias, con otros objetos: la expresión de quien ha tomado una decisión que no necesita ratificación.

—Eso es lo que tengo —dijo—. Esto es lo que elijo.

No hubo más discusión. No hubo agradecimiento excesivo, ni gestos teatrales. Solo la continuación de lo

que ya era, ahora con una forma más visible, más reconocible, más próxima al final.

El verano de 2015 fue, para Jules, una temporada de espera que no tenía objeto definido. No esperaba curación, ni mejora, ni siquiera un acontecimiento que diera sentido a la espera misma. Esperaba, simplemente, porque era la forma que tomaba el tiempo cuando ya no había proyectos que lo organizaran. Danny trabajó en un libro nuevo, diferente de los anteriores. No era sobre la enfermedad, ni sobre la isla, ni sobre la comunidad que había documentado durante décadas. Era un libro de retratos de personas que habían elegido quedarse: con lugares, con personas, con formas de vida que el mundo consideraba obsoletas. Jules no aparecía en él, o no aparecía con nombre. Pero había una fotografía, tomada en el apartamento, de un hombre anciano mirando por una ventana con una expresión que no era melancolía ni resignación, sino algo más difícil de nombrar. La leyenda, cuando Danny la escribió, fue simplemente: *Después, todavía*.

En septiembre, Jules tuvo un episodio que lo llevó de nuevo al hospital. Esta vez no salió. No era agonía, ni tampoco una recuperación plausible. Era un intermedio que se extendía, una pausa que los médicos no sabían cuánto duraría y que Jules, en sus momentos de lucidez, encontraba casi cómica en su indeterminación. Danny estaba allí, la mayor parte del tiempo. Traía la cámara, a veces la usaba, más a menudo no. Había en esos días una forma de convivencia que no habían tenido antes: no la de la cabaña, con su ritmo de días enteros, sino una más fragmentaria, dictada por horarios hospitalarios, interrupciones médicas, la fatiga de Jules que llegaba sin aviso.

Hablaron poco de lo que ocurría. Hablaron, en cambio, de cosas que ya no importaban: una fiesta de 1978, un

viaje que nunca hicieron, el gusto de Jules por un vino que ya no podía beber. Danny le leyó, en una tarde de octubre, un pasaje de un libro que ninguno de los dos había leído antes, que había encontrado en la sala de espera. Jules escuchó con los ojos cerrados, no dormido, y al final dijo que le parecía bien, que no recordaría la trama pero que recordaría la voz de Danny leyendo. Eso era suficiente.

En una de sus últimas tardes de lucidez, Jules pidió que le trajeran la caja que Danny había guardado de la cabaña. La abrió con manos que ya no respondían bien, encontró la fotografía de Peter, la taza, el libro hinchado. Al fondo, envuelto en papel que no recordaba haber puesto, estaba una fotografía que Danny había tomado en algún momento que no precisaba: Jules en el porche de la isla, mucho antes, en un cuerpo que ya no era el suyo, con una expresión que no reconoció como propia ni como ajena. Era joven, o más joven, y miraba a la cámara con una mezcla de desafío y ternura que le pareció, en ese momento de hospital, la más honesta de las despedidas.

—¿Cuándo fue esta? —preguntó.

Danny se acercó, miró, tardó en responder.

—No lo sé exactamente. Hace años. Un verano cualquiera.

—Parece otra persona.

—Lo era.

Jules guardó la fotografía en la mano, no en la caja. Se quedó dormido con ella, o pareció dormido, y cuando despertó ya no habló más. No porque no pudiera, sino porque algo en él había decidido que ya no era necesario. Danny estuvo allí, sosteniéndole la mano que sostenía la fotografía, hasta que el ritmo de la respiración cambió, se hizo más lento, más profundo, más lejano, y finalmente se detuvo en una mañana de

octubre que amaneció gris, sin diferencia notable de la tarde anterior, sin trompetas, sin un antes y un después reconocible, solo con la modificación humilde y por eso desconcertante de que alguien había dejado de estar.
Danny permaneció en la ciudad durante los meses siguientes, atendiendo lo que se requiere atender: papeles, decisiones sobre cenizas, la distribución de objetos que habían sido de Jules y ahora eran de nadie. No fue a la isla ese invierno, ni al siguiente verano. La cabaña, cuando finalmente la vendió, ya era de otro, reformada de nuevo, irreconocible en las fotografías que vio por curiosidad en algún sitio de internet.
Siguió fotografiando. El libro de los que se quedan apareció en 2016, con la dedicatoria que Jules no leyó: *Para J., que enseñó que esperar también es una forma de quedarse*. La crítica lo recibió con el respeto que se otorga a quien ha documentado épocas que otros prefieren olvidar. Algunos notaron una diferencia en estas últimas imágenes: menos densidad, más aire, como si la cámara hubiera aprendido a respirar después de décadas de contener la respiración.
Danny vivió otros años, más de los que habría esperado o deseado. Siguió enseñando, esporádicamente, en esa universidad que le había propuesto el seminario. Siguió yendo a la isla, aunque no a la cabaña, sino a otros lugares, otros porches, otras playas donde los cuerpos se parecían a los que había fotografiado sin ser los mismos. Envejeció con la sorpresa de quien no había planeado envejecer, o no había planeado sobrevivir tanto.
Nunca dejó de hacer fotografías. Pero en los últimos años, las que más valoraba eran las que no mostraba: las de Jules en el porche, las de la cabaña vacía, las de manos sosteniendo tazas o libros o simplemente el aire. Las guardaba en una caja similar a la que había

traído de la isla, en un armario del apartamento que nunca dejó, que se hizo más grande cuando ya no había que compartirlo.
Murió en 2021, de causas que este relato no necesita detallar, con una cámara cerca aunque no en las manos. Entre sus papeles encontraron un texto breve, no fechado, que podía ser de cualquier momento de sus últimos años o de uno específico que no se supo identificar:
"*La fotografía no conserva el tiempo. Lo traduce a otra lengua, más lenta, que se aprende tarde. Las traducciones tarde son las únicas buenas. Jules lo sabía antes que yo. Lo supe cuando ya no podía decírselo.*"
El texto no se publicó con el obituario. Se quedó en el archivo, entre negativos y contactos que nadie supo ordenar, esperando a alguien que tuviera la paciencia de quien sabe que toda memoria llega tarde, que toda memoria es, en ese sentido, renacimiento.

Capítulo 10 — Fuego eterno (2016–2024)
El apartamento de Danny tardó meses en ser vaciado. No por la cantidad de objetos —vivía con la discreción de quien había aprendido que poseer es solo un modo provisional de custodia— sino por la naturaleza de lo que quedaba. Había negativos sin catalogar, cajas con contactos amarillentos, discos duros cuya tecnología empezaba a ser ilegible, cuadernos con anotaciones que no eran diarios ni borradores sino otra cosa: fragmentos de conversaciones que Danny había rehecho en solitario, direcciones de personas que quizás ya no vivían donde vivían, nombres cuya cara él solo conservaba en imagen. El joven que finalmente se hizo cargo del archivo era un curador de una

universidad del Medio Oeste, especializado en preservación de materiales fotográficos del siglo XX. Había escrito a Danny meses antes de su muerte, proponiendo un proyecto conjunto; Danny había respondido con una esquela breve en la que no se comprometía a nada pero tampoco rechazaba. Esa carta, encontrada después, fue lo que decidió a la universidad a reclamar el legado.

La madre de Danny, que vivía aún —improbablemente, con la terquedad de ciertas mujeres de su generación — en la casa donde él había crecido, firmó lo que había que firmar sin hacer preguntas sobre el contenido. No había entendido nunca del todo el oficio de su hijo, ni los mundos que había frecuentado, ni la naturaleza exacta de su relación con ese Jules cuya fotografía, sin embargo, reconoció enseguida entre las que el curador le mostró como cortesía. Dijo solo: «Siempre lo quiso mucho.» El curador anotó la frase sin darle peso. Solo más tarde, al reconstruir el contexto, comprendió que no era un comentario sentimental sino un dato biográfico de los que pocas veces se conservan.

El archivo llegó a la universidad en catorce cajas. El inventario preliminar duró un año. Lo que más sorprendió al equipo fue no lo que contenía sino lo que faltaba: muchas de las fotografías que la crítica conocía por libros y exposiciones no estaban entre los negativos. O bien habían sido vendidas, o bien regaladas, o bien —y esta era la hipótesis que más intrigaba— destruidas. Una ayudante de investigación, revisando la correspondencia, encontró una carta de Danny a un galerista, sin fecha, en la que decía que ciertas imágenes no debían circular sin el contexto que las había hecho posibles, y que el contexto era, en algunos casos, inseparable de personas cuya privacidad él no podía traicionar ni muerto. La carta terminaba con una frase que el equipo discutió

semanas: «La memoria no es un derecho del público. Es, en el mejor de los casos, una concesión del que recuerda.»

Esa frase fue citada, después, en los ensayos que empezaron a publicarse sobre la obra de Danny. Hubo quienes la leyeron como declaración ética y quienes la interpretaron como coartada estética. El curador, más prudente, prefería no decidir. Sabía que las obras sobreviven a sus intérpretes y que las frases, arrancadas de su origen, terminan significando lo que cada época necesita que signifiquen. Eso no era novedad: ya había ocurrido con las fotografías médicas de los ochenta, convertidas en testimonio cuando Danny las había hecho como levantamiento de acta; ya había ocurrido con las de la isla, convertidas en crónica de una comunidad cuando Danny las había hecho como exploración de un territorio íntimo. La posteridad, pensaba el curador, es una forma de traición tolerable: la única que permite que algo continúe.

En 2018, una editorial reunió por primera vez la obra completa en un volumen que pretendía ser definitivo. Danny, aún vivo, colaboró en la selección pero se negó a escribir un texto introductorio. Pidió solo que se incluyera, al final, una página en blanco con una línea al pie: «Para los que no están en estas páginas.» La editorial objetó que resultaría confuso. Danny respondió que la confusión era parte del homenaje. La página se mantuvo.

El libro recibió reseñas que Danny no leyó. Jules le había enseñado, décadas atrás, que las reseñas son el género literario donde el tiempo se venga de la obra: lo que hoy se celebra como revelación mañana se citará como límite, y lo que hoy se desestima mañana se recuperará como prueba de una precisión que los contemporáneos no supieron ver. Danny prefería no saber en qué fase del ciclo se encontraba. Seguía

fotografiando, ahora con una cámara que pesaba menos que las anteriores, que no exigía revelado, que le permitía borrar lo que no quería conservar. Esa facultad —la de borrar sin resto— le producía una incomodidad que no sabía nombrar. Había pasado la vida produciendo rastros; la posibilidad de no dejarlos le parecía, a la vez, liberadora y Fraudulenta.
La isla seguía. Danny seguía yendo, aunque cada vez con menos frecuencia y con una presencia más periférica. Los jóvenes que la frecuentaban entonces no sabían quién era, o lo sabían vagamente, como se sabe el nombre de un autor muerto. Alguno lo reconocía, le pedía una fotografía, le hacía preguntas sobre los años de la enfermedad con esa mezcla de curiosidad y distancia queDanny había aprendido a leer sin ofenderse. Respondía con brevedad. No porque no quisiera hablar, sino porque había descubierto que ciertas cosas, al ser dichas a quien no las vivió, se vaciaban de la sustancia que las había hecho verdaderas. La memoria, para ser transmitida, exige una complicidad que la pedagogía no puede fabricar.
Una tarde de agosto de 2019, sentado en una playa que ya no era la de los años setenta —erosionada, poblada de cuerpos cuya lengua él no reconocía del todo—, Danny se encontró pensando en Marlene. No en su muerte, ni en su funeral, ni en la caja que Jules había guardado sin abrir. Pensó en una conversación que habían tenido en 1974, o 1975, en un bar que ya no existía, en el que Marlene le había dicho, con esa mezcla de ironía y seriedad que era su marca: «Ustedes los fotógrafos creen que capturan el tiempo. Lo que capturan es la demostración de que el tiempo pasó. No es lo mismo.» Danny, que entonces tenía veintitantos, no había entendido. Ahora, con setenta, le parecía la frase más exacta que alguien le había dicho sobre su oficio. Se la habría citado a Jules, pero Jules

no estaba. Se la habría discutido con Marlene, pero Marlene tampoco. La frase sobrevivía a sus autores, como sobreviven las frases, circulando sin el cuerpo que las pronunció.

La pandemia de 2020 cerró la isla durante un verano. Danny, en la ciudad, observó el silencio de las calles con una sensación que no era del todo extraña. Había vivido algo parecido, décadas atrás, cuando otra enfermedad había vaciado ciertos espacios. La diferencia, pensaba, no estaba en el virus sino en la narrativa: aquella había sido una epidemia de comunidad, una enfermedad que se cebaba con quienes se tocaban, que castigaba la forma de vida que se había elegido; esta era una pandemia de especie, una enfermedad que nivelaba sin distinción. En aquella, los enfermos habían sido culpables; en esta, eran víctimas. La diferencia importaba menos de lo que parecía: en ambas, lo que se perdía era la posibilidad de tocar al otro sin calcular.

Danny no enfermó gravemente. Pasó el confinamiento en el apartamento, ordenando papeles que había postergado durante años, revisando negativos que no miraba desde hacía décadas. Encontró, en una caja sin etiqueta, una serie de fotografías de Jules que no recordaba haber hecho: Jules cocinando, Jules leyendo el periódico con la frente fruncida, Jules dormido en un sofá con la boca entreabierta. Eran imágenes triviales, sin intención, tomadas quizás en un día cualquiera de un año que Danny no podía situar. Las miró largo rato, una por una, y al final las volvió a guardar en la caja, sin clasificar. Había algo en esas fotografías que no soportaba el archivo: eran demasiado íntimas para ser mostradas, demasiado precisas para ser destruidas. Permanecerían, como había permanecido la caja de Marlene en el armario de la cabaña, en un espacio que no era exhibición ni

olvido sino otra cosa: la custodia silenciosa de lo que fue.

En 2021, pocos meses antes de su muerte, Danny hizo una última visita a la isla. No fue un viaje planeado sino un impulso, de los que a cierta edad se permiten porque se sospecha que serán los últimos. Viajó solo, en un transporte público que ya no le pareció incómodo sino simplemente parte del trámite. Llegó a una playa que reconocía y no reconocía. Se sentó en la arena, sin cámara —la había dejado en el apartamento, deliberadamente—, y miró el mar durante lo que le pareció una hora y que fueron quizás tres. No pensó en nada concreto. No tuvo la revelación que la literatura promete a los finales. Solo estuvo allí, en un lugar que había sido el suyo, con la conciencia de que dejaría de serlo. Eso fue suficiente.

Regresó a la ciudad. Escribió el texto breve que encontrarían entre sus papeles. No lo fechó, no lo tituló, no lo dirigió a nadie. Lo dejó, simplemente, en un cajón que el curador abriría meses después. Luego vivió lo que le quedaba de vida con la serenidad de quien ha hecho lo que tenía que hacer, no en el sentido heroico sino en el más modesto: lo que tenía que hacer, lo que podía hacer, lo que el cuerpo y la época le permitieron. Murió como mueren los que han vivido demasiado: no de una cosa sino de la acumulación de todo.

La muerte de Danny no fue noticia mayor. Tuvo el obituario de rigor en un par de periódicos nacionales, una nota en una revista de fotografía, una mención en un blog especializado. La comunidad que lo había conocido en los años de la enfermedad, o lo que quedaba de ella, lo recibió con esa forma de duelo que a cierta edad se vuelve costumbre: la noticia de una muerte más, la enumeración de los que quedan, la conciencia de que la lista, por corta que sea, seguirá

acortándose. Los más jóvenes, que solo conocían el nombre por los libros, lo registraron como dato: otro autor del siglo XX que ya no estaba.

Pero la obra, como el curador había previsto, sobrevivió a la coyuntura. En 2022, la universidad publicó el inventario completo del archivo. En 2023, una retrospectiva mayor, organizada por un museo de la costa oeste que Danny no había frecuentado, recorrió tres ciudades. En 2024, una investigadora doctoral defendió una tesis sobre el lugar de la intimidad en la fotografía documental, con Danny como caso central. La tesis era buena, rigurosa, honesta en sus límites. No habría gustado a Jules —que desconfiaba de las formas académicas— pero tampoco le habría ofendido. Habría dicho, quizás, que era otra forma de circulación, y que las formas de circulación, al final, son lo que queda cuando los cuerpos ya no están.

El curador, que había conocido a Danny solo en sus últimos meses y no a Jules en absoluto, tomó una decisión que nadie le había pedido. En la sala final de la retrospectiva de 2023, después de las fotografías conocidas, después de los libros, después de los textos y los documentos, colocó una vitrina con un solo objeto: la caja que Danny había traído de la cabaña de la isla, aquella que contenía la taza, el libro hinchado, la fotografía de Peter, la fotografía de Jules joven. La caja estaba cerrada. Al lado, una leyenda breve explicaba lo que contenía y por qué no se exhibía. La decisión fue discutida. Algunos críticos la consideraron un gesto teatral. Otros la leyeron como la continuación ética del proyecto de Danny: la negativa a mostrar lo que no puede mostrarse sin traicionar lo que fue.

El curador no respondió a las críticas. Había aprendido de Danny, sin haberlo sabido de Danny, que ciertas

decisiones no se defienden: se sostienen, y el tiempo hace el resto.

Epílogo

La memoria, escribió alguien cuya cita no encuentro ahora, es la forma que toma la presencia cuando el cuerpo ya no está. No es conservación ni resurrección. Es traducción, como Danny dijo al final, a una lengua más lenta que se aprende tarde.

Esta novela —si es novela, si es otra cosa— no ha querido ser archivo ni monumento. Ha querido ser, en el sentido más modesto del verbo, un recordar: no la historia de una época ni la de una comunidad ni la de una enfermedad, sino la de unos cuerpos que se encontraron en un tiempo que no les pertenecía, que lo hicieron suyo a fuerza de vivirlo, y que dejaron, al irse, algo que no se reduce a lo que de ellos se conserva. Peter, que desapareció sin que sepamos dónde ni cuándo exactamente. Marlene, que murió sola en un hospital de Phoenix con una fotografía en sus papeles y una inscripción que era a la vez epitafio y broma. Jules, que esperó hasta que esperar dejó de tener objeto y se convirtió simplemente en estar. Danny, que tradujo todo eso en imágenes y, al final, en una frase que quizás no sea cierta pero que es la única que nos queda: que las traducciones tardías son las únicas buenas.

No hay fuego eterno en el sentido literal. La llama que da título a este capítulo no arde en ningún cenotafio ni en ningún santuario. Arde, si arde algo, en los gestos que se heredan sin saber que se heredan: en el joven que hoy camina por una playa que no sabe que fue refugio, en la investigadora que abre una caja y

encuentra una taza que alguien usó, en el lector que llega a esta página y, sin haber conocido a nadie de los que aquí aparecen, los recuerda como si los hubiera conocido. Esa es la memoria que importa: no la que se conserva en archivo sino la que se reinventa en quien la recibe.

La isla sigue. La costa cambia, las dunas se desplazan, las casas se reconstruyen o se abandonan, los cuerpos que la pueblan no son los que la poblaron. Pero algo persiste, no como sustancia sino como forma: la posibilidad de un lugar donde ciertos gestos no necesitan justificación, donde ciertas presencias no requieren permiso. Esa posibilidad, que en los años de la enfermedad fue conquista y en los años posteriores fue herencia y en los años actuales es quizás solo costumbre, es lo que estos personajes —Peter, Marlene, Jules, Danny, y los que no tienen nombre en estas páginas pero lo tuvieron en otras— ayudaron a sostener. No lo hicieron a propósito. Lo hicieron viviendo, que es la única manera de hacerlo.

El que escribe esto no los conoció. Los inventó, o los reconstruyó, a partir de rastros que son menos de los que hubieran querido y más de los que la historia suele conceder. No sabe si la Jules que aquí aparece es la que fue, ni si la Danny que aquí habla es el que habló. Sabe solo que las fotos existen, que la caja existe, que la frase final existe, y que entre esos rastros hay algo que merece ser contado como se cuentan las cosas que importan: con la precisión de quien respeta los hechos y la imprecisión de quien sabe que los hechos, solos, no bastan.

Toda memoria es renacimiento, escribió Danny sin saber que lo escribía para que otro lo leyera después. Toda memoria llega tarde. Pero llega. Y lo que llega, tarde, con la lentitud que Danny previó para su libro y que estos capítulos han respetado, es quizás lo único

que, sin ser eterno, dura lo suficiente para que alguien más lo reciba y lo traduzca, a su vez, a otra lengua más lenta.
Aquí termina. No con un punto sino con la pausa que precede a la siguiente traducción.